

24
CIC

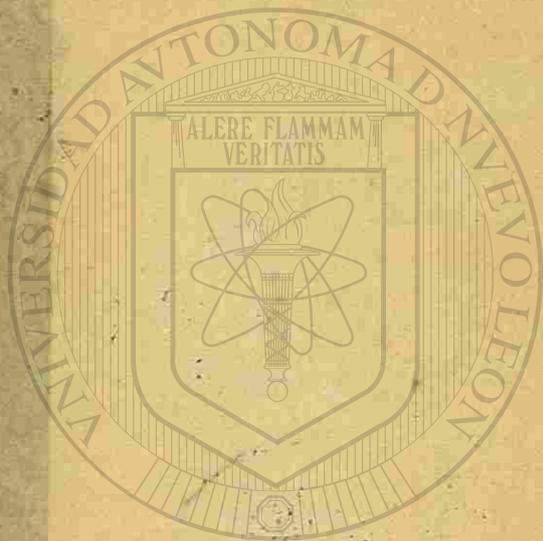
P02524

V38

v.2



1020026943



U A N L



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO RICARDO COVARRUBIAS



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
EL VIENTRE DE PARIS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA
UNIVERSITARIA

Los Rougon-Macquart

Historia natural y social de una
familia bajo el segundo Imperio



El Vientre de París

Por **EMILIO ZOLA**

TRADUCCION DE

EMILIO M^a MARTINEZ



Núm. Clas. N
Núm. Autor 2860
Núm. Adg. 30824
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó 69

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Tomo II

GASSO HERMANOS, EDITORES
Santa Teresa, 4 y 6
BARCELONA

101219

30824

833
Z



PO 2524
V38
V. 2



ES PROPIEDAD DE
LOS EDITORES

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO GOVARRUBIAS

El vientre de París

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

IV

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Mademoiselle Saget, una noche, conoció desde su lumbre la sombra de Quénu proyectándose en los ahumados vidrios de la ventana del gabinete que daba a la calle Pirouette. Allí había encontrado la vieja un excelente puesto de observación, frente a aquella especie de transparente lechoso, en el que se dibujaban las siluetas de aquellos señores, con narices repentinas, mandíbulas salientes que brotaban, brazos enormes que se alargaban bruscamente, sin que se vieran los cuerpos. Aquel descoyuntamiento sorprendente de miembros, aquellos perfiles mudos y furibundos que traicionaban hasta fuera las discusiones ardientes del gabinete, la tenían clavada detrás de sus visillos de muselina hasta que el transparente se volvía negro. Olfateaba allí "algo feo". Había acabado por conocer las sombras por las manos, los cabellos, los vestidos. Al ver aquella mescolanza de puños cerrados, de cabezas coléricas, de hombros hinchados, que parecían desprenderse y rodar unos sobre otros,

la vieja decía rotundamente: "Ese es el gran marrajo del primo; ese es el miserable de Gavard; ese es el jorobado; esa es la zanquilarga de Clemencia". Después, cuando las siluetas se calentaban, poniéndose en absoluto desordenadas, la vieja se sentía asaltada por una necesidad irresistible de bajar, de ir a ver. Compraba el casis por la noche, pretextando que se sentía mal por la mañana, y que lo necesitaba, decía, al echarse de la cama. El día en que vio la pesada cabeza de Quénu, rayada en nerviosos golpes por la delgada muñeca de Charvet, llegó a casa del señor Lebigre, jadeante, e hizo que Rosa la enjuagara la botellita, con objeto de ganar tiempo. Sin embargo, iba ya a subir a su casa, cuando oyó la voz del salchichero, que decía con claridad infantil:

—No, no se puede aguantar más. Se dará un escobazo de primera a ese atajo de farsantes de diputados y ministros; a toda la patulea, en una palabra.

Al día siguiente, a las ocho de la mañana estaba ya mademoiselle Saget en la salchichería. En ella encontró a madame Lecœur y a la Sarriette, que metían las narices en el calentador, comprando salchichas calientes para almorzar. Como la solterona las había arrastrado a su riña con la bella Normanda, a propósito de la platija de dos sueldos, por aquel mero hecho se habían vuelto a poner todas de parte de la bella Lisa. Ya la pescadera no valía ni tanto así de manteca. Y pegaban con las Méhudin, unas fulanas que no buscaban más que el dinero de los hombres. La verdad era que mademoiselle Saget había dado a entender a madame Lecœur que Florencio cedía a veces a Gavard una de las dos hermanas, y que entre los cuatro armaban "juergas" hasta reventar en casa de Baratte, por

supuesto, con las monedas de cien sueldos del comerciante de aves. Madame Lecœur se quedó lamentándose con los ojos amarillos de bilis.

Aquella mañana, la solterona quería dar un golpe a madame Quénu. Dió vueltas delante del mostrador, y después, con su más dulce voz:

—Ayer noche vi al señor Quénu—dijo.—¡Oh! Bien que se divierten en aquel gabinete en que tanto ruido arman.

Lisa se había vuelto hacia la calle, con el oído atentísimo, pero sin querer, sin duda, escuchar de frente. Mademoiselle Saget hizo una pausa, esperando que le preguntaran. Después añadió con voz más baja:

—Tienen allí una mujer... ¡Oh! No, el señor Quénu, no digo eso; yo no sé...

—Es Clemencia—interrumpió la Sarriette—una mujer alta y flaca, que se hace la sabihonda porque ha ido al colegio... Vive con un profesor tronado... Yo les he visto juntos. Siempre parece que se llevan al puesto de policía...

—Ya sé, ya sé—repuso la vieja, que conocía a las mil maravillas y Charvet y a Clemencia, y que sólo hablaba para inquietar a la salchichera.

Esta no se movía. Fingía mirar algo muy interesante en los Mercados. Entonces, la vieja echó mano de los grandes recursos. Se dirigió a madame Lecœur.

—Quería decirle a usted que haría bien en aconsejar a su cuñado que sea prudente. En el gabinete vociferan cosas que hacen temblar. La verdad es que los hombres pierden la chaveta con la política. Si les oyeran, podría salirles mal la cuenta.

—Gavard hace lo que le da la gana—suspiró madame Lecœur.—No me falta más que eso. La inquietud acabará conmigo, si hace que le prendan.

Y en sus pitarrosos ojos se vió cierto resplandor. Pero la Sarriette se reía, moviendo la cabeza, fresquisima por el aire de la mañana.

—Julio es el que arregla bien—dijo—a todos los que hablan mal del imperio... Habría que tirarlos a todos al Sena, porque, según me han explicado, no hay entre ellos ni una sola persona decente.

—¡Oh!—continuó mademoiselle Saget.—No hay gran mal en ello, mientras las imprudencias caen en los oídos de una persona como yo. Ya saben ustedes que antes me dejaría cortar una mano que... Lo mismo que, ayer por la noche, decía el señor Quénu...

Volvió a interrumpirse. Lisa había hecho un ligero movimiento.

—El señor Quénu decía que hay que fusilar a los ministros a los diputados, y a toda la patulea.

Esta vez la salchichera se volvió bruscamente, palidísima, con las manos crispadas en el delantal.

—¿Quénu dijo eso?—preguntó con voz breve.

—Y otras cosas más que no recuerdo... Ya comprende usted que yo soy quien las ha oído... No se atormente usted así, madame Quénu. Ya sabe usted que de mí no ha de salir... Tengo bastante edad para saber lo que podría perjudicar mucho a un hombre... Esto queda entre nosotros....

Lisa se había repuesto. Tenía el orgullo de la honrada paz de su hogar, y no confesaba nunca la menor desavenencia entre ella y su marido. De modo que acabó por encogerse de hombros, murmurando con una sonrisa:

—Tonterías para divertir a los niños.

Cuando las tres mujeres estuvieron en la calle, convinieron en que la bella Lisa había puesto

una cara muy singular. Todo aquello, los Méhudin, Gavard, los Quénu, con sus historias de las que nadie comprendía una palabra, acabaría mal. Madame Lecœur preguntó qué hacían con las personas presas "por la política". Mademoiselle Saget sabía únicamente que no se las veía más, nunca más; lo cual hizo decir a la Sarriette que quizás las arrojaban al Sena, como quería hacer Julio.

La salchichera, en el almuerzo y en la comida, evitó toda alusión. Por la noche, cuando Florencio y Quénu fueron a casa del señor Lebigre, no demostró tener más severidad en la mirada. Pero aquella noche, precisamente, se discutió la cuestión de la constitución próxima, y era ya la una de la mañana cuando aquellos señores se decidieron a abandonar el gabinete; ya habían cerrado las puertas, y tuvieron que salir por el portillo, uno por uno, doblando el espinazo. Quénu entró en su casa con la conciencia inquieta. Abrió las tres o cuatro puertas de la morada lo más dulcemente que pudo, andando de puntillas y atravesando el salón con las manos extendidas, para no tropezar con los muebles. Todo dormía. En la alcoba, se sintió contrariado al ver que Lisa había dejado la vela encendida; la vela ardía en medio del silencio, con llama alta y triste. Cuando se quitaba los zapatos y los dejaba en un rincón de la alfombra, el reloj dió la una y media, con un timbre tan claro, que Quénu se volvió consternado, temiendo hacer un movimiento, y contemplando con aspecto de furioso reproche el dorado Guttenberg que relucía con el dedo sobre un libro. No veía más que la espalda de Lisa, con la cabeza hundida en la almohada; pero comprendía muy bien que su esposa no dormía, que debía de tener los ojos abiertos de par en par, clavados en la pared.

Aquella espalda enorme, muy gruesa en los hombros, estaba lívida de reprimida cólera; se hinchaba y conservaba la inmovilidad y el peso de una acusación sin réplica. Quénu, desconcertado por completo por la severidad extrema de aquella espalda que parecía examinarle con el rostro serio de un juez, se metió bajo las sábanas, sopló la vela y se estuvo quieto. Se había quedado al borde del lecho para no tocar a su mujer. Esta seguía sin dormir, lo hubiera jurado. Después se rindió al sueño, desesperado al ver que Lisa no hablaba, y sin decirle "buenas noches", pues se hallaba sin fuerzas contra aquella masa implacable que cerraba el lecho a sus sumisiones.

Al día siguiente, durmió Quénu hasta muy tarde. Cuando se despertó, con el edredón subido hasta la barba, panza arriba en medio de la cama, vió a Lisa que, sentada delante del secreter, ponía en orden unos papeles; se había levantado sin que su esposo se percatara de ello con el gran sueño que le había asaltado por su calaverada de la víspera. Quénu se revistió de valor, y le dijo, desde el fondo de la alcoba:

—¡Toma! ¿Por qué no me has despertado?... ¿Qué estás haciendo ahí?

—Arreglo estos cajones—respondió Lisa muy tranquila, y con voz de costumbre.

Quénu se sintió aliviado. Pero Lisa agregó:

—No se sabe lo que puede suceder; si viniera la policía...

—¿Cómo? ¿La policía?

—Claro, puesto que ahora te metes en política...

Incorporóse el marido, fuera de sí, herido en pleno pecho por aquel ataque rudo e imprevisto.

—Me meto en política, me meto en política—

repetía.—La política no tiene nada que ver con ello; yo no me comprometo.

—No—repuso Lisa encogiéndose de hombros.—Sencillamente, hablas de hacer fusilar a todo el mundo.

—¡Yo! ¡Yo!

—Y vociferas eso en casa de un tabernero... Mademoiselle Saget te oyó decirlo. Todo el barrio, a estas horas, sabe ya que eres un rojo.

Al recibir este golpe, Quénu volvió a acostarse. No estaba todavía bien despierto. Las palabras de Lisa repercutían en sus oídos, como si ya oyese las gruesas botas de los gendarmes a la puerta de la alcoba. Miraba a su mujer, ya peinada, oprimida en su corsé, con su aderezo habitual, y se atolondraba más aún al hallarla tan correcta en aquellas circunstancias tan dramáticas.

—Ya lo sabes, yo te dejo libre en absoluto—prosiguió Lisa después de una pausa, continuando con el arreglo de los papeles.—No quiero yo llevar los pantalones, como se dice... Tú eres el amo, y puedes aventurar tu posición, comprometer nuestro crédito, arruinar la casa... Yo, más tarde, no tendré que cuidar más que de los intereses de Paulina.

Quénu protestó, pero su esposa le hizo callar con un ademán, agregando:

—No, no digas nada; no quiero provocar una disputa, ni siquiera una explicación... ¡Ah! Si me hubieras pedido consejo, si hubiéramos hablado de esto los dos solos, no digo que... Es un error eso de creer que las mujeres no entienden nada de política. ¿Quieres que te diga mi política, la mía?

Se había levantado, y se paseaba desde el lecho a la ventana, quitando las motas de polvo

que veía sobre la reluciente caoba del armario de luna y del tocador-cómoda.

—La mía es la política de las personas decentes... Yo estoy agradecida al gobierno cuando mi comercio marcha bien, cuando me como la sopa con tranquilidad, y cuando duermo sin que me despierten los tiros de los fusiles... ¿Estábamos muy bien, verdad, en el año 48? El tío Gradelle, que era un digno sujeto, nos enseñó sus libros de aquella época. Había perdido más de seis mil francos... Ahora que nos gobierna el imperio, todo marcha bien, todo se vende... No me puedes sostener nada en contrario... Pues entonces, ¿qué queréis? ¿Qué más vais a tener cuando hayan fusilado a todo el mundo?

Plantóse al decir esto delante de la mesita de noche, con las manos cruzadas, enfrente de Quénu, que desaparecía bajo el edredón. Quénu intentó explicar lo que querían aquellos señores; pero se trabucaba y confundía los sistemas políticos y sociales de Charvet y de Florencio; hablaba de los principios desconocidos por los gobiernos, del advenimiento de la democracia, de la regeneración de las sociedades, mezclándolo todo de un modo tan extraño, que Lisa se encogió de hombros, sin entenderle. Por fin Quénu salió del atolladero atacando al imperio; era el reino de la corrupción, de los negocios chanchullecós, del robo a mano armada.

—Mira—dijo acordándose de una frase de Lore.—Somos la presa de una cuadrilla de aventureros que saquean, que violan, que asesinan a Francia. ¡No queremos sufrirlos por más tiempo!

Lisa seguía encogiéndose de hombros.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?—preguntó con su hermosísima sangre fría.—¿Y a mí qué se me da de todo eso que estás contando

ahí? Y aunque fuera verdad... ¿qué? ¿Acaso te aconsejo yo que seas tú un criminal? ¿Acaso te induzco a que no pagues tus facturas, a que engañes a tus parroquianos, a que amontones demasiado de prisa piezas de cien sueldos mal adquiridas? ¡Acabarás por hacerme montar en cólera!... Nosotros somos personas buenas y honradas, y no saqueamos ni asesinamos a nadie. Esto basta. Lo demás no me importan un bledo; ¡que sean unos canallas, si quieren serlo!

Estaba soberbia y triunfante. Comenzó de nuevo a pasear, con el busto erguido, continuando:

—De ese modo, para dar gusto a los que no tienen nada, sería preciso no ganarse la vida... Naturalmente que yo me aprovecho del buen momento y que sostengo al gobierno que hace que progrese el comercio. Si hace cosas feas, yo no quiero saberlo. Yo, por mi parte, estoy convencida de que no las cometo, y no tengo ningún temor de que me señalen con el dedo en el barrio... Sería una tontería de marca mayor el batiarse contra molinos de viento... Recuerda que, cuando las elecciones, Gavard decía que el candidato del emperador era un hombre que se había declarado en quiebra, y que estaba comprometido en negocios muy sucios. Podía ser verdad, no te digo yo que no. Y, sin embargo, no por ello obraste menos seriamente al votar por él, porque la cuestión no era esa; no te pedían que prestases dinero ni que hicieras negocios con aquel señor, sino que mostrases al gobierno que estaba satisfecho de ver cómo prosperaba la salchichería.

Entretanto, Quénu estaba recordando una frase de Charvet, el cual declaraba que, "aquellos burgueses enriquecidos, aquellos tenderos engordados, que prestaban su apoyo a un gobierno de indigestión general, debían ser los primeros

arrojados a la cloaca". Gracias a ellos, gracias a su egoísmo del vientre, el despotismo se imponía y corroía a toda una nación. Procuraba Quénu soltar la frase hasta el fin, cuando Lisa le cortó la palabra, arrebatada por la indignación.

—¡Déjame de monsergas! Mi conciencia no me reprocha nada. Yo no debo un solo sueldo, ni estoy complicada en ningún chanchullo, yo compro y vendo buenas mercancías, y no las hago pagar más caras que el vecino. Eso que estás diciendo es bueno para nuestros primos, los Saccard, que fingien no saber siquiera que yo estoy en París; pero yo soy más orgullosa que ellos, y me burlo de todos sus millones. Dicen que Saccard trafica con los derribos, y que roba a todo el mundo. No me admira, pues a eso tiraba... Ama el dinero hasta nadar en él, para tirarlo en seguida por la ventana, como un imbécil... Que se ponga en entredicho a las personas de su calaña, que hacen fortunas demasiado grandes, lo comprendo. Yo, si quieres saberlo, no estimo a Saccard... ¡Pero nosotros! Nosotros que vivimos tan tranquilos, que empleamos quince años para reunir una posición holgada, nosotros que no nos metemos en política, y que por único desvelo tenemos el de educar bien a nuestra hija y el de gobernar bien nuestra casa! ¡Vamos, tú quieres hablar por hablar! ¡Nosotros somos personas decentes y honradas!

Fué a sentarse al borde del lecho. Quénu estaba estremecido.

—Escúchame bien—continuó Lisa con voz más profunda.—Creo que no desearás que vengan a saquear tu tienda, a vaciarte los sótanos, a robarte el dinero. Si esos hombres de casa del señor Lebigre triunfaran, ¿crees que al día siguiente estarías acostado y tan calentito como

ahora? Y cuando bajaras a la cocina, ¿crees que te pondrías tan pacíficamente a hacer tus galantinas, como las harás en seguida? ¿No, verdad? Pues entonces, ¿a qué hablar de derribar al gobierno que te protege y te permite hacer economías? Tienes mujer, tienes una hija y a las dos te debes antes que nada. Serías culpable si aventurases su felicidad. Sólo los hombres sin oficio ni beneficio, los que no tienen nada que perder, son los que quieren estampidos de fusil. Me parece que no querrás ser tú el pavo de la farsa... Quédate, pues, en tu casa, grandísimo tonto, come bien, duerme bien, gana dinero, ten la conciencia tranquila y dite a tí mismo que Francia se libertará ella sola si el imperio la acorralla. Francia no tiene ninguna necesidad de ti.

Reiase con su hermosa risa, y Quénu estaba completamente convencido. Al fin y a la postre, Lisa tenía razón; y era una hermosa mujer, peinada tan temprano, tan limpia y tan fresca, con su deslumbradora ropa blanca, allí al borde del lecho. Al oír a Lisa, miraba Quénu sus dos retratos, a ambos lados de la chimenea; ciertamente eran personas honradas, y tenían aspecto correctísimo, vestidos de negro, en los dorados marcos. La alcoba también le pareció la alcoba de personas distinguidas; los macasares de encaje ponían en las sillas una especie de prohibición; la alfombra, las cortinas, los jarrones de porcelana con paisajes, pregonaban su trabajo y su afición a lo cómodo. Entonces, el salchichero se hundió más bajo el edredón, en donde se calentaba suavemente, con calorcillo de bañera. Le pareció que en casa del señor Lebigre había estado a punto de perder todo aquello, su lecho enorme, su alcoba bien cerrada, su salchichería, en la cual pensaba ya con enternecidos remordimientos. Y de Lisa, de los muebles, de aquellas

cosas dulces que le rodeaban, emanaba un bienestar que le sofocaba un tanto, de un modo deliciosísimo.

—¡Ah, tonto!—le dijo su mujer al verle convencido.—¡Bonito camino habías tomado!... Pero, mira, hubiera sido preciso que pasaras por cima del cuerpo de Paulina y del mío... Y no te metas más en juzgar al gobierno, ¿oyes? En primer lugar, que todos los gobiernos son lo mismo. Hoy se sostiene a éste, y mañana a aquél, es necesario. Lo único positivo, cuando se llega a viejo, es comerse las rentas tranquilamente, con la certidumbre de haberlas ganado a pulso.

Quénu aprobaba con la cabeza. Quiso comenzar una justificación.

—Es que Gavard...—murmuró.

Pero Lisa se puso seria, y le interrumpió bruscamente.

—No, no es Gavard... Ya sé yo quién es. Y ese haría mejor en pensar en su propia seguridad, antes de comprometer la de los demás.

—¿Es de Florencio de quien quieres hablar?—preguntó tímidamente Quénu, después de una pausa.

Lisa no le respondió en seguida. Se levantó, volvió al secreter, como haciendo esfuerzos por contenerse. Después, con rotunda voz:

—Sí, de Florencio... Ya sabes cuánta paciencia tengo. Por nada de este mundo quisiera interponerme entre tu hermano y tú. Los lazos de la familia son sagrados. Pero la medida se ha colmado por fin. Desde que está aquí tu hermano, todo va de mal en peor... Pero no, no quiero hablar de esto; valdrá más callar.

Hubo una nueva pausa. Y al ver que su marido, con aspecto turbado, contemplaba el techo de la alcoba, prosiguió Lisa con más violencia:

—En fin, no hay más que decir; parece que

no comprende siquiera lo que estamos haciendo por él. Nos hemos molestado, le hemos dado la alcoba de Agustina, y la pobre muchacha duerme sin quejarse en un cuartito en que carece de aire... Le damos de comer mañana y tarde, le prodigamos nuestros cuidados... Nada. Lo acepta con la mayor naturalidad. Gana dinero, y ni siquiera sabemos dónde va a parar, o mejor dicho, lo sabemos demasiado.

—Está la herencia...—se atrevió a decir Quénu, que sufría al oír acusar a su hermano.

Lisa se quedó parada en seco, como aturdida. Toda su cólera se desvaneció.

—Tienes razón, está la herencia... Ahí están las cuentas en ese cajón... El no la quiso; tú estabas ahí, ¿te acuerdas? Eso prueba que es un muchacho sin seso y sin conducta... Si tuviera la menor idea de algo, ya hubiera hecho cualquier cosa con ese dinero... Yo te aseguro que quisiera no tenerlo ya; así dejaría de intranquilizarnos... Ya le he hablado de ello dos veces, pero se ha negado a oírme. Tú deberías decidirle a que lo tomara... Procura hablar con él, ¿estás?

Quénu respondió con un gruñido, y Lisa no quiso insistir, pues, según ella, había puesto ya de su parte la mayor honradez.

—No, no es un hombre como los demás—prosiguió.—No es tranquilizador, compréndelo... Te digo esto porque estamos hablando de él... No me preocupo por su conducta, que ya ha hecho que se chismorree mucho en el barrio sobre nosotros. Que coma, que duerma, que nos incomode, puede tolerarse. Sólo que lo único que no le permitiré es que nos mezcle en su política... Si te vuelve a levantar de cascos, si nos compromete tanto así, te advierto que me desembarazaré de él rotundamente... Te lo advierto, ¿entiendes?

Florencio estaba condenado. Lisa hacía un

verdadero esfuerzo para no desahogarse, para no dejar fluir la ola de amontonado rencor que en el corazón tenía. Florencio chocaba con todos sus instintos, la ofendía, la espantaba, la hacía verdaderamente desgraciada. Todavía murmuró:

—Un hombre que ha tenido las más asquerosas aventuras, que ni siquiera ha sabido crearse un hogar propio... Comprendo que quiera tiros... Que vaya a buscarlos si le gustan, pero que deje a las personas decentes con su familia... ¡Además, no me agrada, clarito! Por la noche, en la mesa, apesta a pescado. Ese olor no me deja comer. El, en cambio, no pierde bocado... ¡Y para lo que le aprovecha! Ni siquiera puede engordar, el desgraciado, de tan roído como está por la perversidad...

Habíase acercado a la ventana, desde la cual vió a Florencio que atravesaba la calle de Rambuteau, para dirigirse a la pescadería. La llegada de pescado era desbordante aquella mañana y las cestas ofrecían grandes jaspeados de plata, las subastas retumbaban. Lisa siguió los puntiagudos hombros de su cuñado, que entraba en los fuertes olores de los Mercados, con el dorso encorvado, con aquella náusea del estómago que le subía a las sienes; y la mirada con que Lisa le seguía era de una combatiente, de mujer resuelta al triunfo.

Cuando Lisa se volvió, Quénu se levantaba. En camisa, con los pies en la suavidad de la alfombra, caliente aún con el agradable calor del edredón, estaba descolorido, afligidísimo por la falta de avenencia entre su hermano y su mujer. Pero Lisa tuvo una de sus hermosas sonrisas. Le conmovió mucho al darle los calcetines.

V

Marjolin fué hallado en el mercado de los Inocentes, en un montón de coles, debajo de una col blanca, enorme, una de cuyas grandes hojas ocultaba su rosada carita de niño dormido. Siempre se ignoró qué mano miserable le había puesto allí. Era ya un ciudadanillo de dos a tres años, muy gordo, muy satisfecho de vivir, pero tan poco precoz, tan atrasado, que apenas chappurreaba unas cuantas palabras y no sabía más que sonreír. Cuando una vendedora de legumbres le descubrió debajo de la gran col blanca, exhaló tal grito de sorpresa que las vecinas acudieron, maravilladas; y el niño tendía las manos, arrollado en un pedazo de colcha. No pudo decir quién era su madre. Tenía los ojos espantados y se aferraba al hombro de una tripera gorda que le había cogido en brazos. Hasta la noche, el niño fué el tema de las conversaciones del mercado. Se había tranquilizado, y comía rosquillas, sonriendo a todas las mujeres; la tripera gorda lo conservó consigo; después pasó a una vecina; un mes más tarde, dormía en casa de la tercera. Cuando le preguntaban: “¿Dónde está tu madre?” el niño hacía un ademán en-

verdadero esfuerzo para no desahogarse, para no dejar fluir la ola de amontonado rencor que en el corazón tenía. Florencio chocaba con todos sus instintos, la ofendía, la espantaba, la hacía verdaderamente desgraciada. Todavía murmuró:

—Un hombre que ha tenido las más asquerosas aventuras, que ni siquiera ha sabido crearse un hogar propio... Comprendo que quiera tiros... Que vaya a buscarlos si le gustan, pero que deje a las personas decentes con su familia... ¡Además, no me agrada, clarito! Por la noche, en la mesa, apesta a pescado. Ese olor no me deja comer. El, en cambio, no pierde bocado... ¡Y para lo que le aprovecha! Ni siquiera puede engordar, el desgraciado, de tan roído como está por la perversidad...

Habíase acercado a la ventana, desde la cual vió a Florencio que atravesaba la calle de Rambuteau, para dirigirse a la pescadería. La llegada de pescado era desbordante aquella mañana y las cestas ofrecían grandes jaspeados de plata, las subastas retumbaban. Lisa siguió los puntiagudos hombros de su cuñado, que entraba en los fuertes olores de los Mercados, con el dorso encorvado, con aquella náusea del estómago que le subía a las sienes; y la mirada con que Lisa le seguía era de una combatiente, de mujer resuelta al triunfo.

Cuando Lisa se volvió, Quénu se levantaba. En camisa, con los pies en la suavidad de la alfombra, caliente aún con el agradable calor del edredón, estaba descolorido, afligidísimo por la falta de avenencia entre su hermano y su mujer. Pero Lisa tuvo una de sus hermosas sonrisas. Le conmovió mucho al darle los calcetines.

V

Marjolin fué hallado en el mercado de los Inocentes, en un montón de coles, debajo de una col blanca, enorme, una de cuyas grandes hojas ocultaba su rosada carita de niño dormido. Siempre se ignoró qué mano miserable le había puesto allí. Era ya un ciudadanillo de dos a tres años, muy gordo, muy satisfecho de vivir, pero tan poco precoz, tan atrasado, que apenas chappurreaba unas cuantas palabras y no sabía más que sonreír. Cuando una vendedora de legumbres le descubrió debajo de la gran col blanca, exhaló tal grito de sorpresa que las vecinas acudieron, maravilladas; y el niño tendía las manos, arrollado en un pedazo de colcha. No pudo decir quién era su madre. Tenía los ojos espantados y se aferraba al hombro de una tripera gorda que le había cogido en brazos. Hasta la noche, el niño fué el tema de las conversaciones del mercado. Se había tranquilizado, y comía rosquillas, sonriendo a todas las mujeres; la tripera gorda lo conservó consigo; después pasó a una vecina; un mes más tarde, dormía en casa de la tercera. Cuando le preguntaban: "¿Dónde está tu madre?" el niño hacía un ademán en-

cantador; su mano daba una vuelta, mostrando a todas las vendedoras a la vez. Fué el niño de los Mercados, siguiendo las faldas de una o de otra, hallando siempre un rinconcito en cada cama, comiendo la sopa un poco en cada parte, vestido a la gracia de Dios, y poseyendo, no obstante, unos sueldos que guardaba en el fondo de sus agujereados bolsillos. Una hermosa muchacha, roja, que vendía flores artificiales, le había llamado Marjolin, sin que se supiera por qué.

Iba Marjolin a cumplir cuatro años, cuando la tía Chantemesse tuvo a su vez el hallazgo de una niñita, en la acera de la calle de San Dionisio, en un ángulo del mercado. La niña podía tener dos años, pero ya charlaba como una cotorra, comiéndose las palabras con su balbuceo infantil; tanto que la tía Chantemesse creyó comprender que se llamaba Cadina y que su madre, la noche anterior, la había dejado sentada en un portal, diciéndole que la esperase. La niña había dormido allí; no lloraba, y contaba que le pegaban. Después, siguió a la tía Chantemesse muy contenta, encantada por aquella gran plaza, en que había tanta gente y tantas legumbres. La tía Chantemesse, que vendía al menudeo, era una digna mujer, muy bruscota, que frisaba ya en los sesenta; adoraba a los niños, pues había perdido tres varoncitos en la cuna. Pensaba que "aquella moscona era demasiado mala hierba para reventar", y adoptó a Cadina.

Pero una noche, cuando la tía Chantemesse se marchaba, llevando a Cadina de la mano derecha, Marjolin le cogió sin ceremonias la mano izquierda.

—¡Eh, muchacho!—dijo la vieja deteniéndose.—La plaza está tomada... ¿No estás ya con

Teresa la gorda? Eres un famoso correntón, ¿sabes?

Marjolin la miraba sonriendo, y sin soltarla. La tía Chantemesse no pudo seguir regañona; tan lindo era el niño y tan rizado tenía el cabello. Murmuró:

—Vamos, venid, arrapiezos... Os acostaré juntos.

Y llegó a la calle de la Manteca, en donde vivía, con un niño en cada mano. Marjolin se quedó en casa de la tía Chantemesse. Cuando él y Cadina armaban demasiado ruido, la vieja les soltaba algunos sopapos, dichosa por poder gritar, por incomodarse, por lavarles, por meterlos bajo las mismas sábanas. Habiales preparado una camita en un carretón viejo de vendedor ambulante, al que faltaban las ruedas y las varas. Era como una cuna ancha, un poco dura, oliendo aún a las legumbres frescas que había llevado tanto tiempo bajo trapos mojados. Cadina y Marjolin durmieron allí, a los cuatro años, uno en brazos del otro.

Entonces crecieron juntos, y se les vió siempre cogidos de la cintura. Una noche les oyó la tía Chantemesse hablando en voz baja. La aflautada voz de Cadina, durante horas enteras, contaba cosas sin fin, que Marjolin escuchaba con apagados asombros. Cadina era muy mala, inventaba cuentos para darle miedo, le decía que, la noche anterior, había visto un hombre todo blanco, al pie de su lecho, que les contemplaba, sacando la lengua roja y enorme. Marjolin sudaba de angustia y le preguntaba detalles; y Cadina se burlaba de él y acababa por llamarle "animalote". Otras veces, no se estaban quietos y se daban de puntapiés bajo las sábanas; Cadina retiraba las piernas, y ahogaba sus risas cuando Marjolin, con toda su fuerza no le toca-

ba e iba a pegar en la pared. Aquellas veces era preciso que la tía Chantemesse se levantara para arreglarles las sábanas; y los dormía a los dos a pescozones sobre la almohada. De esta suerte, la cama fué de mucho tiempo para los niños un lugar de recreo; a ella se llevaban sus juguetes, y en ella se comían zanahorias y nabos robados; cada mañana, su madre adoptiva se quedaba muy sorprendida al ver objetos extraños, piedras, hojas, corazones de manzanas, muñecas hechas con pedazos de trapos. Y en los días de grandes fríos les dejaba allí, dormidos, las greñas negras de Cadina confundidas con los bucles rubios de Marjolin, y las bocas tan cerca una de otra, que parecían darse mutuo calor con su aliento.

Aquella habitación de la calle de la Manteca era un gran desván destartado y alumbrado por una sola ventana de vidrios deslucidos por las lluvias. Los niños jugaban allí al escondite, en el alto armario de nogal y bajo el lecho colosal de la tía Chantemesse. Había también dos o tres mesas, bajo las cuales andaban ambos a gatas. Era encantador, porque no había claridad apenas y porque había legumbres abandonadas en los oscuros rincones. La calle de la Manteca era también muy divertida; estrecha, poco frecuentada y con su gran arcada que se abre a la calle de la Lencería. La puerta de la casa estaba al lado mismo de la arcada; una puerta baja, cuya hoja se abría sólo a medias para dar paso a los grasientos peldaños de una escalera de caracol. Aquella casa de tejadillo, sombría y húmeda, con su alero de plomos en cada piso, era también un juguete grande. Cadina y Marjolin pasaban mañanas enteras tirando piedras desde abajo, de modo que cayesen en los plomos del alero; las piedras bajaban entonces a lo largo de los

tubos de desagüe, haciendo un ruido divertidísimo. Pero rompieron dos cristales y llenaron los tubos de piedra hasta tal extremo, que la tía Chantemesse, que habitaba la casa desde hacía cuarenta y tres años, estuvo a punto de que le presentasen el desahucio.

Cadina y Marjolin la emprendieron entonces con los carromatos, los cochecillos y los camiones que se detenían en la desierta calle. Montábanse sobre las ruedas, se columpiaban en los extremos de las cadenas, escalaban las cajas, las cestas amontonadas. Los almacenes traseros de los tenderos de las calles de la Alfarería abrían allí anchas salas oscuras, que llenaban y vaciaban en un día, abriendo a cada momento nuevos agujeros encantadores, escondrijos en que los pilluelos se quedaban absortos por el olor de las frutas secas, de las naranjas, de las manzanas frescas. Después se cansaban, e iban de nuevo al lado de la tía Chantemesse, en el gran cuadrado de los Inocentes. Llegaban allí cogidos del brazo, atravesando las calles entre carcajadas, por medio de los vehículos, sin temor de que les aplastasen. Conocían el empedrado, y hundían las piernecitas hasta las rodillas en las hojas de las legumbres; no resbalaban, y se reían de lo lindo cuando algún carretero de gruesos zapatos se caía de espaldas por haber pisado algún troncho de alcachofa. Eran los diablos familiares y rosados de aquellas grasientas calles. No se veía más que a ellos. En los días de lluvia, se paseaban gravemente, bajo un inmenso quitasol hecho jirones, con el cual había protegido su mercancía, por espacio de veinte años, la vendedora al menudeo; los niños lo plantaban gravemente en una esquina del Mercado, y decían que aquello era su casa. Los días de sol, correteaban hasta el punto de que no

se podían mover al llegar la noche; bañábanse los pies en la fuente, hacían exclusas cerrando los canalillos, se escondían bajo montones de legumbres, y permanecían allí, al fresco, charlando como por la noche en la cama. A menudo se oía salir, al pasar al lado de una montaña de lechugas o de coles, un cuchicheo apagado. Cuando separaban las verduras, veían a los niños tumbados uno al lado del otro sobre su lecho de hojas, con la mirada viva e inquietos como pájaros descubiertos en el fondo de una maleza. Ya Cadina no podía vivir sin Marjolin, y Marjolin lloraba cuando perdía a Cadina. Si por casualidad llegaban a separarse, se buscaban mutuamente detrás de todas las faldas de los Mercados, en las cajas, debajo de las coles. Sobre todo entre las coles fué donde crecieron y se amaron.

Marjolin iba a cumplir ocho años, y seis Cadina, cuando la tía Chantemesse les echó en cara la vergüenza de su pereza. Les dijo que los asociaba a su venta al menudeo; y les prometió un sueldo cada día si le querían ayudar a limpiar sus legumbres. En los primeros días, los muchachos demostraron hermoso celo; colocábanse a ambos lados del cesto, con sendos cuchillos estrechos, y muy atentos al trabajo. La tía Chantemesse tenía la especialidad de las legumbres limpias y preparadas; tenía, sobre la mesa cubierta con un pedazo mojado de lana negra, hileras de patatas, de nabos, de zanahorias, de cebollas blancas, dispuestas de cuatro en cuatro, en pirámide, tres por la base y una en la cúspide, ya en situación de ser hechadas a las cacerolas de las compradoras retrasadas. También tenía manojos atados para el cocido; cuatro puerros, tres zanahorias, dos nabos y dos pedacitos de apio; sin hablar de las hierbas de sopa

frescas, cortadas muy delgadas en hojas de papel; coles cortadas en cuatro partes, montones de tomates y rodajas de calabaza, que ponían estrellas rojas y lunas de oro en la blancura de las otras legumbres lavadísimas. Cadina se mostró mucho más hábil que Marjolin, aunque era más joven; les quitaba a las patatas una mondadura tan delgada, que se podía ver al través de ella; ataba los manojos para el cocido de un modo tan singular, que parecían ramilletes, y en fin, sabía hacer montones pequeños que parecían muy grandes, nada más que con tres zanahorias o tres nabos. Los transeuntes se detenían riendo, cuando Cadina gritaba con su aguda voz de mocosa:

—Señora, señora, venga usted aquí... A dos sueldos el montoncito...

Tenía mucha parroquia, y sus montoncitos eran conocidísimos. La tía Chantemesse, sentada entre los dos niños, se reían con risa interior, que le hacía subir el pecho hasta la barba, al verles tan serios y tan aplicables al trabajo. Les daba religiosamente el prometido sueldo diario. Pero los montoncitos de legumbres acabaron por aburrirles. Iban creciendo en edad, y pensaban en comercios más lucrativos. Marjolin continuaba siendo niño, lo cual impacientaba a Cadina. Decía ésta que el chico no tenía más ideas que una col. Y lo cierto es que era inútil que ella discurriese por él medios de ganar dinero, porque Marjolin no lo ganaba, y ni siquiera sabía hacer bien un recado. Ella era todo lo contrario. A los ocho años, se hizo tomar por una de esas vendedoras que se sientan en un banco, alrededor de los Mercados, con una cesta de limones, que toda una bandada de mocosas venden bajo sus órdenes; Cadina ofrecía los limones en la mano, dos por tres sueldos, corrien-

do tras los transeuntes, poniendo su mercancía bajo las narices de las mujeres, y volviendo por más limones en cuanto se quedaba con las manos vacías; cobraba dos sueldos por docena, lo cual le hacía ganar, en el buen tiempo, hasta cinco y seis sueldos diarios. Al año siguiente, vendió gorros a nueve sueldos; la ganancia era mayor; sólo que era preciso andar listo, porque están prohibidos esos comercios a la intemperie; Cadina olía a cien pasos a los agentes de policía, y entonces los gorros desaparecían entre sus faldas, en tanto que se zampaba una manzana, con aspecto inocentísimo. Después vendió pasteles, galletas, tortas de cerezas, rosquillas, bizcochos de maíz, espesos y amarillos, en cañizos de mimbre; pero Marjolin se le comió la mercancía. Por fin, a los once años, realizó una gran idea que la atormentaba mucho tiempo hacía. Economizó cuatro francos en dos meses; compró un pequeño cuévano y se puso a vendedora de comida para los pájaros.

Era un gran negocio. Cadina se levantaba muy temprano, y compraba a los vendedores al por mayor su provisión de mijo en rama, de alpiste, de cañamones; después partía, pasaba el río, recorría el barrio Latino, desde la calle de Saint-Jacques a la calle Dauphine y hasta el Luxemburgo. Marjolin la acompañaba. Pero Cadina no quería ni aun que llevase el cuévano; decía que el chico no servía más que para pregonar; y Marjolin gritaba con acento grueso y lento:

—¡Alpiste para los pajaritos!

Y Cadina repetía con notas de flauta, y con una extraña frase musical que acababa por una nota pura y afilada, muy alta:

—¡Alpiste para los pajaritos!

Iban cada cual por una acera, mirando al aire. En aquella época, Marjolin llevaba un gran

chaleco rojo que le bajaba hasta las rodillas; el chaleco del difunto tío Chantemesse, que había sido cochero de punto; Cadina llevaba un traje de Cuadros azules y blancos, cortado de un manto viejo de la tía Chantemesse. Los jilgueros de todas las guardillas del barrio Latino les conocían. Cuando pasaban, repitiendo su pregón, lanzándose mutuamente el eco de su grito, las jaulas cantaban.

Cadina vendió también berros. “¡A dos sueldos el manojo! ¡A dos sueldos el manojo!” Y era Marjolin el que entraba en las tiendas para ofrecer “el buen berro de fuente, la salud del cuerpo”. Pero los Mercados centrales acababan de ser construídos; la pequeña se quedaba en éxtasis ante la calle de flores que atraviesa el pabellón de las frutas. Allí, a lo largo los puestos de venta, como arriates a ambos bordes de un sendero, florecían, ostentando grandes ramos; era una cosecha olorosa, de espesos setos de rosas, entre las cuales gozan pasando las muchachas del barrio, sonrientes, algo asfixiadas por el perfume fuerte en demasía; y en lo alto de los escaparates, hay flores artificiales, follajes de papel en los que las gotas de goma imitan las gotas de rocío, coronas de cementerio de perlas negras y blancas que se jaspían de reflejos azules. Cadina abría la rosada nariz con sensualidades de gata; se detenía en aquella frescura dulce, y se llevaba todo el perfume que podía. Cuando ponía el moño bajo las narices de Marjolin, decía éste que olía a claveles. La niña juraba y perjuraba que no se ponía ya pomada y que bastaba pasar por la calle de las flores. Después, se las arregló de tal suerte que logró entrar al servicio de una de las floristas. Entonces, Marjolin halló que Cadina olía bien desde los pies a la punta del cabello.

La chica vivía, entre las rosas, las lilas, los alhelios, los claveles. El, al olerle la falda, largamente, como por juego, parecía buscar y acababa por decir: "Esto huele a clavel". Subía a la cintura, al busto, y resollando más fuerte: "Esto huele a alhelí". Y en las mangas, en el borde de los puños: "Esto huele a lilas". Y en la nuca, alrededor del cuello, en las mejillas, en los labios: "Etto huele a rosas". Cadina se reía, le llamaba majadero y le gritaba que la dejase en paz, porque le hacía cosquillas con la punta de la nariz. Su aliento era de jazmín. Era un ramillete tibio y viviente.

A la sazón, la pequeña se levantaba a las cuatro, para ayudar a su ama en las compras. Cada mañana, eran brazadas de flores compradas a los horticultores de la barrera, manojos de musgo, de hojas de helechos y de pervincas para rodear los ramilletes. Cadina se quedaba maravillada ante los brillantes y los encajes que llevaban las hijas de los grandes jardineros de Montreuil, que llegaban en medio de sus rosas. En los días de Santa María, de San Pedro, de San José, de los santos patronímicos muy celebrados, la venta comenzaba a las dos; en el mercado se vendían más de cien mil francos de flores cortadas; las revendedoras ganaban en pocas horas hasta doscientos francos. En tales días, Cadina no dejaba de ver más que los mechones rizados de sus cabellos por cima de los manojos de pensamientos, de resedá, de margaritas; estaba como anegada, perdida entre las flores; todo el día estaba montando ramilletes sobre varitas de junco. En algunas semanas había llegado a adquirir habilidad y una gracia muy original. Sus ramilletes no agradaban a todo el mundo; hacían sonreír, e inquietaban por cierto aspecto de ingenuidad cruel. En ellos dominaban los rojos, cortados por tonos violentos, azules,

amarillos, violetas de un encanto bárbaro. Las mañanas en que pellizcaba a Marjolin, en que le mareaba hasta hacerle llorar, hacía Cadina ramilletes feroces, ramilletes de muchacha rabiosa, de aromas rudos, de colores irritados. Otras mañanas, cuando se sentía enternecida por alguna pena o por alguna alegría, hallaba ramilletes de gris plateado, muy suaves, velados, de olor discreto. Después, ponía rosas, mandando sangre como corazones abiertos, en lagos de claveles blancos; leonados gladiolos, que sabían en penachos de ramas entre verdores borrosos; alfombras de Smyrna, de complicados dibujos, hechos flor a flor, lo mismo que sobre un cañamazo; abanicos jaspeados, que se abrían con suavidades de encaje; purezas adorables, ensueños para ponerlos en manos de sardineras y de marquesas; torpezas de virgen y ardores sensuales de ramera, toda la fantasía exquisita de una chiquilla de doce años en la cual se despertaba la mujer.

No respetaba Cadina más que dos cosas; respetaba a las lilas blancas, cuyo manojito de ocho a diez ramas cuesta, en invierno, de quince a veinte francos; y respetaba a las camelias, más caras aún, que llegan por docenas, en cajas, tendidas sobre un lecho de musgo y cubiertas por una capa de algodón. Cogíalas Cadina como si hubiera cogido joyas, delicadamente, sin respirar, por temor de estropearlas de un soplo; después, con infinitas precauciones, ataba sus cortos tallos a las briznas de junco. Hablaba de ellas con gran seriedad. Decía a Marjolin que una hermosa camelia blanca, sin picadura, ni mancha, era una cosa rara, bellísima. Un día en que le hacía admirar una, exclamó el muchacho:

—Si, es muy bonita, pero me gusta más lo bajo de tu barbilla, aquí, en este sitio; es muchísi-

mo más suave y más transparente que tus camelias... Tiene unas venitas azules y rosas que parecen de flor...

Y la acariciaba con la yema de los dedos; después acercó la nariz murmurando:

—¡Toma! Hoy hueles a azahar.

Cadina tenía muy mal genio. No se avenía con el papel de criada. De modo que acabó por establecerse por su cuenta. Como entonces tenía trece años y no podía pensar en el gran comercio, un puesto de venta en la calle de las flores, vendió ramitos de violetas de un sueldo, colocados sobre un lecho de musgo, en una bandeja de mimbre que llevaba suspendida del cuello. Todo el día rodaba por los Mercados, y alrededor de los Mercados, paseando su pedacito de arriate. Aquello era su gran alegría; aquellos paseos continuos, que la desentumecían las piernas, sacándola de aquellas horas pasadas haciendo ramilletes, con las rodillas dobladas, sobre una caja pequeña. Ahora, al andar, daba vueltas a las violetas con maravillosa ligereza de dedos; contaba seis u ocho flores, según la estación, doblaba en dos una brizna de junco, añadía una hoja y liaba un hilo mojado; y con sus dientes de lobezno cortaba el hilo. Los ramitos parecían brotar por sí solos en el musgo de la bandeja; tan deprisa los plantaba allí. A lo largo de las aceras, en medio de los codazos de la calle, sus dedos rápidos florecían, sin que ella lo mirase, con la cabeza levantada descaradamente y mirando las tiendas y los transeuntes. Después, reposaba un instante en el hueco de algún portal; ponía con su presencia, en el borde de los canalillos, grasientos por las aguas de los lavados, un punto de primavera, un lindero de bosque de azuladas hierbas. Sus ramitos conservaban su mal humor y sus ternuras; los ha-

bía erizados, terribles, que no se desharian en sus arrugados cucuruchos; otros eran apacibles, amorosos, sonriendo en el fondo de su limpio cerco. Cuando pasaba dejaba un aroma suave. Marjolin la seguía con beatitud. De pies a cabeza ya no exhalaba Cadina más que un perfume. Cuando el muchacho la cogía recorriendo con la nariz desde las faldas hasta el cuerpo, desde las manos a la cara, decía que Cadina no era más que una violeta, una violeta grande. Hundía allí la cabeza y repetía:

—¿Te acuerdas del día que fuimos a Romainville? Es lo mismo lo mismo que aquéllo, sobre todo aquí en la manga. No cambies ya más, Cadina. Hueles ahora hasta demasiado bien.

No cambió más. Fué su último oficio. Pero los dos niños iban creciendo, y a veces Cadina se olvidaba de su bandeja para corretear por el barrio. La construcción de los Mercados centrales fué para ellos un motivo continuo de escapatorias. Penetraban hasta el centro de los talleres por alguna brecha de las cercas de tablas; bajaban hasta los cimientos, se encaramaban a las primeras columnas de hierro colado. Entonces fué cuando dejaron algo de sí mismos, de sus juegos, de sus riñas, en cada hueco, en cada armazón. Los pabellones se fueron elevando bajo sus manecitas. De allí arrancaron las ternuras que les inspiraron siempre los grandes Mercados, y las ternuras que los grandes Mercados les devolvieron. Habíanse familiarizado con aquel barco gigantesco, como viejos amigos que habían visto poner cada una de sus piezas. No tenían miedo al monstruo, y con el delgado puño golpeaban su enormidad, tratándole como a un buen chico, como a un camarada con quien no necesita uno reprimirse. Y los Mercados parecían sonreír al ver a aquellos dos arrapiezos, que

eran la canción libre, el idilio descarado de su gigantesco vientre.

Ya no dormían juntos Cadina y Marjolin, en casa de la tía Chantemesse, en el carretón del vendedor ambulante. La vieja, que seguía oyéndoles charlar por las noches, hizo una cama aparte para el niño, en el suelo, delante del armario; pero, a la mañana siguiente, se lo encontró abrazado al cuello de la niña, bajo las mismas sábanas. Entonces le acostó en casa de una vecina. Esto hizo muy desgraciados a los niños. Durante el día, cuando la tía Chantemesse no estaba allí, se volvían a abrazar, completamente vestidos, y abrazados se tendían en el suelo como en una cama; y esto les divertía mucho. Más tarde, pillaron, buscando los negros rincones de la habitación, y se ocultaron más a menudo en el fondo de los almacenes de la calle de la Manteca, detrás de los montones de manzanas y de las cajas de naranjas. Eran libres y sin vergüenza, como los gorriones que se aparejan en el borde de un techo.

En el sótano del pabellón de los volátiles fué donde encontraron medio de seguir acostándose juntos. Era una costumbre dulce, una sensación de calor agradable, una manera de dormirse el uno contra el otro, que no podían perder. Había allí, cerca de las mesas de la matanza, grandes cestos de plumas, en los que estaban muy cómodamente. En cuanto caía la noche, bajaban al sótano, y en él permanecían toda la velada, calentitos, felices por la blandura de aquel lecho, cubiertos de plumas hasta los ojos. Generalmente, arrastraban la cesta de las plumas hasta ponerla lejos del gas; estaban solos, en medio de los olores fuertes de las aves, y les tenían despiertos los bruscos cantos de gallos que salían de la sombra. Y se reían, y se besa-

ban, llenos de una amistad vivísima que no sabían cómo demostrarse. Marjolin era muy tonto. Cadina le pegaba, asaltada de cólera contra él, sin saber por qué. Ella le despabilaba con sus salidas de muchacha callejera. Lentamente, en los cestos de plumas, aprendieron más. Era un juego. Las gallinas y los gallos que dormían al lado de ellos no tenían más hermosa inocencia.

Más tarde, llenaron los grandes Mercados con sus amores de despreocupados gorriones. Vivían como animalillos felices, abandonados al instinto, satisfaciendo sus apetitos en medio de aquellos montones de víveres en los cuales habían crecido como plantas todas de carne. Cadina, a los diez y seis años, era muchacha desatada, una bohemía negra del arroyo, muy ansiosa y muy sensual. Marjolin, a los diez y ocho años, tenía la adolescencia, ventruda ya, de un hombre gordo, la inteligencia nula, y no vivía más que por los sentidos. Cadina se levantaba muy amenudo de su lucho para pasar la noche con él, en el sótano de las aves; reíase descaramadamente en las narices de la tía Chantemesse, al día siguiente de sus escapatorias, esquivando la escoba con la cual la vieja pegaba a diestro y siniestro en la habitación, sin alcanzar nunca a la picarona, que se burlaba con singular desvergüenza, diciendo que había velado "para ver si le salían cuernos a la luna". El, Marjolin, vagabundeaba; las noches en que Cadina le dejaba solo, se quedaba con el ordenanza de guardia en los pabellones; dormía encima de sacos, encima de cajas, en el fondo de la primera esquina que veía. Ambos acabaron por no salir nunca de los Mercados. Estos fueron su jaula, su establo, el comedero colosal en que dormían, se amaban y vivían, sobre un lecho inmenso de carnes, de mantecas, de legumbres.

Pero siempre conservaron una amistad particular a los grandes cestos de plumas. En las noches de ternura volvían a ellos. Las plumas no estaban escogidas. Había largas plumas negras de pava y plumas de ganso, blancas y lisas, que les hacían cosquillas en las orejas cuando rebullían; además, había las plumas pequeñas del pato, en donde se hundían como en algodón, plumas livianas de gallinas, doradas, pintorreadas, de las cuales levantaban un vuelo a cada soplo, semejante a un enjambre de moscas durmiendo al sol. En invierno se acostaban también sobre la púrpura de los faisanes, sobre la ceniza gris de las alondras, sobre la mosqueada seda de las perdices, de las codornices, y de los tordos. Las plumas parecían aún vivientes, con olor tibio. Entre los labios de ellos ponían estremecimientos de alas, calores de nido. Parecíanles un gran dorso de pájaro, sobre el cual se extendían, y que se los llevaba, extático en brazos uno de otro. Por las mañanas, Marjolin buscaba a Cadina, perdida en el fondo del cesto, como si hubiera nevado sobre ella. La muchacha se levantaba desgreñada, se sacudía, salía de una nube, con el moño en el que siempre quedaba clavada alguna pluma de gallo.

Hallaron otro lugar de delicias; en el pabellón de la venta al por mayor de las mantequillas, de los huevos y de los quesos. Cada mañana se amontonaban en él enormes paredes de cestas vacías. Ambos se deslizaban allí, agujereaban el muro y se abrían un eseñdrijo. Después, cuando habían practicado una alcoba en el montón, colocaban otra cesta y se encerraban. Entonces estaban en su casa, tenían un domicilio. Y se abrazaban impunemente. Lo que les hacía burlarse del mundo era el que sólo unos débiles tabiques de mimbre les separaban de la multitud

de los Mercados, cuya fuerte voz oían en torno de ellos. A menudo, se morían de risa cuando algunas personas se detenían a dos pasos, sin sospechar que estaban allí, abrían aspilleras y echaban una mirada. Cadina, en la época de las cerezas, lanzaba los cuescos a la nariz de todas las viejas que pasaban, lo cual les divertía tanto más cuanto que las viejas, asustadas, no adivinaban nunca de dónde partía aquella granizada de cuescos.

También iban al fondo de los sótanos, cuyos huecos de sombra conocían, porque sabían atravesar las rejas mejor cerradas. Una de sus grandes empresas era la de penetrar en la vía del ferrocarril subterráneo, abierto en el subsuelo, y que unas líneas proyectadas habían de unir con diferentes estaciones; ramales de aquella vía pasan bajo las calles cubiertas, separando los sótanos de cada pabellón. Hasta planchas giratorias hay ya en todas las encrucijadas, dispuestas a funcionar. Cadina y Marjolin habían acabado por descubrir, en la valla de tablonos que impide el acceso a la vía, un pedazo de madera menos sólido, que habían conseguido hacer movable, de manera que entraban allí con toda comodidad. Allí estaban separados de todo el mundo, sintiendo en lo alto las incesantes pisadas de París. La vía férrea extendía sus calles, sus galerías desiertas, manchadas de luz bajo las claraboyas con rejas de hierro fundido; en los puntos negros ardían mecheros de gas. Los muchachos se paseaban como en un castillo de su propiedad, seguros de que nadie les estorbaría, felices por aquel silencio zumbador, por aquellas luces inciertas, por aquella discreción de subterráneo, en donde sus amores de niños burlones tenían entretenimientos de melodrama. De los vecinos sótanos, al través de las

vallas, les llegaba toda clase de olores; la insípidez de las legumbres, la aspereza del pescado, la rudeza pestilencial de los quesos, el calor viviente de las aves. Eran continuas ráfagas alimenticias que aspiraban entre sus besos, en la alcoba de sombra en que se quedaban absortos, acostados de través sobre los rieles. Después, otras veces, en las hermosas noches, en la alborada clara, se encaramaban a los techos, trepando por las pendientes escaleras de las torrecillas, colocadas en los ángulos de los pabellones. Allá arriba se extendían campos de zinc, paseos, playas, toda una campiña accidentada, de la que eran únicos dueños. Daban la vuelta a las cuadradas techumbres de los pabellones, recorrían los alargados tejados de las calles cubiertas, subían y bajaban las cuestas, perdiéndose en viajes sin fin. Cuando estaban ya cansados de las tierras bajas, iban aún más arriba, arriesgándose por las escaleras de hierro, en las que las faldas de Cadina flotaban como banderas. Entonces recorrían el segundo piso de los techos, en pleno cielo. Encima de ellos no había más que las estrellas. Del fondo de los sonoros Mercados, ascendían rumores, ruidos rodantes, una tempestad a lo lejos oída por la noche. A aquella altura, el viento matutino barría los averiados olores, las emanaciones malsanas del despertar de los Mercados. Cuando se levantaba el sol, en el borde de los canalones, Marjolin y Cadina juntaban las bocas, como los pájaros el pico, picardeando bajo las tejas. Estaban encendidos por los primeros destellos rojos del sol. Cadina se reía de estar en el aire, con la garganta jaspeada, parecida a la de una paloma. Marjolin se inclinaba para ver las calles llenas aún de tinieblas, con las manos apretando el zinc como patas de paloma torcaz. Cuando bajaban,

con la alegría del aire libre, sonriendo como enamorados que salen con las ropas descompuestas de un silo de trigo, decían que regresaban del campo.

En la tripería fué donde trabaron conocimiento con Claudio Lantier. Allí iban cada día, con la afición a la sangre, con la crueldad de pilluelos que se divierten viendo cabezas cortadas. Alrededor del pabellón, los canalillos fluyen rojos; en ellos metían la punta del pie, empujando montones de hojas que los obstruían y formaban sangrientos pantanillos. La llegada de los despojos de las reses en carromatos que hieden y que son lavados con mucha agua, les interesaba. Contemplaban la descarga de los paquetes de pies de carnero, que se amontonan en tierra como adoquines sucios, las grandes lenguas rígidas mostrando los sangrientos desgarrones de las gargantas, los corazones de buey sólidos y desprendidos como campanas mudas. Pero lo que más que nada les ocasionaba un escalofrío a flor de piel, eran los grandes cestos que sudan sangre, llenos de cabezas de carneros, con los cuernos grasientos, negro el hocico, ostentando pendientes aún de las carnes vivas jirones de la muda piel; Marjolin y Cadina pensaban en alguna guillotina que arrojara en los cestos las cabezas de interminables rebaños. Seguíanles hasta el fondo del sótano, a lo largo de los rieles puestos sobre los peldaños de la escalera, y escuchando el ruido de las ruedecillas de aquellos vagones de mimbre, que tenían un chirrido como el de una sierra. Abajo, había para ellos un horror exquisito. Entraban en un olor de carnes conservadas, y andaban en medio de sombrías charcas, en las que a trechos parecían encenderse unos ojos de púrpura; pegábanseles las suelas de los zapatos y chapoteaban, inquietos,

entusiasmados por aquel asqueroso fango. Los mecheros de gas tenían una llama corta, un párpado sanguinolento que latía. Alrededor de las fuentes, bajo el pálido día de las lumbreras, se aproximaban a las mesas de los carniceros. Allí gozaban viendo a los mondongueros, con los delantales tiesos de las salpicaduras, romper una por una las cabezas de carnero, de un golpe de mazo. Y permanecían por espacio de horas enteras aguardando que los cestos estuviesen vacíos, retenidos por el crujir de huesos, y queriendo ver hasta el fin cómo se arrancaban las lenguas y se separaban los sesos de entre los fragmentos de los cráneos. A veces, un peón pasaba por detrás de ellos lavando el sótano con una manguera; los suelos chorreaban con ruido de esclusa, y el rudo chorro de la manguera golpeaba las losas sin poder llevarse ni la herrumbre ni el hedor de la sangre.

Al caer la tarde, entre las cuatro y las cinco, Cadina y Marjolin estaban seguros de encontrar a Claudio en la venta al por mayor de los boses de buey. Estaba allí, en medio de los carros de los triperos arrimados a las aceras, entre la muchedumbre de hombres de blusas azules y delantales blancos, apretujados, con los oídos destrozados por las ofertas hechas en voz alta; pero ni siquiera sentía los codazos, y permanecía como en éxtasis frente a los grandes boses colgados de los garfios de la subasta.

Muchas veces explicó a Cadina y a Marjolin que no había nada más hermoso. Los boses eran de un color de rosa pálido que se iba acentuando poco a poco, hasta quedar ribeteado, por abajo, de vivo carmín; y Claudio Lanfier decía que eran de raso tornasolado, pues no encontraba otra palabra para pintar aquella suavidad sedosa, aquellos pedazos largos y fres-

cos, aquellas carnes livianas que caían formando anchos pliegues, como colgadas faldas de bailarinas. Hablaba de gasas, de encajes que dejaban ver la cadera de una mujer bonita. Cuando un golpe de sol, cayendo sobre los grandes boses, les ponía un cinturón de oro, Claudio, con los ojos pasmados, era más feliz que si hubiese visto desfilar las desnudeces de las diosas griegas y los trajes de brocado de las castellanas románticas.

El pintor se hizo gran amigo de los dos pilluelos. Sentía gran amor por los hermosos brutos. Mucho tiempo estuvo soñando en un cuadro colosal, Cadina y Marjolin amándose en medio de los Mercados centrales, en las legumbres en el pescado, en las carnes. Les hubiera sentado sobre su lecho de alimentos, cogidos por la cintura y cambiando un beso idílico. Y veía allí una manifestación artística, el positivismo del arte, del arte moderno, todo experimental y todo materialista; también veía una sátira de la pintura de ideas, un bofetón dado a las viejas escuelas. Pero durante dos años estuvo comenzando bocetos sin poder encontrar la nota justa. Destrozó unas quince telas. Por esto se conservó a sí mismo un gran rencor, y continuó viviendo con sus dos modelos por una especie de amor sin esperanza a su fracasado cuadro. A menudo, por la tarde, cuando los encontraba vagabudeando, recorría Claudio con ellos todo el barrio de los Mercados, sin objeto determinado, con las manos metidas en los bolsillos, y profundamente interesado por la vida de las calles.

Y los tres se iban de paseo, arrastrando los tacones por las aceras, ocupando toda la anchura de ésta, y obligando a bajar a los transeuntes. Olfateaban los olores de París, con la nariz al aire. Hubieran conocido cada rincón con los

ojos cerrados, tan sólo por las emanaciones licorosas que salían de las tiendas de vinos, por las ráfagas cálidas de panaderías y pastelerías, por lo insípidos escarpates de las fruterías. Eran grandes paseos. Complacíanse en atravesar la rotonda del Mercado del trigo, la enorme y pesada jaula de piedra, en medio de los montones de los blancos sacos de harina, oyendo el ruido de sus pasos, que se repercutía en el silencio de la sonora bóveda. Adoraban los antiguos pedazos de calle, que habían quedado desiertos, negros y tristes como un rincón de ciudad abandonada, la calle de Babilie, la calle de Sauval, la calle de los Dos Escudos, la calle de Viarmes, descolorida por la vecindad de los molineros y en la que hormiguea a las cuatro la bolsa de los granos. De ordinario solían partir de allí. Lentamente, recorrían la calle de Vanvilliers, deteniéndose ante los mezquinos bodegones, enseñándose, con el rabillo del ojo, entre carcajadas, el gran número amarillo de una casa con las persianas cerradas. En el atascamiento de la calle de Prouvaires, Claudio guiñaba los ojos y miraba, en frente, al final de la calle cubierta, en cuadrado bajo aquel inmenso tinglado de estación moderna, un portillo lateral de San Eustaquio, con su rosetón y sus dos pisos de ventanas de plena cintra; decía, a manera de desafío, que toda la Edad Media y todo el Renacimiento cabían bajo los Mercados centrales. Después, al recorrer las anchas calles nuevas, la calle del Puente Nuevo y la de los Mercados, explicaba a los dos pilluelos la vida nueva, las aceras soberbias, las altas casas, el lujo de los almacenes; anunciaban un arte original que sentía venir, decía, y por no poder revelarlo, se mordía los puños. Pero Cadina y Marjolin preferían el sosiego provinciano de la calle des Bourdonnais,

en donde se puede jugar a los bolos sin temor se ser aplastado; la pequeña se las echaba de hermosa, al pasar ante las sombrererías y guanterías al por mayor, en tanto que, en cada puerta, dependientes con la cabeza descubierta y la pluma en la oreja, la seguían con la vista, con aire de aburrimiento. Pero los tres preferían aún los restos del viejo París que había quedado en pie, las calles de la Alfarería y de la Lencería, con sus casas ventrudas, sus tiendas de mantequilla, de huevos y de quesos; las calles de la Ferretería y de las Agujas, las hermosas calles de antaño, de estrechos almacenes oscuros; sobre todo la calle de Courtalon, una callejuela negra, sórdida, que va de la plaza de Santa Oportuna a la calle de San Dionisio, agujereada por mal olientes pasillos, en el fondo de los cuales había pilleado cuando eran más jóvenes. En la calle de San Dionisio, entraban en las golosinas; sonreían a las manzanas, a los palos de regaliz, a las ciruelas, al azúcar cande de lonjistas y drogueros. Sus paseos acababan siempre con ideas de cosas buenas, con deseos de comerse los escaparates con los ojos. El barrio era para ellos una gran mesa siempre servida, un postre eterno, al cual bien hubieran querido alargar las manos. Apenas visitaban un instante el otro conjunto de destarladas casuchas, las calles Pirouette, de Mondétour, de la Truhanería Pequeña, de la Truhanería Grande, interesados sólo a medias por los depósitos de caracoles, por las tiendas de hierbas cocidas, por las zahurdas de los mondongueros y de los licoristas; no obstante, había en la calle de la Truhanería Grande una fábrica de jabón, muy agradable en medio de los hedores vecinos, que hacía detenerse a Marjolin, esperando que alguien entrase o saliese para recibir en el rostro la ráfaga de aire

30824

de la puerta. Y volvían en seguida a las calles de Pierre Lescot y de Rambuteau. Cadina adoraba las salazones, y se quedaba llena de admiración ante los montones de arenques ahumados, ante los barriles de anchoas y de alcaparras, ante los toneles de pepinillos y de aceitunas, en donde se sumergían cucharas de palo; el olor del vinagre le cosquilleaba deliciosamente la garganta; la aspereza de los enrollados bacalaos, de los salmones ahumados, de los tocinos y de los jamones, el punto de agrio de las cestas de limones, le hacían asomar con apetito, al borde de los labios la punta de la lengua húmeda; y también le gustaba ver los montones de latas de sardinas, que forman, en medio de los sacos y de las cajas, trabajadas columnas de metal. En la calle de Montorgueil, en la calle de Montmartre, había también hermosas droguerías, restaurantes cuyas lumbreras despedían buen olor, escaparates de aves y de caza, comerciantes de conservas, en cuya puerta unos toneles destapados rebosaban de una *choucroute* amarilla, desmenuzada como encajes viejos. Pero en la calle Coquillière, se quedaban absortos aspirando el olor de las trufas. Allí se abre un gran almacén de comestibles, que despide hasta el arrollo tal perfume, que Cadina y Marjolin cerraban los ojos, imaginándose comer cosas exquisitas. Claudio estaba turbado; decía que aquello le hacía daño; iba de nuevo a ver el Mercado del trigo, por la calle de Oblin, estudiando las vendedoras de hierbas de ensalada, bajo las puertas, y la loza ordinaria, extendida en las aceras, dejando a "los dos brutos", que terminaran sus paseos en aquel tufillo de trufas, el olor más agudo de todo el barrio.

Aquellos eran sus grandes paseos. Cadina, cuando paseaba ella sola sus ramitos de viole-

tas, hacía particularmente visitas a ciertos almacenes que le gustaban mucho. Sobre todo, experimentaba viva ternura por la panadería de Taboureau, en donde había una vitrina entera destinada a la pastelería; entraba por la calle de Turbigo, y volvía a ella diez veces, para pasar por delante de las tortas de almendras, de los flanes, los piñonates, las tartas de frutas, los platos, de bizcochos, de natillas, de pasteles, de crema; y la enternecían los tarros de sequillos, de mostachones y de magdalenas. La panadería, clarísima, con sus anchos espejos, sus mármoles, sus dorados, sus estantes para el pan, de hierro pulimentado, y otra vitrina en donde se inclinaban panes largos y lustrosos, con la punta sobre una tableta de cristal y sostenidos más arriba por una varilla de latón, tenía un calorillo agradable de masa cocida, que la invadía toda cuando, cediendo a la tentación, entraba a comprar un bollo de diez céntimos. Otra tienda, enfrente de la plaza de los Inocentes, le producía glotonas curiosidades, un ardor inmenso de no saciados deseos. Aquella era una especialidad para las empanadas, Cadina se detenía para contemplar las empanadas ordinarias, las empanadas de lucios, las empanadas de "foie-gras" trufado; y permanecía allí, meditando, y diciéndose que era menester que acabase por comerlas algún día.

Cadina tenía también sus horas de coquetería. Entonces se compraba mentalmente soberbios trajes en el escaparate de las Fábricas de Francia, que empavesaban la punta de San Eustaquio con inmensas piezas de tela, colgadas y flotando desde el entresuelo hasta la acera. Algo molestada por su bandeja, en medio de las mujeres de los Mercados, con delantales sucios, ante aquellos trajes de domingos futuros, Cadina to-

caba las lanas, las franelas, las cotonadas, para cerciorarse del espesor y de la flexibilidad de la tela. Prometiase algún traje de vistosa franela, de cotonada con rameados o de "popeline" escarolata. A veces llegaba hasta a escoger en las vitrinas, entre los retales plegados con arte por la mano de los dependientes, una seda pálida, azul celeste o verde manzana, que meditaba llevar con lazos rosa. Por la noche, iba a recibir en el rostro el resplandor de las grandes joyerías de la calle de Montmartre. Aquella calle terrible la ensordecía por sus interminables hileras de vehículos, le daba codazos con su ola continua de muchedumbre, sin que Cadina se separase de su sitio, bajo la línea de reverberos suspendidos por fuera en la fachada de los almacenes. Primero eran las blancuras mates, los agudos destellos de la plata, los relojes alineados, las cadenas colgadas, los cubiertos en cruz y los cubiletes, las tabaqueras, los aros de servilleta, los peines colocados sobre estantillos; pero sobre todo tenía gran cariño a los dedales de plata, que abollaban la gradilla de porcelana, recubierta por un globo. Después, en el otro lado, el leonado relucir del oro amarilleaba los cristales. Una cortina de cadenas largas caía de lo alto, jaspeada de destellos rojos; los relojitos de señora, colocados con la esfera hacia abajo, tenían centelleantes redondeces de estrellas caídas; las alianzas se enfilaban en delgadas varillas de latón; los brazaletes, los broches, las joyas caras lucían sobre el terciopelo negro de los estuches; los anillos encendían cortas llamas azules, verdes, amarillas, violetas, en los grandes sortijeros cuadrados; en tanto que, en todos los estantillos, en dos o tres filas, hileras de aretes, de cruces y de medallones ponían al borde del cristal de las planchitas ricas franjas de tabernácu-

do. El reflejo de todo aquel oro iluminaba la calle con un golpe de sol, hasta el centro del arroyo. Y Cadina creía penetrar en algo de santo, en los tesoros del emperador. Examinaba largamente aquellas grandes joyas de pescaderas, leyendo con cuidado los rotulitos de gruesas cifras que acompañaban a cada joya. Decidíase por los pendientes, por las perlas de coral falso colgadas de rosetas de oro.

Una mañana, la sorprendió Claudio en éxtasis delante de un peluquero de la calle de San Honorato. La muchacha contemplaba los cabellos con aspecto de profunda envidia. Arriba se veía un chorrear de cabelleras, de flexibles trenzas, de mechones desatados, de tirabuzones, de moños de tres pisos, toda una ola de cabellos y sedas, con lazos rojos que flameaban, espesuras negras, palideces rubias, hasta cabelleras blancas para los enamorados de sesenta años. Abajo, las discretas cocas, las "inglesas" todas rizadas, los moños enebados y peinados, dormían en cajas de cartón. Y en medio de aquel cuadro, en el fondo de una especie de capilla, bajo las puntas deshilachadas de los colgados cabellos, giraba un busto de mujer. Esta llevaba una banda de raso cereza, que un broche de cobre fijaba en la canal de los pechos; llevaba un peinado de cascada muy alto, adornado con ramos de azahar, y sonreía con su boca de muñeca, con los ojos claros, las pestañas tiesas y demasiado largas, las mejillas de cera, los hombros también de cera como tostados y ahumados por el gas. Cadina esperaba que se pusiera de frente, con una sonrisa; entonces se sentía dichosa, a medida que el perfil se acentuaba y que la hermosa mujer, lentamente, pasaba de izquierda a derecha.

Claudio se indignó. Sacudió a Cadina, preguntándole que hacía allí, ante aquella basura, ante

aquella "zorra desatada recogida en la Morgue". Y se encolerizaba con aquella desnudez de cadáver, aquella falsedad de lo bonito, diciendo que ya las mujeres no se peinaban más que de aquel modo. La pequeña no quedó convencida; la mujer le parecía muy hermosa. Después, resistiéndose al pintor que le tiraba de un brazo, y rascándose de enojo la negra cabellera, le enseñó una trenza roja, enorme, arrancada a la fuerte cuadratura de algún jumento, confesando a Claudio que quería tener aquellos cabellos.

Y en los grandes paseos, cuando los tres, Claudio, Cadina y Marjolín vagaban alrededor de los Mercados, veían en cada esquina de calle un ángulo del gigante de hierro colado. Eran fragmentos bruscos, arquitecturas imprevistas, el mismo horizonte que se ofrecía sin cesar bajo diversos aspectos. Claudio se volvía sobre todo en la calle de Montmartre, después de haber dejado atrás la iglesia. A lo lejos, los Mercados, vistos de través, le entusiasmaban; una gran arcada, una puerta alta, bostezante, se abrían; después los pabellones se amontonaban, con sus dos pisos de techumbres, sus persianas continuas, sus estores inmensos; hubiéraseles creído perfiles de casas y de palacios superpuestos, una Babilonia de metal, de ligereza india, atravesada por terrazas suspendidas, por pasillos aéreos, por puentes volantes tendidos sobre el vacío. Y siempre volvía allí, a aquella ciudad en torno a la cual ganduleaban, sin poder alejarse de ella más de cien pasos. Volvían a penetrar en las tibias tardes de los Mercados. En lo alto, las persianas están cerradas, corridos los estores. Bajo las calles cubiertas se adormece el aire, de un color gris ceniciento cortado por las líneas amarillas de las manchas de sol que caen de los largos ventanales. De los Mercados salen suavizados

murmillos; sobre las aceras suenan los raros pasos de los apresurados transeuntes; en tanto que los portadores, con su medalla, están sentados en hilera sobre los rebordes de piedra, en los ángulos de los pabellones, quitándose los zapatos y cuidando sus pies doloridos. Es una paz de coloso que reposa, en la cual se oye de vez en cuando el canto de un gallo, que sube desde el fondo del sótano de las aves. A menudo iban entonces a ver cargar las cestas vacías sobre los camiones, que cada tarde van a recogerlas para devolvérselas a sus expedidores. Las cestas, marcadas con letras y cifras negras, formaban montañas delante de los almacenes de la calle de Berger. Pila por pila, simétricamente, unos hombres las arreglaban. Pero cuando el montón de cestas, sobre el camión, llegaba a la altura de un primer piso, era preciso que el hombre que había quedado abajo, balanceando el montón de cestas, tomara impulso para lanzarlas a su camarada, que estaba arriba con los brazos extendidos. Claudio, que era admirador de la fuerza y la destreza, permanecía horas enteras siguiendo el vuelo de las masas de mimbre, riéndose cuando un impulso demasiado vigoroso las levantaba y las lanzaba por encima del camión al centro del arroyo. También adoraba el pintor la acera de la calle de Rambuteau y la de la calle del Puente Nuevo, en el ángulo del pabellón de las frutas, en el punto en que se ponen las vendedoras al menudeo. Las legumbres al aire libre le entusiasmaban, sobre las mesitas cubiertas con mojados andrajos negros. A las cuatro, el sol alumbraba todo aquel rincón de verdura. Claudio paseaba mirando curiosamente las coloreadas testas de las vendedoras; las jóvenes, con los cabellos sujetos con redecilla, tostadas ya por su ruda vida; las viejas, destrozadas,

arrugadas, con el semblante rojo, bajo la amarilla tela de sus gorrillos. Cadina y Marjolin se negaban a seguirle, pues veían de lejos a la tía Chantemesse que les amenazaba con el puño, furiosa al verles pillar juntos. Claudio se unía a ellos en la otra acera. Allí, al través de la calle, hallaba un soberbio asunto para un cuadro; las vendedoras al menudeo, bajo sus grandes quitasoles desteñidos, rojos, azules, violetas, sujetos a los palos, formando jorobas en el mercado, y poniendo sus vigorosas redondeces en el incendio de la puesta del sol, que moría sobre las zanahorias y los nabos. Una vendedora, una zarzapastrosa vieja de cien años, resguardaba tres raquíticas lechugas bajo una sombrilla de seda rosa, reventada y lamentable.

Entre tanto, Cadina y Marjolin habían trabajado conocimiento con León, el aprendiz salchichero de los Quénu-Gradelle, un día en que llevaba un pastel a una casa del vecindario. Le vieron cuando levantaba la tapadera de la cacerola, en el fondo de un rincón obscuro de la calle de Mondétour, y que cogía delicadamente con los dedos una empanada. Sonrieron, y aquello les dió una gran idea del aprendiz. Cadina concibió por fin el proyecto de satisfacer uno de sus más ardientes deseos; cuando encontró de nuevo al chico, con la cacerola, se mostró muy amable y consiguió que le ofreciera una empanada, riendo y lamiéndose los dedos. Pero experimentó cierta desilusión, pues creía que era cosa mejor la empanada. Sin embargo, el chico le pareció graciosísimo, todo de blanco como una niña que va a comulgar, con el hocico astuto y goloso. Invitóle Cadina a un almuerzo monstruo, que dió en las cestas de la subasta de mantecas. Encerráronse los tres, ella, Marjolin y León, entre las cuatro paredes de mimbre, lejos de la gente.

La mesa fué puesta sobre una gran cesta plana. Había allí peras, nueces, queso blanco, cangrejos, patatas fritas y rapónchigos. El queso blanco provenía de una frutera de la calle de la Cossonnerie; era un regalo. Un vendedor de la calle de la Truhanería Grande había vendido a crédito los dos sueldos de patatas fritas. Lo restante, las peras, las nueces, los cangrejos, los rapónchigos, había sido robado en las cuatro esquinas de los Mercados. Fué un banquete exquisito. León no quiso ser menos en amabilidad, y devolvió el almuerzo con una cena, a la una de la mañana, en su cuarto. Sirvió morcilla fría, rodajas de salchichón, un pedazo de cerdo salado, pepinillos y grasa de pato. La salchichería de los Quénu-Gradelle lo había proporcionado todo. Y ya no acabó la cosa; las exquisitas cenas sucedieron a los delicados almuerzos, y las invitaciones siguieron a otras invitaciones. Tres veces por semana hubo fiestas íntimas en el hueco de las cestas y en aquella guardilla en que Florencio, en las noches de insomnio, oía ruidos ahogados de mandíbulas y risas de flautin hasta que rayaba el día.

Entonces, los amores de Marjolin y Cadina se ostentaron una vez más. Fueron completamente dichosos. El se las echaba de galán, decía que la llevaba a un gabinete reservado para comer manzanas crudas o corazones de apio, en algún negro rincón de los sótanos. Un día robó un arenque ahumado que se comieron con gran delicia, sobre el techo del pabellón del pescado, al borde de los canalones. Los Mercados no tenían ni un solo hueco de sombra al que no fuesen ellos a ocultar sus tiernos agasajos de enamorados. El barrio, aquellas hileras de tiendas abiertas, llenas de frutas, de pasteles, de conservas, no fué ya más un paraíso cerrado, de-

lante del cual merodeaba con sordas envidias el hambre de comilones de ambos. Alargaban la mano al pasar por delante de los escaparates, escamoteando una ciruela, un puñado de cerezas, un pedazo de bacalao. Igualmente se aprovisionaban en los Mercados, vigilando las calles de éstos, recogiendo todo lo que caía, y hasta ayudando muchas veces a caer, dando un golpe con el hombro, las cestas de mercancías. A pesar de estos saqueos, las cuentas subían horriblemente en el puesto del vendedor de patatas fritas de la calle de la Truhanería Grande. Aquel vendedor, cuyo tenderete estaba apoyado en una destartalada casa, y sostenida por gruesos palos, verdes de musgo, tenía mejillones guisados nadando en agua clara, en el fondo de grandes ensaladeras de loza; platos de platijas amarillas y tiesas, bajo su lecho demasiado espeso de pasta; cuadrados de cuajar cociendo a fuego lento en el fondo de la sartén; sardinas asadas, negras, carbonizadas, tan duras que sonaban como madera. Cadina, en algunas semanas, llegaba a deber hasta veinte sueldos; estas deudas la agobiaban, y le era preciso vender un número incalculable de ramitos de violetas, porque con Marjolin no había que contar en modo alguno. Por otra parte, se veía muy obligada a devolver a León sus obsequios, y hasta se sentía algo avergonzada por no poder ofrecerle nunca un plato de carne. En cuanto al aprendiz, acababa por coger jamones enteros. De ordinario, solía ocultarlo todo en su camisa. Cuando subía de la salchichería, por la noche, sacaba del pecho pedazos de salchicha, rebanadas de pastel de *foie gras*, manojos de pellejos. Faltaba el pan y no se bebía. Marjolin vió una noche a León besando a Cadina entre dos bocados. Esto le hizo reír. Hubiera podido derribar al pequeño de un pu-

ñetazo; pero no tenía celos de Cadina, a quien consideraba como una buena amiga que se tiene hace mucho tiempo.

Claudio no asistía a estos festines. Habiendo sorprendido a la ramilletera en el acto de robar una remolacha, en una pequeña cesta adornada de heno, le había tirado de las orejas, tratándola de tunanta. Aquello la completaba, decía Claudio. Y, a su pesar, experimentaba algo así como admiración por aquellos animales sensuales, escamoteadores y glotones, abandonados al goce de todo lo que caía; recogiendo las migas caídas de la mesa de un gigante.

Marjolin había entrado en casa de Gavard, contentísimo de no tener nada que hacer sino escuchar las historias sin fin de su amo. Cadina vendía sus ramitos, acostumbrada a los regaños de la tía Chantemesse. Continuaban con su niñez sin vergüenza, yendo siempre a sus apetitos, con vicios ingenuos hasta más no poder. Eran las vegetaciones de aquel grasiento empedrado del barrio de los Mercados, en donde, hasta en el buen tiempo, el barro está negro y peguntoso. La muchacha a los diez y seis años y el chico a los diez y ocho, conservaban la hermosa impudencia de los mocosos que se arremangan en la calle. No obstante, asaltaban a Cadina ensueños inquietos, cuando andaba por las aceras, dando vueltas como a husos a los tallos de las violetas. Y Marjolin también experimentaba un malestar que no se explicaba. A veces abandonaba a la pequeña, se escapaba de alguna correría, faltaba a un agasajo para ir a ver a madame Quénu, al través de los cristales de la salchichería. Lisa era tan hermosa, tan gruesa, tan redonda, que el verla le hacía bien. Experimentaba, delante de ella, la misma plenitud que si hubiera comido o bebido algo bueno. Esto duraba desde hacía

meses. Al principio, había tenido para ella las miradas respetuosas que echaba a los escapara-tes de los drogueros y de los tenderos de sala-zones. Después, cuando llegaron los días de los grandes merodeos, soñó Marjolin, al verla, que alargaba las manos a sus gruesos brazos, lo mis-mo que las hundía en los barriles de aceitunas y en las cajas de manzanas.

Desde hacía algún tiempo, Marjolin veía a la bella Lisa cada día por la mañana. La salchiche-ra pasaba por delante de la tienda de Gavard, se detenía un instante, y hablaba con el comercian-te de aves. Según decía, iba ella misma a la com-pra para que le robaran menos. La verdad era que trataba de provocar las confidencias de Ga-vard; en la salchichería, el pollero desconfiaba, pero en su tienda peroraba, contaba todo lo que se quería. Lisa se había dicho que por él sabría con exactitud todo lo que ocurría en casa del señor Lebigre; porque tenía sólo mediana con-fianza en su policía secreta, mademoiselle Sa-get. Así se enteró por el terrible charlatán de cosas confusas que la asustaron muchísimo. Dos días después de la explicación que había tenido con Quénu, volvió de la compra palidísima. Hizo seña a su marido de que la siguiese al comedor, y en él, después de haber cerrado las puertas:

—¡Tu hermano se propone mandarnos al pa-tíbulo! ¿Por qué me has ocultado lo que sabes?

Quénu aseguró que no sabía nada. Hizo un gran juramento, afirmando que no había vuelto más a casa del señor Lebigre, y que nunca más volvería. Lisa se encogió de hombros, contes-tando:

—Harás muy bien, a menos que desees dejar-te allí el pellejo... Florencio anda metido en al-gún mal paso, lo presiento... Acabo de saber lo

bastante para poder adivinar a dónde va... ¡Vol-verá a la deportación! ¿entiendes?

Después, al cabo de una pausa, prosiguió la salchichera con voz más tranquila:

—¡Ah! ¡Desgraciado! Estaba aquí mejor que quería, podía volver a ser honrado, no tenía más que buenos ejemplos... No, está en la sangre eso... Se estrellará, con su maldita política... Quiero que esto acabe, ¿lo oyes, Quénu? Ya te lo tengo advertido.

Y pronunció rotundamente las últimas frases. Quénu bajaba la cabeza, esperando su resolu-ción.

—En primer lugar — dijo Lisa, — no comerá más aquí. Basta con que duerma. ¿Gana dinero? Pues que se alimente.

Quénu hizo ademán de protestar, pero Lisa le cerró la boca, diciendo con energía:

—Entonces, elige entre él y nosotras. Te juro que si sigue él aquí, yo me voy con mi hija. ¿Quieres que te hable claro, al fin y a la postre? Es un hombre capaz de todo, que ha venido a perturbar nuestra casa... Pero yo pondré orden, te lo aseguro... Tenlo bien entendido. O él o yo.

Dejó a su marido mudo, y volvió a la salchi-chería, en donde sirvió media libra de pastel de higado con su afable sonrisa de hermosa salchi-chería. Gavard, en una discusión política que Lisa había conducido con gran habilidad, se ha-bía enardecido hasta el punto de decirle que ya vería, que lo iban a derribar todo, y que basta-rían dos hombres determinados como su cuña-dó y él para pegar fuego a la ciudad. Este era el mal paso de que hablaba Lisa; alguna conspi-ración a la que el comerciante de aves aludía continuamente, con aire discreto, con risitas que querían dar a entender muchas cosas. La joven veía una partida de agentes de policía invadien-

do la tienda, amordazándolos a ella, a Quénu y a Paulina, y arrojándoles a los tres a un calabozo.

Por la noche, durante la comida, estuvo glacial; no sirvió a Florencio, y dijo varias veces:

— ¡Parece mentira el pan que comemos desde hace algún tiempo.

Florencio comprendió por fin. Comprendió que le trataban como pariente pobre a quien se echa a la calle. Lisa, en los dos últimos meses, le había estado vistiendo con los viejos pantalones y los viejos redingotes de Quénu; y como Florencio estaba tan delgado como gordo su hermano, aquellas raídas ropas le sentaban de la manera más rara del mundo. Lisa le daba también la ropa blanca vieja; pañuelos veinte veces zurcidos, servilletas deshilachadas, paños que parecían para hacer rodillas, camisas usadas, ensanchadas por el vientre de su hermano, y tan cortas que le habrían podido servir de chaquetas. Por otra parte, Florencio no hallaba ya a su alrededor las suaves benevolencias de los primeros tiempos. Toda la casa se encogía de hombros, como se le veía hacer a la bella Lisa; Augusto y Agustina afectaban volverle la espalda, y la pequeña Paulina tenía crueles dichos de niña terrible, respecto a las manchas de su traje y a los agujeros de su ropa blanca. En los últimos días, padecía más que nada en la mesa. Ya no se atrevía a comer, al ver que la niña y la madre le miraban cuando se partía el pan. Quénu tenía la vista clavada en su plato, procurando no levantarla para no tener que inmiserirse en lo que ocurría. Entonces, lo que torturaba a Florencio fué el no saber cómo irse de allí. Dió vueltas a su imaginación por espacio de una semana casi, para dar con una frase, que no se atrevía

a pronunciar, diciendo que en lo sucesivo comería fuera.

Aquel espíritu tierno vivía en tales ilusiones, que creía ofender a su hermano y a su cuñada al no comer más en su casa. Había tardado dos meses en percatarse de la sorda hostilidad de Lisa; todavía, muchas veces temía equivocarse, y la hallaba muy buena para con él. El desinterés llegaba en Florencio hasta el olvido de sus necesidades; no era virtud, sino una indiferencia suprema, una falta absoluta de personalidad. No pensó jamás, ni aun cuando se vió echado poco a poco, en la herencia del tío Gradelle ni en las cuentas que su cuñada había querido rendirle. Por otra parte, había establecido ya por anticipado un proyecto de presupuesto; con el dinero que madame Verlaque le dejaba de su sueldo, y los treinta francos de una lección que le había proporcionado la bella Normanda, calculaba que tendría que gastar noventa céntimos en el almuerzo y un franco treinta en la comida. Esto era más que suficiente. Por fin, una mañana se decidió, y echó por pretexto la nueva lección que daba para decir que le era imposible estar en la salchichería a las horas de comer. Esta mentira laboriosa le hizo sonrojarse. Y se excusaba:

— No os sepa mal—decía.—El niño no está libre más que a esas horas... No importa, comeré un bocadito fuera, y vendré después de comer a daros las buenas noches.

La bella Lisa permanecía con la mayor frialdad, lo que cortaba aún más a Florencio. No había querido despedirle, para no poner de su parte ninguna sinrazón, y prefería aguardar a que su cuñado se cansase. Se iba, y era un gran estorbo menos; por lo cual la salchichera evitaba cualquier demostración de amistad que hu-

biera podido retenerle. Pero Quénu exclamó, un poco conmovido:

—No te contraries en nada, y come fuera si te viene mejor... Ya sabes que nosotros no te echamos, ¡qué diablo! Vendrás algunas veces, los domingos, a comer con nosotros...

Florencio se apresuró a salir. Tenía el corazón oprimido. Cuando no estuvo allí, la bella Lisa no se atrevió a reprochar a su marido aquella flaqueza, aquella invitación para los domingos. Quedaba victoriosa, y respiraba a sus anchas en el comedor de encina clara, sintiendo deseos de quemar azúcar para borrar el olor de delgadez perversa que allí percibía. Por otro lado, se mantuvo a la defensiva. Aun al cabo de un semana, sintió más vivas inquietudes. Sólo muy raras veces vía a Florencio, por la noche, y se figuraba cosas terribles; una máquina infernal fabricada arriba, en la alcoba de Agustina, o bien señales transmitidas desde el terrado para cubrir el barrio de barricadas. Gavard adquiría talante sombrío; no respondía más que con movimientos de cabeza, y dejaba la tienda al cuidado de Marjolin por espacio de días enteros. La bella Lisa resolvió salir de dudas y tranquilizarse. Supo que Florencio tenía un día de licencia, y que iba a pasarlo con Claudio Lantier a casa de madame François, en Nanterre. Como debía marcharse muy de mañana para no volver hasta la noche, pensó Lisa invitar a comer a Gavard; de seguro que éste hablaría de sobremesa. Pero en toda la mañana no pudo encontrar al vendedor de aves. Por la tarde volvió a los Mercados.

Marjolin estaba solo en la tienda. En ella dormitaba horas enteras, descansando de sus largos correteos. Generalmente se sentaba y ponía las extendidas piernas sobre otra silla, con la

cabeza apoyada en el armarito del fondo. En invierno, la ostentación de la caza le entusiasmaba; los cabritos colgados boca abajo, con las patas delanteras quebradas y atadas por encima del cuello; los collares de alondras formando guirnaldas alrededor de la tienda, como adornos de salvajes; las grandes liebres rojizas, las moteadas perdices, las aves acuáticas de color gris de bronce, las chochas de Rusia que llegan entre una mezcla de paja, de avena y de carbón, y los faisanes, los faisanes magníficos, con su caperuza escarlata, su gorguerilla de raso verde, su manto de oro nielado, su cola de llamas arrastrando como un traje de corte. Todas aquellas plumas le recordaban a Cadina, y las noches pasadas allá abajo, en la blandura de las cestas.

Aquel día la bella Lisa encontró a Marjolin en medio de las aves. La tarde estaba tibia, y pasaban algunas ráfagas de aire por las estrechas calles del pabellón. La salchichera tuvo que bajarse para ver al chico, tumbado en el fondo de la tienda, bajo las carnes crudas del escaparate. Arriba, suspendidos de la barra de garfios, colgaban gansos cebados, con el gancho hundido en la sangrienta llaga del cuello, largo y rígido, con la masa enorme del vientre, rojiza bajo el fino plumón, mostrándose lo mismo que un desnudo en medio de las blancuras de ropa blanca de la cola y las alas. También se veían, pendientes de la barra, con las patas separadas como para dar un salto formidable, y con las orejas caídas, conejos de espinazo gris, manchado por el mechón de pelos blancos de la retorcida cola, y cuya cabeza, de agudos dientes y turbios ojos, se reía con risa de animal muerto. Sobre la mesa-escaparate, desplumados pollos mostraban su carnosa pechuga; palomos apretados en bandejas de mimbre, ofrecían pellejos desnudos y

tiernos de inocentes; los patos, de pellejos más duros, exhibían las palmas de sus patas; tres pavas soberbias, picadas de azul como una barba recién afeitada, dormían boca arriba, con la pechuga recosida, sobre el negro abanico de sus colas. Al lado, en unos platos, estaban puestos los menudillos, el hígado, la molleja, y el cuello, las patas, los alones; y en una fuente ovalada estaba acostado un conejo despellejado y destripado, con las cuatro patas separadas, sanguinolenta la cabeza y el pellejo del vientre rajado, mostrando los dos riñones; un hilillo de sangre había fluido a lo largo de la rabadilla hasta la cola, desde la cual había manchado, gota a gota, la palidez de la porcelana. Marjolin ni siquiera había limpiado la mesa de cortar, en la que aún se veían las patas del conejo. Tenía los ojos medio cerrados; a su alrededor, en los tres estantes que por dentro adornaban la tienda, había otros montones de aves muertas, aves en cucuruchos de papel como ramilletes, cordones continuos de muslos doblados y de abombadas pechugas, que entreveía confusamente. En el fondo de todas aquellas cosas de comer, su gran cuerpo rubio, sus mejillas, sus manos, su cuello poderoso de rojizo vello, tenían la delicada carne de las pavas soberbias, y la redondez del vientre de los gansos cebados.

Cuando vió entrar a la bella Lisa, Marjolin se levantó bruscamente, sonrojándose por haber sido sorprendido tumbado de aquel modo. Siempre estaba ante ella muy tímido, turbadísimo. Y cuando la salchichera le preguntó si estaba allí el señor Gavard:

—No, no lo sé—balbuceó.—Estaba aquí hace un momento, pero se ha vuelto a marchar.

Lisa sonreía al mirarle, pues experimentaba por él gran simpatía. Como dejase colgando una

mano, sintió en ella un roce tibio que le hizo exhalar un débil grito. Bajo la mesa-escaparate, en una jaula, unos conejos vivos alargaban el cuello, oliéndole las faldas.

—¡Ah! dijo riéndose.—Son tus conejos que me hacen cosquillas.

Agachóse y quiso acariciar a un conejo blanco, que se refugió en un rincón de la jaula. Después, irguiéndose de nuevo:

—¿Y volverá pronto el señor Gavard?

Marjolin respondió otra vez que lo ignoraba. Sus manos temblaban un tanto. Y agregó con voz vacilante:

—Tal vez está en el depósito... Creo que me ha dicho que iba a bajar.

—Tengo deseos de esperarle, entonces—contestó Lisa.—Podríamos hacerle saber que estoy aquí... A no ser que yo baje.... ¡Toma! Es una buena idea. Hace cinco años que quiero ver los depósitos... Tú me acompañarás, ¿verdad? Y me lo explicarás todo.

Marjolin se había puesto coloradísimo. Salió precipitadamente de la tienda, andando delante de la salchichera, abandonando el mostrador y repitiendo:

—Lo que usted quiera... todo lo que usted quiera, madame Quénu.

Pero, ya abajo, el aire negro del sótano sofocó a la hermosa tendera. Permanecía sobre el último peldaño, levantando la vista y contemplando la bóveda, construida con hileras de ladrillos blancos y rojos, formando chatos arcos que descansaban en vigas de hierro fundido y eran sostenidos por una columnitas. Lo que detenía allí a Lisa, más aún que la obscuridad, era un olor cálido, penetrante, una exhalación de animales vivos, cuyos álcalis le picaban en la nariz y en la garganta,

—Esto huele mal—murmuró.—No sería sano vivir aquí.

—Yo estoy muy bueno—respondió Marjolin asombrado.—El olor no es malo cuando se acostumbra uno a él. Además, se está muy caliente en invierno, y muy cómodo.

Lisa le siguió, diciendo que aquel violento tufo de aves le repugnaba y que con seguridad no podría comer pollo en dos meses. Los depósitos, los estrechos departamentos en que los vendedores guardan sus animales vivos, alargaban sus callejuelas regulares, cortadas en ángulos rectos. Los mecheros de gas eran escasos, y las callejuelas dormían silenciosas, parecidas a un rincón de aldea cuando la gente está en la calma. Marjolin hizo tocar a Lisa el enrejado de apretadas mallas, tendido sobre cuadros de hierro colado. Y mientras recorría una calle, la salchichera leía los nombres de los almacenistas, escritos en placas azules.

—El señor Gavard está en lo más hondo—dijo el joven, que seguía andando.

Dieron una vuelta a la izquierda, y llegaron a un callejón sin salida, en el que no penetraba ni un hilillo de luz. Gavard no estaba allí.

—No importa—dijo Marjolin.—A pesar de ello, le voy a enseñar a usted nuestras aves. Yo tengo una llave del depósito.

La bella Lisa entró detrás de él en aquella noche espesa. Allí le encontró de pronto entre medio de sus faldas; creyó que era ella la que se le había echado encima y retrocedió; y se reía, diciendo:

—Si crees que voy a ver tus aves dentro de este horno...

Marjolin no respondió en seguida; al cabo de un rato balbuceó que siempre había una vela en el depósito. Pero no acababa de encontrar el ojo

de la cerradura. Al ayudarle Lisa, sintió en el cuello un aliento cálido. Cuando Marjolin hubo por fin abierto la puerta y encendido la bujía, la salchichera le vió tan tembloroso, que exclamó:

—¡Animalucho! ¿A qué viene el ponerse de ese modo porque una puerta no se quiere abrir? Eres una señorita, a pesar de tus buenos puños.

Penetró en el depósito. Gavard tenía alquilados dos compartimientos, de los que había hecho un solo gallinero, quitando el tabique que los separaba. En el suelo, en el estercolero, las aves grandes, gansos, pavos, patos, chapoteaban; arriba, en las tres hileras de estantes, unas jaulas planas contenían pollos y conejos. El enrejado del depósito estaba polvoriento hasta más no poder, y lleno de telarañas hasta tal punto, que parecía provisto de grises estores; los orines de los conejos carcomían los tableros inferiores; el excremento de las aves manchaba las tablas de salpicaduras blancuzcas. Pero Lisa no quiso disgustar a Marjolin mostrando más sus aseos. Metió los dedos por entre los barrotes de las jaulas, lamentando la suerte de aquellos desgraciados pollos amontonados que ni siquiera derechos podían estar. Acarició a un pato acurrucado en un rincón, con una pata rota, mientras que el muchacho le decía que lo matarían aquella misma tarde, por miedo de que se muriera durante la noche.

—Pero—preguntó Lisa,—¿cómo se las componen para comer?

Entonces Marjolin le explicó que las aves no quieren comer sin luz. Los vendedores se ven obligados a encender una vela y a esperar allí hasta que los bichos hayan terminado.

—Eso me divierte—continuó.—Les hago luz durante horas enteras. Hay que ver los picota-

zos que dan... Después, cuando tapo la vela con la mano, se quedan todos con el cuello levantado, como si hubiera puesto el sol... Y es que está terminantemente prohibido irse dejando la vela encendida. Una vendedora, la tía Palette, a quien usted conoce, por poco lo quema todo el otro día; sin duda un pollo debió de hacer caer la luz sobre la paja...

—¡Bien!—dijo Lisa.—¡Pues no son poco comodonas las aves, si hay que encenderles las lámparas a cada comida!

Esto la hizo reír. Había salido del depósito, limpiándose los pies y levantándose un poco las faldas para librarlas de la basura. El apagó la bujía y cerró la puerta. Lisa sintió miedo de volver a penetrar en la noche, al lado de aquel muchachón, y echó a andar delante para no volverle a sentir entre las faldas. Cuando Marjolin la hubo alcanzado, dijo ella:

—No obstante, me alegro de haber visto esto. Hay, debajo de estos Mercados, cosas que no se podrían imaginar. Muchas gracias, chico... Voy a subir en seguida; en la tienda no sabrán ya dónde me he metido. Si vuelve el señor Gavard, dile que tengo que hablarle en seguida.

—Sin duda—dijo Marjolin—debe de estar en las piedras de la matanza... Podemos ir a verlo, si usted quiere.

Lisa no respondió, oprimida por aquel aire tibio que le calentaba el rostro. Estaba encendidísima, y su busto distendido, tan muerto de ordinario, adquiría un estremecimiento. La inquietó, le produjo malestar el oír detrás de sí el paso presuroso de Marjolin, que le parecía como jadeante. Se echó a un lado y le dejó que pasara delante. La aldea de callejuelas negras seguía durmiendo. Lisa se percató de que su acompañante tomaba el camino más largo. Cuando des-

embocaron por frente a la vía férrea, le dijo Marjolin que le había querido enseñar el camino de hierro; y permanecieron allí un instante, mirando al través de las hendiduras de los gruesos tablones de la empalizada. Marjolin le ofreció hacerle visitar la vía. Ella se negó, diciendo que no valía la pena, que ya veía bien lo que era. Cuando volvían, hallaron a la tía Palette delante de su depósito, quitando las cuerdas de un gran cesto cuadrado, en el cual se oía un ruido furioso de alas y de patas. Cuando la vendedora hubo deshecho el último nudo, bruscamente aparecieron grandes cuellos de ganso, que, haciendo de resortes, levantaban la tapa. Los gansos se escaparon, aterrados, con la cabeza hacia adelante, entre silbidos y castañeteos de pico que llenaron la sombra del sótano con una música espantosa. Lisa no pudo contener la risa, a pesar de las lamentaciones de la vendedora de aves, desesperada, blasfemando como un carretero, y llevando, cogidos del cuello, dos gansos que había conseguido recuperar. Marjolin se había puesto en persecución de un tercer ganso. Se le oyó correr a lo largo de las calles, despistado, divirtiéndose con aquella caza; después hubo un ruido de batalla en el fondo de todo, y Marjolin volvió con el animal. La tía Palette, una anciana amarilla, cogió al ganso entre los brazos y lo conservó un momento sobre su vientre, en la postura de la Leda de la antigüedad.

—¡Ah, bueno!—dijo.—Si no llegas a estar aquí... El otro día me peleé yo con uno; tenía encima el cuchillo y le corté el cuello.

Marjolin estaba medio asfixiado. Cuando llegaron a las piedras de la matanza, a la claridad más viva del gas, Lisa le vió cubierto de sudor, con los ojos reluciendo con una llama que ella

no les conocía. De ordinario, el chico bajaba los párpados ante ella, lo mismo que una niña. A Lisa le pareció entonces un guapo mozo, con sus anchos hombros, su gran cara encendida dentro de los bucles de sus cabellos rubios. Y le contemplaba con tanta complacencia, con ese aire de admiración sin peligro que se puede mostrar a los muchachos demasiado jóvenes, que una vez más Marjolin se sintió tímido.

—Ya ves que el señor Gavard no está aquí— le dijo.—No me hagas perder el tiempo.

Entonces, con palabra rápida, Marjolin le explicó la matanza en aquellos cinco enormes bancos de piedra que se extendían por el lado de la calle de Rambúteau, bajo la amarilla claridad de los tragaluces y de los mecheros de gas. En un extremo había una mujer matando unos pollos, lo cual condujo a Marjolin a hacer observar a Lisa que la mujer desplumaba el ave casi viva, porque es más fácil. Después quiso que cogiese puñados de plumas de los grandes montones que sobre los bancos de piedra yacían; decía que aquellas plumas eran escogidas y que se vendían hasta a nueve sueldos la libra, según su finura. Lisa tuvo que hundir también la mano en el fondo de las grandes cestas llenas de plumón. En seguida hizo girar Marjolin los grifos de las fuentes, colocadas en cada pilar. No acababa nunca de dar detalles. La sangre fluía a lo largo de los bancos, formaba charcos sobre las losas. Cada dos horas había mozos que lavaban a gran chorro, quitando las rojas manchas con cepillos duros. Cuando se inclinó Lisa sobre la boca de albañal que sirve para el desagüe, Marjolin le contó que en los días de tempestad, el día había llegado a alcanzar treinta centímetros de altura, y había sido preciso refugiar a las agua invadía los sótanos por aquel hueco. Un

aves en la otra extremidad del sótano, que formó declive. Aun se estaba riendo del ruido que armaron los bichos aferrados. Entretanto, ya había acabado, ya no hallaba nada más que explicar, cuando se acordó del ventilador. Llevó a Lisa al fondo, le hizo levantar la vista, y la salchichera vió, en el interior de una de las torrecillas de los ángulos, una especie de tubo de respiración muy ancho, por donde subía el aire nauseabundo de los depósitos.

Calló Marjolin en aquel rincón apestado por la afluencia de olores. Era una rudeza alcalina de guano. Pero el muchacho parecía despertado y como azotado. Ensanchábansele las narices, y respiraba con fuerza, como si recobrara audacias de apetito. En el cuarto de hora que llevaba en el subsuelo con la bella Lisa, aquel tufillo, aquel calor de animales vivos le emborrachaba. Ahora, no sentía ya timidez alguna; sentíase acometido del celo que caldeaba el estercolero de los gallineros, bajo aquella bóveda chata, negra de sombras.

—Bueno, vamos—dijo la bella Lisa.—Eres un buen muchacho, por haberme enseñado todo esto... Cuando vayas a la salchichería, te daré alguna cosa.

Le había tomado la barbilla, como solía hacer con frecuencia, sin ver que había crecido. Verdaderamente estaba algo emocionada; emocionada por aquel paseo bajo tierra, con una emoción dulcísima que le gustaba sentir, como cosa permitida y sin segunda intención ninguna. Tal vez tuvo la mano algún más tiempo que de costumbre en aquella barbilla de adolescente, tan delicada al tacto. Entonces él, ante aquella caricia, cediendo a un impulso del instinto, y asegurándose, con una mirada oblicua, de que no había nadie allí, se echó un poco atrás y se arro-

jó con fuerza de toro sobre la bella Lisa. La había cogido por los hombros. La hizo retroceder hasta un gran cesto de plumas, en donde cayó como una masa, con las faldas subidas hasta las rodillas. Y la iba a asir por la cintura, como cogía a Cadina, con una brutalidad de animal que roba y se llena, cuando, sin gritar, y palidísima por aquella brusca agresión, Lisa salió de la cesta de un bote. Levantó el brazo, como había visto hacer en los mataderos, cerró su puño de mujer hermosa, y derribó a Marjolin de un solo golpe entre los dos ojos. Cayó Marjolin, y se abrió la cabeza contra la esquina de una piedra de matanza. En aquel momento, el canto de un gallo, ronco y prolongado, brotó de las tinieblas.

La bella Lisa se quedó por completo fría. Había fruncido los labios, y su seno había recobrado las mudas redondeces que le hacían asemejarse a un vientre. Sobre su cabeza oía el apagado retumbar de los Mercados. Por los tragaluzes de la calle de Rambuteau, en el gran silencio ahogado del sótano, caían los ruidos de la acera. Y Lisa pensaba que solamente aquellos gruesos brazos la habían salvado. Sacudió las plumas que se le habían quedado pegadas a las faldas. Después, temiendo ser sorprendida, sin mirar a Marjolin, se fué. En la escalera, cuando hubo traspuesto la reja, la claridad del pleno día fué para ella un gran alivio.

Regresó a la salchichería muy tranquila, un tanto pálida.

—Mucho has tardado—le dijo Quénu.

—No he podido encontrar a Gavard, y eso que le he buscado por todas partes—respondió Lisa tranquilamente.—Comeremos sin él.

Hizo llenar el pote de manteca que encontró vacío, y cortó chuletas para su amiga madame Taboureau, que le había mandado a su criada.

Los golpes de machete que daba sobre la tabla le recordaron a Marjolin, allá abajo, en el sótano. Pero no se reprochaba nada. Había obrado como una mujer honrada. No iba a comprometer su sosiego por aquel pilluelo; estaba demasiado a gusto entre su marido y su hija. Sin embargo, miró a Quénu; éste tenía en la nuca una piel áspera, una tira rojiza, y su afeitada barba tenía una rugosidad de nudosa madera; en tanto que la nuca y la barba del otro parecían de terciopelo color de rosa. No había que pensar más en ello, puesto que el chico pensaba cosas imposibles. Era un pequeño goce permitido que Lisa echaba de menos, diciéndose que verdaderamente los niños crecen demasiado deprisa.

Como sus mejillas estaban invadidas por débiles llamas, Quénu la halló "divinamente bien". Se había sentado un instante junto a ella en el mostrador, y repetía:

—Tendrías que salir más a menudo. Eso te sienta muy bien... Si quieres, iremos al teatro, una de estas noches, a la Gaieté, donde ha visto madame Taboureau esa pieza que está tan bien...

Sonrió Lisa y dijo que ya se vería. Después, desapareció de nuevo. Quénu pensó que su mujer era demasiado buena por correr así detrás de aquel animal de Gavard. No la había visto tomar la escalera. Lisa acababa de subir a la alcoba de Florencio, cuya llave quedaba colgada de un clavo de la cocina. Esperaba averiguar algo en aquella habitación, puesto que no quería ya contar con el vendedor de aves. Dió lentamente la vuelta a la alcoba, examinó el lecho, la chimenea, los cuatro rincones. La ventana del tejadillo estaba abierta, y la planta se bañaba en el polvillo de oro del sol poniente. Entonces, pareció a Lisa que la criada de la tienda no había abandonado aquella estancia, y que había dor-

mido en ella la noche precedente; allí no olía a hombre. Fué un asombro, porque la salchichera esperaba encontrar cajas sospechosas, muebles de gruesas cerraduras. Fué a palpar el traje de verano de Agustina, que seguía colgado de la pared. Luego, se sentó al fin delante de la mesa, leyendo una página comenzada, en la que la palabra "revolución" estaba escrita dos veces. Se asustó, y abrió el cajón de la mesa, que vio lleno de papeles. Pero su honradez despertó de nuevo en presencia de aquel secreto tan mal guardado por aquella fementida mesa de madera blanca. Permanecía inclinada encima de los papeles, intentando comprenderlos sin tocarlos, muy conmovida, cuando el agudo canto del pinzón, cuya jaula bañaba un rayo oblicuo, la hizo estremecerse. Cerró el cajón de golpe. Estaba muy mal lo que había ido a hacer allí.

Como quedara absorta, cerca de la ventana, diciéndose que debía ir a pedir consejo al padre Roustan, hombre prudente y sabio, distinguió, allá abajo, en el cuadrado de los mercados, una reunión de gente alrededor de unas parihuelas. Caía la noche; pero Lisa conoció perfectamente a Cadina que lloraba, en medio del grupo; en tanto que Florencio y Claudio, con los pies blancos de polvo, hablaban vivamente, en el borde de la acera. Lisa se apresuró a bajar, sorprendida por su vuelta. Y apenas había llegado al mostrador, cuando entró mademoiselle Saget, diciendo:

—Es ese picaronazo de Marjolin a quien acaban de encontrar en los sótanos, con la cabeza abierta. ¿No viene usted a verle, Madame Quénu?

Lisa atravesó el arroyo para ver a Marjolin. El muchacho estaba tendido, palidísimo, con los ojos cerrados, como un mechón de los rubios cabellos tieso y manchado de sangre. En el grupo

se decía que no sería nada, y que la culpa era de aquel pilluelo, que hacía las mil diabluras en los sótanos; suponíase que había querido asaltar una de las mesas de matanza, lo cual era uno de sus juegos favoritos, y que había caído con la frente contra la piedra. Mademoiselle Saget murmuraba, señalando a Cadina, que estaba llorando:

—Esa desarrapada debe de haber sido quien le ha empujado. Siempre están juntos por los rincones.

Marjolin, reanimado por la frescura de la calle, abrió los ojos con asombro. Examinó a todo el mundo; después, al ver el rostro de Lisa inclinado sobre él, le sonrió dulcemente, con aire humilde, con una caricia de sumisión. Parecía que ya no se acordaba. Lisa, tranquilizada, dijo que era preciso transportarle en seguida al hospital; ella iría a verle y le llevaría naranjas y bizcochos. La cabeza de Marjolin había vuelto a caer hacia atrás. Cuando se llevaron las parihuelas, Cadina las siguió, llevando al cuello su bandeja, con sus ramitos de violetas clavados en un lecho de musgo, y sobre los cuales caían sus ardientes lágrimas, sin que la infeliz pensara ni por asomo en las flores que quemaba de aquel modo su gran pena.

Cuando Lisa entraba de nuevo en la salchichería, oyó a Claudio que estrechaba la mano de Florencio y se separaba de él diciendo:

—¡Ah, maldito golfo! Me has estropeado el día... ¡Tanto como nos habíamos divertido!...

Claudio y Florencio, en efecto, volvían cansadísimo y contentos. Traían consigo un aroma agradabilísimo de aire libre. Aquella mañana, antes del día, madame François había vendido ya sus legumbres. Los tres fueron en busca del carro al *Compás de Oro*, en la calle de Montor-

gneil. Fué como un anticipo del campo en pleno París. Detrás del restaurante Philippe, cuyo dorado maderamen sube hasta el primer piso, se halla un zaguán de alquería, negro y viviente, grasiento por el olor de la paja fresca y del estiercol caliente. Bandadas de pollos escarban con el pico la blanda tierra; construcciones de madera verdecida, escaleras, galerías, techumbres reventadas, se adosan a las viejas casas vecinas; y en el fondo, bajo un cobertizo de grandes vigas, esperaba Baltasar, enganchado, comiéndose su avena en un saco atado al cabestro. El animal bajó a trote cortó la calle Montorgueil, con aire de satisfacción para volver tan pronto a Nanterre. Pero no se marchaba de vacío. La verdulera tenía hecho un pacto con la compañía encargada de la limpieza de los Mercados; dos veces por semana, se llevaba una carretada de hojas, cogidas con una horquilla en los montones de basura. Era un excelente abono. En unos minutos el carro estuvo atestado. Claudio y Florencio se tumbaron sobre aquel espeso lecho de verdura; madame François tomó las riendas y Baltasar partió con lento andar, con la cabeza algo baja por tener que tirar de tanta gente.

La excursión estaba proyectada hacia mucho tiempo. La verdulera se reía a sus anchas; quería a los dos hombres, y les prometía una tortilla con tocino como no se come en "ese maldito París". Ellos gozaban de la felicidad de un día de pereza y de holgazanería. A lo lejos, Nanterre, era una alegría pura en la cual iban a penetrar.

—¿Van ustedes bien aquí?— preguntó madame François al tomar por la calle del Puente Nuevo.

Claudio juró que "era blando como un colchón de casada". Tumbados ambos boca arriba, con las manos cruzadas bajo la cabeza, contem-

plaban el cielo pálido en que se iban apagando las estrellas. A lo largo de la calle de Rivoli se mantuvieron en silencio, esperando no ver más casas, y oyendo a la digna mujer que hablaba con Baltasar, diciéndole dulcemente:

—Tómalo con calma, vamos, viejo mio... No tenemos prisa... Ya llegaremos...

En los Campos Elíseos, cuando el pintor no vió ya por ambos lados más que copas de árboles, con la gran masa verde del jardín de las Tullerías en el fondo, pareció como que despertaba y se puso a hablar solo. Al pasar por delante de la calle de Roule, había mirado aquel portalón lateral de San Eustaquio, que se ve a lo lejos, por debajo del cobertizo de una calle cubierta de los Mercados. Volvía a hablar de él incesantemente, queriendo hallar en él un símbolo.

—Es una cosa curiosísima—decía—ese pedazo de iglesia encuadrado bajo esa avenida de hierro fundido... Esto matará a aquéllo; el hierro matará la piedra, y los tiempos se acercan... ¿Cree usted en la casualidad, Florencio? Yo me imagino que la necesidad de la alineación no es lo único que ha puesto de esa manera un rosetón de San Eustaquio en el mismo centro de los Mercados centrales... Vea usted, ahí hay todo un programa; es el arte moderno, el realismo, el naturalismo, como quiera usted llamarlo, que ha crecido en frente del arte antiguo... ¿No piensa usted lo mismo?

Como Florencio permaneciera callado, continuó el pintor:

—Esa iglesia, por otra parte, es de una arquitectura bastarda; la edad media agoniza en ella, y el renacimiento balbucea... ¿Ha observado usted qué iglesias nos construyen hoy día? Se parecen a todo lo que usted quiera, a Bibliotecas,

a Observatorios, a Palomares, a Casernas; pero con seguridad que no hay nadie convencido de que en ellas mora Dios. Los albañiles de Dios han muerto, y la gran sabiduría sería no construir esos feos esqueletos de piedra, en donde no tenemos nadie a quien alojar... Desde el principio del siglo, no se ha edificado más que un solo monumento original, un monumento que no se ha copiado de ninguna parte, que ha crecido naturalmente en el suelo de la época; y son los Mercados Centrales; ¿sabe usted, Florencio? una obra valiente, y que todavía no es más que una revelación tímida del siglo veinte... Por eso, pardiez, se ha hundido San Eustaquio. San Eustaquio está allá abajo con su rosetón, vacío de su devoto pueblo, en tanto que los Mercados se ensanchan a su lado, zumbantes de vida... ¡Eso es lo que yo veo, amigo mío!

—¡Ah! ¡Muy bien!—dijo riendo madame François.—¿Sabe usted, señor Claudio, que no le han engañado al venderle la lengua? Baltasar aguza el oído para oírle a usted... ¡Arre, Baltasar!

El carro subía lentamente. En aquella hora matutina, la avenida estaba desierta, con sus sillas de hierro alineadas en las dos aceras, y sus cuadros de césped, entrecortadas por arriates, que se hundían bajo la azulada sombra de los árboles. Poco después pasaron al trote corto un caballero y una amazona. Florencio, que se había formado una almohada con un paquete de hojas de col, seguía contemplando el cielo, en el que se encendía un gran resplandor rosado. A ratos, cerraba los ojos para sentir mejor la frescura de la mañana bañándole el rostro, y tan contento por alejarse de los Mercados, de ir hacia el aire puro, que se quedaba sin voz, no oyendo siquiera lo que a su lado se decía.

—¡Buenos están los que meten el arte en una caja de juguetes!—continuó Claudio al cabo de una pausa.—Es su gran argumento: no se hace arte con la ciencia; la industria mata la poesía; y todos los imbéciles se echan a llorar por las flores como si alguien pensara en hacer daño a las flores... En una palabra, que me ponen realmente fuera de mí... Me dan ganas de responder a esos llorones con obras de desafío... Me gustaría sublevar un poquito a esas buenas gentes... ¿Quieren ustedes que les diga cuál ha sido mi más hermosa obra, desde que trabajo, la obra cuyo recuerdo más me satisface? Es toda una historia... El año pasado, el día de Noche Buena, cuando estaba yo en casa de mi tía Lisa, el mancebo de la salchicheria, ese idiota de Augusto, ya sabe usted, estaba arreglando el escaparate. ¡Ah, desgraciado! Me puso en el disparador por la manera muelle con que disponía el conjunto. Le rogué que se quitara de en medio, diciéndole que yo iba a pintar aquello, con algo de decencia. Figúrese usted que yo tenía todos los tonos vigorosos, el rojo de las lenguas embutidas, el amarillo de los jamoncillos, el azul de los papeles, el rosa de las piezas empezadas, el verde de las hojas, y sobre todo el negro de las morcillas, un negro soberbio que no he podido encontrar nunca en la paleta. Naturalmente, los redaños, las butifarras, las salchichas, los pies de cerdo rebosados me daban colores neutros de gran delicadeza. Entonces hice una verdadera obra de arte. Tomé las fuentes, los platos, los barreños, los tarros; dispuse los tonos y armé una naturaleza muerta asombrosa, en donde estallaban petardos de color, sostenidos por discretas gamas. Las lenguas rojas se alargaban con gula de llamas, y las negras morcillas, en el canto claro de las butifarras, ponían las tinieblas de

UNIVERSIDAD
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MORTENNEY, MEXICO

una indigestión formidable. Yo había pintado, ¿comprende? la glotonería de la Noche Buena, la hora de las doce dada al comijo, el hambre de los estómagos vaciados por los cánticos. Encima, una gran pava ostentaba su pechuga blanca, jaspeada bajo el pellejo por las manchas negras de las trufas. Aquello era bárbaro y soberbio, algo así como un vientre visto en una gloria, pero con una crudeza de toque, con tales arranques de ironía, que la muchedumbre se detuvo delante de la vitrina, inquieta por aquel escaparate que llameaba tan rudamente... Cuando mi tía Lisa volvió de la cocina, tuvo miedo, imaginándose que yo había pegado fuego a las grasas de la tienda. La pava, sobre todo, le pareció tan indecente, que me plantó en la calle, en tanto que Augusto, mostrando su estupidez, lo desbarata todo para arreglarlo de nuevo. Esos brutos no comprenderán nunca el lenguaje de una mancha roja puesta al lado de un mancha gris... Pero no importa. Aquella fué mi obra maestra... No he hecho nunca nada mejor.

Callóse, sonriente, como recogido en aquel recuerdo. El carro había llegado al arco de triunfo. Grandes ráfagas, en aquella cúspide, llegaban de las avenidas abiertas alrededor de la inmensa plaza. Florencio se incorporó, aspirando con fuerza los primeros olores de hierba que subían de las fortificaciones. Se volvió, y no volvió a mirar a París; quería ver el campo, a lo lejos. A la altura de la calle de Longchamp, madame François le enseñó el lugar en que le había recogido. Esto puso a Florencio muy pensativo. Contemplaba a la verdulera, tan sana y calmosa, con los brazos extendidos, sosteniendo las riendas. Era más hermosa que Lisa, con su pañuelo en la frente, su tez ruda, su aspecto de bondad brusca. Cuando hacía un ligero chasquido con la

lengua, Baltasar, irguiendo las orejas, alargaba el paso sobre el empedrado.

Al llegar a Nanterre, el carro tiró a la izquierda, entró en una callejuela estrecha, pasó a lo largo de unas murallas y fué a detenerse en el mismo fondo de un callejón sin salida. Aquello era el fin del mundo, como decía la verdulera. Fué preciso descargar las hojas de col. Claudio y Florencio no quisieron que se molestara el mozo jardinero, que estaba ocupado plantando hierbas. Armáronse cada uno de una horquilla para arrojar el montón de hojas al estercolero. Esto les divirtió mucho. Claudio sentía amistad por el estercolero. Los desperdicios de las legumbres, el barro de los Mercados, la basura caída de aquella mesa gigantesca, permanecían vivos, volvían al sitio en que habían crecido las legumbres, para dar calor a otras generaciones de coles, de nabos, de zanahorias. Volvían a brotar en frutos soberbios, y volvían a exhibirse en el Mercado. París lo pudría todo, lo devolvía todo a la tierra que, sin cansarse nunca, reparaba la muerte.

—Mire usted—dijo Claudio al dar el último golpe con la horquilla.—Ahi tiene usted un troncho de col que reconozco. Es por lo menos la décima vez que brota en aquel rincón, allá abajo, cerca del alharicoque.

Esta idea hizo reír a Florencio. Pero volvió a ponerse grave y se paseó lentamente por el huerto, en tanto que Claudio sacaba un boceto de la cuadra y que madame François preparaba el almuerzo. El huerto formaba una larga faja de tierra, dividida en dos en el centro por una estrecha senda. Formaba un poco de cuesta; y en todo lo alto, al levantar la cabeza, se divisaban las casernas bajas del Mont-Valérien. Setos vivos le separaban de otras piezas de tierras; aquellas

paredes de ojiacantos, muy elevadas, limitaban el horizonte con una cortina verde; tanto que, de todo el paisaje colindante, se hubiera dicho que sólo el Mont-Valerien se erguía curiosamente para mirar el cercado de madame François. Un gran sosiego llegaba de aquella campiña que no se veía. Entre los cuatro setos, a lo largo del huerto, el sol de mayo adquiría como un espasmo de tibieza, un silencio lleno de zumbidos de insectos, una somnolencia de parto feliz. Por ciertos crujidos, por ciertos suspiros leves, parecía que se oyese nacer y crecer las legumbres. Los cuadros de espinacas y de acederas, las tiras de rapónchigos, de nabos, de zanahorias, los grandes plantíos de patatas y de coles, ostentaban sus lienzos regulares, su terruño negro, verdeado por los penachos de las hojas. Más lejos, las líneas de escarolas y lechugas, las cebollas, los puerros, los apíos, alineados, plantados a cordel, parecían soldados de plomo en formación; en tanto que los guisantes y las habichuelas comenzaban a enrollar sus débiles tallos, en el bosque de rodrigones, que, en junio, tenían que trocar en espesa floresta. Ni una mala hierba se veía. Se hubiera tomado el huerto por dos alfombras paralelas de dibujos regulares, verdes sobre fondo rojizo, que eran cepilladas cuidadosamente cada mañana. Borduras de tomillo ponían franjas grises a los dos lados de la senda.

Florencio iba y venía entre el olor de tomillo que el sol caldeaba. Sentíase profundamente dichoso por la paz y la limpieza de la tierra. Desde hacía cerca de un año, no veía las legumbres más que marchitas por los vaivenes de los carromatos arrancados el día anterior y como sangrando todavía. Y se regocijaba al hallarlas en su propia casa, tranquilas en el terruño, con todos los miembros en buena salud. Las coles te-

nían un rostro ancho de prosperidad, las zanahorias estaban alegres, las escarolas y lechugas mostraban en sus hileras indolencia de holgazanas. Entonces, los Mercados que habían abandonado por la mañana le parecieron un vasto osario, un lugar de muerte en el que no se veía más que el cadáver de los seres, un pudridero de hedor y de descomposición. Y acortaba el paso, y descansaba en el huerto de madame François como de una larga marcha entre medio de ruidos ensordecedores y de emanaciones infectas. El bullicio, la humedad nauseabunda del pabellón del pescado, huían de él; renacía al aire puro. Claudio tenía razón; todo agonizaba en los Mercados. La tierra era la vida, la cuna eterna, la salud del mundo.

—¡La tortilla está lista!—gritó la verdulera.

Cuando los tres se hubieron sentado a la mesa, en la cocina, con la puerta abierta al sol, comieron tan alegremente, que madame François, maravillada, miraba a Florencio, repitiendo a cada bocado.

—Usted no es el mismo; tiene usted diez años menos. Ese maldito París es el que le ennegrece a usted de ese modo. Me parece, ahora, que tiene usted un golpe de sol en los ojos... Ya ve usted, las grandes ciudades no valen nada; usted tendría que venir a vivir aquí.

Claudio se reía, decía que París era soberbio. Defendía hasta los arroyuelos, a pesar de conservar viva ternura por el campo. Por la tarde, madame François y Florencio se hallaron solos al final del huerto, en una esquina de terreno plantada de algunos árboles frutales. Habíanse sentado en el suelo, y charlaban razonablemente. Ella le aconsejaba con gran amistad, a la vez maternal y tierna. Hízole mil preguntas sobre su vida, sobre lo que pensaba ser más tarde,

ofreciéndose a él sencillamente, si algún día necesitaba de ella para su felicidad. El se sentía muy conmovido. Nunca le había hablado de aquel modo una mujer. Madame François le hacía el efecto de una planta sana y robusta, crecida como las legumbres en el terruño del huerto; en tanto que se acordaba de Lisa, de la Normanda, de las buenas mozas de los Mercados, como de carnes sospechosas ostentadas en el escaparate. Allí respiró algunas horas de bienestar absoluto, libertado de los olores de alimentos entre los cuales enloquecía, renaciendo en la savia del campo lo mismo que aquella col que Claudio pretendía haber visto brotar más de diez veces.

Hacia las cinco se despidieron de madame François. Querían regresar a pie. La verdulera les acompañó hasta el extremo de la callejuela, y conservando la mano de Florencio un instante entre la suya:

—Venga usted si tiene alguna vez una pena— le dijo suavemente.

Por espacio de un cuarto de hora anduvo Florencio sin hablar, otra vez sombrío, y diciéndose que dejaba su salud detrás de él. La carretera de Courbevoie estaba blanca de polvo. Los dos eran aficionados a los grandes paseos, y les gustaba golpear la dura tierra con sus gruesos zapatos. A cada paso, detrás de ellos subían pequeñas humaredas. El sol oblicuo daba al sesgo en la avenida, y alargaba al través de ella sus dos sombras tan desmesuradamente, que sus cabezas llegaban hasta el otro borde, desfilando por la acera opuesta.

Claudio, con los brazos colgando, dando grandes zancadas regulares, contemplaba las dos sombras con complacencia, dichoso y abstraído en la cadencia de la marcha, que exageraba más

aún marcándola con los hombros. Después, como saliendo de una meditación profunda:

—¿Conoce usted la batalla de los Gordos y los Flacos?—preguntó.

Florencio, sorprendido, le dijo que no. Entonces Claudio se entusiasmó, habló de aquella serie de estampas con la mar de elogios. Citó ciertos episodios de ella; los Gordos, enormes hasta reventar, preparando el hartazgo de la noche, en tanto que los Flacos, encorvados por el ayuno, mirando desde la calle con aspecto de envidia; y otra vez los Gordos, sentados a la mesa, con los carrillos desbordantes, echando a un Flaco que ha tenido la audacia de introducirse allí humildemente y que parece una quilla en medio de un pueblo de bolos. Allí veía Claudio todo el drama humano; acabó por clasificar a los hombres en Flacos y Gordos, en dos grupos hostiles, uno de los cuales devora al otro, se redondea el vientre y goza.

—Con seguridad—dijo,—Cain era un gordo y Abel un flaco. Desde el primer asesinato, siempre han sido los hombres gordos los que han chupado la sangre de los que comen poco... Es una comilona continua del más fuerte al más débil, tragándose cada cual a su vecino y viéndose tragado a su vez. Créame usted, querido, desconfíe usted de los gordos.

Calló un instante, siguiendo con la vista las dos sombras que el sol poniente alargaba más y más. Y murmuró:

—Nosotros somos flacos, ¿comprende usted?... Dígame usted si con vientres tan lisos como los nuestros, ocupa uno mucho sitio al sol.

Florencio miró sonriendo las dos sombras. Pero Claudio se incomodaba y gritaba:

—Hace usted mal en reírse de esto. Yo sufro por ser un flaco. Si fuera un gordo, pintaría tran-

quilamente, tendría un hermoso taller y vendería mis cuadros a peso de oro. En vez de eso, soy un flaco; quiero decir que me extermino el temperamento queriendo hallar cosas que hacen encogerse de hombros a los gordos. Yo me moriré, con seguridad, sin más que la piel y los huesos, tan plano que me podrán poner entre dos hojas de un libro para enterrarme... ¡Pues y usted! Usted es un flaco sorprendente, el rey de los flacos, palabra de honor. Recuerde usted su disputa con las pescaderías; era soberbio ver aquellos senos gigantescos desatados contra vuestro mezquino pecho; y obraban por instinto, cazaban a un flaco, como cazan las ratas a los ratones. En principio, ¿sabe usted? un gordo tiene horror a un flaco, tanto que siente la necesidad de quitárselo de delante a mordiscos o a patadas. Por eso yo, en lugar de usted, tomaría mis precauciones. Los Quénu son gordos, las Méhudin son gordas, y no tiene usted más que gordos a su alrededor. A mí me preocuparía mucho.

—¿Y Gavard, y mademoiselle Saget, y su amigo Marjolin?—preguntó Florencio, que seguía sonriendo.

—¡Oh! Si usted quiere—respondió Claudio,—le clasificaré a todos nuestros conocidos. Hace mucho tiempo que tengo sus cabezas en un cartón, en mi taller, con indicación del orden a que pertenecen. Es todo un capítulo de historia natural... Gavard es un gordo, pero un gordo que alardea de flaco... La variedad es muy común... Mademoiselle Saget y madame Lecœur son flacas; por otro lado, variedades muy temibles, porque son flacas desesperadas, capaces de todo por engordar... Mi amigo Marjolin, Cadina, la Sarriette, los tres gordos, inocentes aun, y sin tener más que el hambre amable de la juventud.

Hay que observar que el gordo, mientras no ha envejecido, es un ser encantador... El señor Lebigre es gordo, ¿verdad?... En cuanto a los amigos políticos de usted, son por regla general flacos, Charvat, Clemencia, Logre, Lacaille. No hago más excepciones que la de ese gordo animal de Alejandro y la del prodigioso Robine. Este me ha dado mucho que pensar.

El pintor continuó en este tono, desde el puente de Naully hasta el arco de Triunfo. Volvía a lo mismo, acababa algunos retratos con un rasgo característico. Logre era un flaco que tenía el vientre entre los hombros; la bella Lisa era toda vientre, y la bella Normanda todo pecho; mademoiselle Saget había dejado huir, de seguro, en su vida una ocasión de engordar, porque detestaba a los gordos, sin dejar de desdeñar a los flacos. Gavard comprometía su grasa, y acabaría plano como una chinche.

—¿Y madame François?—dijo Florencio.

Claudio se quedó muy perplejo por la pregunta. Buscó y balbuceó:

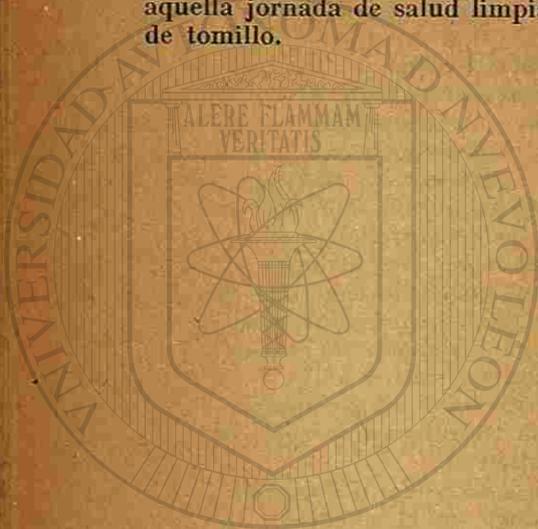
—Madame François... madame François... No; no he pensado nunca en clasificarla... Es una gran mujer madame François, y nada más... ¡No entra ni en los gordos ni en los flacos, pardiez!

Los dos se rieron. Hallábanse frente al arco de Triunfo. El sol, a ras de los ribazos de Suresnes, estaban tan bajo sobre el horizonte, que sus sombras colosales manchaban la blancura del monumento, muy alto, más alto que las enormes estatuas de los grupos. Claudio se alegró más y se encorvó, extendió los brazos; después, echando a andar:

—¿Ha visto usted? Cuando el sol se pone, nuestras cabezas llegan a tocar el cielo.

Pero Florencio ya no se reía. París volvía a cogerle, aquel París que ahora le espantaba, des-

pués de haberle costado tantas lágrimas en Cayena. Cuando llegó a los Mercados caía la noche, y los olores eran sofocantes. Bajó la cabeza, al penetrar de nuevo en su pesadilla de alimentos gigantescos, con el recuerdo dulce y triste de aquella jornada de salud limpia, perfumadísima de tomillo.



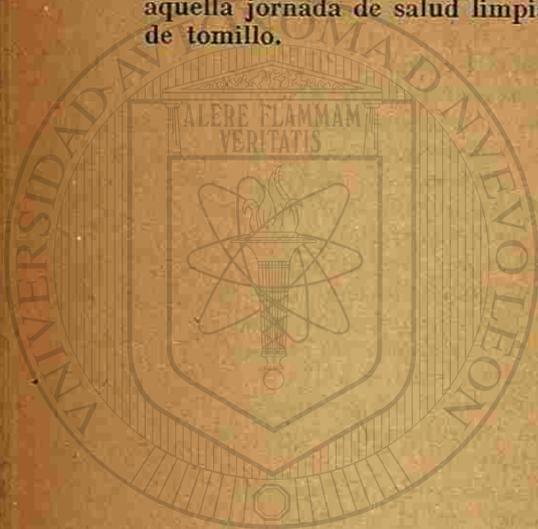
VI

Al día siguiente, a cosa de las cuatro, se dirigió Lisa a San Eustaquio. Para atravesar la plaza se había puesto un traje serio, todo de seda negro, con su chal de alfombra. La bella Normanda, que, desde la pescadería, la siguió con los ojos hasta la puerta de la iglesia, se quedó sofocada.

—¡Ah, bueno va!—dijo perversamente.—A la gorda le da ahora por los curas... Es fácil que la calme el mojarse el trasero con agua bendita.

Se equivocaba. Lisa no era devota. No practicaba, y solía decir que procuraba ser honrada por todos estilos, y que esto le bastaba. Pero no le gustaba que delante de ella se hablase mal de la religión; con frecuencia hacía callar a Gavard, que se moría por las historias de curas y de religiosas, por las picardihuelas de sacristía. Esto parecía a Lisa inconveniente en grado sumo. Era menester dejar a cada cual sus creencias, respetar los escrúpulos de todo el mundo. Por otra parte, había que confesar que generalmente los curas eran buenas personas. Ella conocía al padre Roustán, de San Eustaquio, hombre distinguido, de excelente juicio, y cuya amistad le pa-

pués de haberle costado tantas lágrimas en Cayena. Cuando llegó a los Mercados caía la noche, y los olores eran sofocantes. Bajó la cabeza, al penetrar de nuevo en su pesadilla de alimentos gigantescos, con el recuerdo dulce y triste de aquella jornada de salud limpia, perfumadísima de tomillo.



VI

Al día siguiente, a cosa de las cuatro, se dirigió Lisa a San Eustaquio. Para atravesar la plaza se había puesto un traje serio, todo de seda negro, con su chal de alfombra. La bella Normanda, que, desde la pescadería, la siguió con los ojos hasta la puerta de la iglesia, se quedó sofocada.

—¡Ah, bueno va!—dijo perversamente.—A la gorda le da ahora por los curas... Es fácil que la calme el mojarse el trasero con agua bendita.

Se equivocaba. Lisa no era devota. No practicaba, y solía decir que procuraba ser honrada por todos estilos, y que esto le bastaba. Pero no le gustaba que delante de ella se hablase mal de la religión; con frecuencia hacía callar a Gavard, que se moría por las historias de curas y de religiosas, por las picardihuelas de sacristía. Esto parecía a Lisa inconveniente en grado sumo. Era menester dejar a cada cual sus creencias, respetar los escrúpulos de todo el mundo. Por otra parte, había que confesar que generalmente los curas eran buenas personas. Ella conocía al padre Roustán, de San Eustaquio, hombre distinguido, de excelente juicio, y cuya amistad le pa-

recia muy segura. Y acababa por explicar la necesidad absoluta de la religión para la mayoría del vulgo; la consideraba como una policía que ayudaba a mantener el orden, y sin la cual no había gobierno posible. Cuando Gavard llevaba las cosas demasiado al extremo sobre semejante capitulo, y decía que debían echar a los curas a la calle, cerrándoles las tiendas, Lisa se encogía de hombros y le contestaba:

—¡Valiente cosa adelantarian ustedes! Al cabo de un mes, se asesinarían en las calles, y se vería la necesidad de inventar otro Dios. Así ocurrió en el 93... Ya sabe usted ¿verdad?, que yo no vivo con los curas; pero digo que es preciso que los haya, porque es preciso.

De la misma manera, cuando Lisa iba a una iglesia, daba muestras de recogimiento. Había comprado un precioso devocionario, que no abría nunca, para asistir a los entierros y a los matrimonios. Levantábase, se arrodillaba cuando llegaba el caso, esforzándose en guardar la compostura que convenia adoptar. Era, para ella, una especie de ceremonia oficial la que las personas honradas, los comerciantes y los propietarios, debían ostentar ante la religión.

Aquel día, la hermosa salchichera, al entrar en San Eustaquio, dejó caer suavemente la doble puerta de paño verde desteñido, desgastado por la mano de las devotas. Se mojó los dedos en la pila del agua bendita y se persignó correctamente. Después, con apagados pasos, llegó hasta la capilla de Santa Inés, en la que esperaban dos mujeres arrodilladas, con el rostro entre las manos, en tanto que la falda azul de una tercera se desbordaba de un confesonario. Lisa pareció contrariada; y, dirigiéndose a un sacristán que pasaba, con su negro solideo y arrastrando los pies, le preguntó:

—¿Es hoy el día en que confiesa el padre Roustan?

Respondió el sacristán que el señor cura no tenía ya más penitentes, que no tardaría mucho, y que si quería sentarse, en seguida le llegaría el turno. Lisa le dió las gracias, sin decirle que no iba para confesarse. Se decidió a esperar, andando a cortos pasos sobre las losas, llegando hasta la gran puerta, desde la que contempló la nave completamente desnuda, alta y severa con pintados frisos. Lisa alzaba un poco la barba, pareciéndole demasiado sencillo el altar mayor, no comprendiendo aquella grandeza fría de la piedra y prefiriendo los dorados adornos de las capillas laterales. Por el lado de la calle del Día, aquellas capillas permanecían grises, iluminadas por polvorientas ventanas; en tanto que, por el lado de los Mercados, la puesta del sol alumbraba los vidrios de los ventanales, alegrados por tintas muy tiernas, verdes y amarillas sobre todo, y tan limpias que le recordaron las botellas de licor delante del espejo del señor Lebigre. Volvió a subir por aquella parte, que parecía como entibiada por aquella luz de brasa; contempló un instante los ventanales, los ornamentos de los altares, los cuadros vistos con reflejos de prisma. La iglesia estaba vacía, temblorosa toda con el silencio de sus bóvedas. Algunas faldas de mujeres formaban manchas sombrías en el borroso color amarillento de las sillas; y de los confesonarios cerrados se veía salir un cuchicheo. Al pasar de nuevo por delante de la capilla de Santa Inés, vió que la falda azul estaba todavía a los pies del padre Roustan.

—Yo hubiera terminado en diez segundos, de haber querido—pensó Lisa con todo el orgullo de su honestidad.

Llegó hasta el fondo. Detrás del altar mayor,

en la sombra de la doble hilera de pilares, la capilla de la Virgen se ostenta húmeda de silencio y de obscuridad. Los ventanales, muy sombríos, no destacan más que ropajes de santos, de grandes hopalandas rojas y violadas, ardiendo como llamas de amor místico en el recogimiento, en la adoración muda de las tinieblas. Es un rincón de misterio, un hueco crepuscular del paraíso, en el que brillan las estrellas de dos cirios, y en el que cuatro arañas de brazos de metal, cayendo de la bóveda, y apenas visibles, hacen pensar en los grandes incensarios de oro que balancean los ángeles al acostarse María. Entre los pilares hay siempre mujeres, extasiadas en sus sillas, absortas en aquella voluptuosidad negra.

Lisa, en pie, miraba con toda tranquilidad. No era nerviosa. Parecía que hacían muy mal en no encender las arañas, pues con luces aquello estaría más alegre. En aquella sombra había hasta una indecencia, un soplo de alcoba que le parecía poco conveniente. Al lado de ella ardían unos cirios en un velero, calentándole el rostro, en tanto que una mujer vieja rascaba con un cuchillo la cera caída, solidificada en pálidas lágrimas. Y, en el estremecimiento religioso de la capilla, en aquel espasmo mudo de amor, Lisa oía muy bien el rodar de los fiacres que desembocaban por la calle de Montmartre, por detrás de los santos rojos y violetas de los ventanales. A lo lejos, retumbaban los Mercados con voz incesante.

Cuando iba a abandonar la capilla, vio entrar a la menor de las Méhudin, a Clara, la vendedora de pescados de agua dulce. Clara hizo encender un cirio en el velero. Después fué a arrodillarse detrás de un pilar, con las rodillas aplastadas contra la piedra, y tan pálida entre sus rubios cabellos mal prendidos, que parecía una

muerta. Allí, creyéndose escondida, se angustió, lloró ardientes lágrimas, con ardores de rezos que la doblegaban como ante un fuerte viento, con arrebatos de mujer que se entrega. La bella salchichera se quedó muy sorprendida, porque las Méhudin no eran gran cosa devotas. Clara, sobre todo, hablaba ordinariamente de la religión y de los curas de una manera que hacía poner los pelos de punta.

—¿Qué le da ahora?—se dijo Lisa al volver de nuevo a la capilla de Santa Inés.—Habrá envenenado a algún hombre la muy desarrapada.

Por fin salía el padre Roustan de su confesionario. Era un hombre guapo, de unos cuarenta años, de aspecto sonriente y bondadoso. Cuando conoció a madame Quénu, le estrechó las manos, la llamó "querida dama", la llevó a la sacristía, en donde se quitó la sobrepelliz, diciéndole que en seguida sería con ella. Salieron de la sacristía, él en sotana, con la cabeza descubierta, y ella arropándose con su chal de alfombra, y se pasearon a lo largo de las capillas laterales, por la parte de la calle del Día. Hablaban en voz baja. El sol se moría en las vidrieras de colores; la iglesia se ponía negra, y los pasos de las últimas devotas dejaban oír sobre las losas un roce suave.

Entretanto, Lisa explicó sus escrúpulos al padre Roustan; entre ellos no se trataba nunca de religión. Lisa no se confesaba, y se limitaba a consultarle en los casos difíciles, a título de hombre discreto y prudente, a quien prefería—según decía algunas veces— a esos hombres de negocios, desmañados y que huelen a cárcel. El padre Roustan se mostraba lleno de una complacencia inagotable; por ella hojeaba el código, le indicaba los mejores medios de colocar el dinero, resolvía con tacto las dificultades morales, le re-

comendaba abastecedores, tenía una respuesta pronta para todas las preguntas, por diversas y complicadas que fuesen; y hacía todo esto con naturalidad, sin entremezclar a Dios en el asunto, sin procurar obtener ningún beneficio ni en provecho suyo ni en provecho de la religión. Bastábanle las gracias y una sonrisa. Parecía holgarse mucho de hacer un favor a aquella hermosa madame Quénu, de la que su ama de llaves le hablaba a menudo con respeto, como de una persona muy estimada en el barrio.

Aquel día la consulta de Lisa fué singularmente delicada. Se trataba de saber qué conducta la autorizaba a seguir la honradez con respecto a su hermano político; si tenía el derecho de vigilarle, de impedir que les comprometiera, a su marido, a su hija y a ella misma; y también hasta dónde podría llegar, en caso de un peligro que urgiese. Lisa no preguntó estas cosas brutalmente, sino que presentó el asunto con distingos y miramientos muy escogidos, tanto que el padre pudo disertar sobre la materia sin necesidad de entrar en personalismos. Finalmente, juzgó que un alma justa tenía el derecho, y aun el deber de impedir el mal, aunque fuera preciso emplear todos los medios necesarios para el triunfo del bien.

—Esta es la opinión mía, querida señora— dijo al terminar.—La discusión de los medios es grave siempre. Los medios son el gran lazo en que quedan presas las virtudes ordinarias... Pero yo conozco la hermosa conciencia de usted. Pese usted uno por uno todos sus actos, y si no siente usted en su interior ninguna protesta, avance usted valientemente... Las naturalezas honradas tienen la gracia maravillosa de dejar algo de su honradez en todo lo que tocan.

Después, cambiando de acento, prosiguió:

—Haga usted el favor de saludar en mi nombre al señor Quénu... Cuando pase por allí, entrará a dar un beso a mi buena Paulina... Hasta la vista, querida señora, y sabe usted que siempre estoy a su disposición.

Entró de nuevo en la sacristía. La bella Lisa, al marcharse, sintió la curiosidad de ver si Clara Méhudin seguía rezando todavía; pero Clara había vuelto a sus carpas y a sus anguilas. En la capilla de la Virgen, de la que se había enseñoreado la noche, no se veía más que una desbandada de sillas derribadas, puestas asiento con asiento, exhalando aún el devoto calor de las mujeres que en ellas habían estado sentadas.

Cuando la hermosa salchichera atravesó de nuevo la plaza, la hermosa Normanda, que estaba espionando su salida, la conoció en el ocaseo por la redondez de sus faldas.

—¡Bueno, bueno!— exclamó la Normanda.—Ha estado más de una hora. Cuando los curas la vacían de sus pecados, a la muy... los niños de coro forman cola para tirar a la calle los cubos de basura.

Al día siguiente, por la mañana, Lisa subió en derecha a la alcoba de Florencio. Se instaló en ella con toda tranquilidad, segura de no ser molestada, y por otra parte, decidida a mentir, a decir que iba a cerciorarse de la limpieza de la ropa blanca, caso de que Florencio subiese.

Habiale visto, allá abajo, muy atareado en medio del pescado que llegaba. Sentándose delante de la pequeña mesa, quitóle el cajón, se lo colocó sobre las rodillas y lo vació con grandes precauciones, cuidando de poner todos los paquetes en el mismo orden en que estaban. Empezó por encontrar los primeros capítulos de la obra sobre Cayena, y después vió los proyectos, los planes de todas clases, la transformación de los consu-

mos en impuestos sobre las transacciones, la reforma del sistema administrativo de los Mercados y otros varios. Aquellas páginas de menuda letra, que leía cuidadosamente, la aburrían sobremanera; iba a colocar el cajón en su sitio, convencida de que Florencio ocultaba en otra parte las pruebas de sus malos designios y pensando ya en revolver la lana de los colchones, cuando descubrió, dentro de un sobre de carta, el retrato de la Normanda. La fotografía era algo obscura. La Normanda estaba de pie, con el brazo derecho apoyado en una columna truncada; y llevaba encima todas sus joyas, un traje de seda nuevo que se ahuecaba, y su risa era insolente. Lisa olvidó a su cuñado, sus terrores, lo que había ido a hacer allí. Quedóse absorta en una de esas contemplaciones de mujer que examina a otra con toda comodidad y sin temor de ser vista. Nunca se le había presentado ocasión de estudiar a su rival tan de cerca. Examinó sus cabellos, la nariz, la boca, separó de sí la fotografía, la aproximó. Después, con los labios fruncidos, leyó al dorso del retrato, escrito con letra gorda y fea: "Luisa a su amigo Florencio". Esto la escandalizó. Era una confesión. Entróle el deseo de tomar aquella tarjeta y de conservarla como un arma contra su enemiga. Pero con lentitud la volvió a colocar dentro del sobre, pensando que el cogerla estaría mal hecho, y que, por otra parte, podría volver a tenerla en cuanto quisiese.

Entonces, hojeando de nuevo las sueltas cuartillas de Florencio, arreglándolas una por una, se le ocurrió la idea de mirar el fondo del cajón, el sitio en que su cuñado había arrinconado el hilo y las agujas de Agustina; y allí, entre el devocionario de la criada y la "Clave de los Sueños", descubrió Lisa lo que buscaba, notas muy

comprometedoras, protegidas simplemente por una cubierta de papel gris. La idea de una insurrección, del destronamiento del emperador con ayuda de un golpe de fuerza, iniciada un día por Logre en casa del señor Lebigre, había madurado lentamente en el ardiente espíritu de Florencio. Muy pronto llegó a ver en ella un deber, una misión que cumplir. Ella fué, por fin, el hallado objeto de su evasión de Cayena y de su regreso a París. Creyendo que tenía que vengar a su delgadez de aquella ciudad engordada, en tanto que los defensores del derecho se morían de hambre en el destierro, Florencio se erigió en justiciero y soñó con alzarse, en los mismos Mercados, para aplastar aquel reinado de comestibles y de borracheras. En aquel temperamento tierno, las ideas fijas clavaban fácilmente sus clavos. Todo adquiría proporciones formidables, construíanse las más extrañas historias, y Florencio se imaginaba que los Mercados se habían apoderado de él, a su llegada a París, para sumirle en la molicie, para envenenarle con sus emanaciones. Después, era Lisa la que quería embrutecerle; huía de ella durante dos o tres días, como de un disolvente que hubiera fundido su voluntad en el momento de acercarse a él. Estos arrebatos de terrores pueriles, estas crisis de hombre rebelado, terminaban siempre en grandes dulzuras, en necesidades de amar, que ocultaba con una vergüenza de niño. Sobre todo por las noches, el cerebro de Florencio se impregnaba de humaredas malsanas. Sintióse desgraciado, distendidos los nervios, rechazando el sueño por un sordo temor a la nada, se retrasaba más en casa del señor Lebigre o en casa de los Méhudin; y cuando se retiraba a su casa, no se acostaba tampoco en seguida escribía, preparaba la famosa insurrec-

ción. Lentamente combinó todo un plan de organización. Dividió a París en veinte secciones, una por distrito, y cada una con un jefe, especie de general, que tenía a sus órdenes a veinte lugartenientes que mandaban sendas compañías de afiliados. Todas las semanas habría un consejo celebrado por los jefes, cada vez en un local diferente; además, para mayor discreción, los afiliados no conocerían más que al lugarteniente, quien, a su vez, trataría únicamente con el jefe de su sección; sería también útil que las compañías se creyesen encargadas de misiones imaginarias, lo cual acabaría de despistar a la policía. En cuanto al modo de hacer entrar en acción a las fuerzas, era de los más sencillos. Se esperaba la formación completa de los cuadros; después se aprovecharía la primera emoción política. Como sin duda no se poseerían más que algunas escopetas de caza, se empezaría por apoderarse de los puestos de retén, se desarmaría a los bomberos, a la guardia de París, a los soldados de línea, sin empeñar combate mientras no fueran necesario, e invitando a todos a hacer causa común con el pueblo. En seguida, se dirigirían en derecha al Cuerpo legislativo para ir desde allí al Ayuntamiento. Este plan, al que Florencio volvía cada noche, como a un escenario de drama que mitigara su sobreexcitación nerviosa, no estaba escrito todavía más que en pedazos de papel, tachadísimos, que mostraban las vacilaciones del autor y permitían seguir las fases de aquella concepción a la vez infantil y científica.

Cuando Lisa hubo recorrido con la vista las notas, sin comprenderlas todas, se quedó temblando, sin atreverse a tocar más aquellos papeles, por temor a verlos estallar en sus manos como armas cargadas.

La última nota la espantó más todavía que las otras. Era media hoja en la cual había dibujado Florencio la forma de las insignias que distinguirían a los jefes de lugartenientes; a su lado estaban también las banderolas de las compañías. Hasta había unas palabras con lápiz que decían el color de las banderolas de los veinte distritos. Las insignias de los jefes eran bandas rojas; las de los lugartenientes, unos brazaletes rojos también. Esto fué para Lisa la realización inmediata del motín; vió a los hombres, con todos aquellos cinlajos rojos, pasando por delante de su salchichería, lanzando balas contra los espejos y contra los mármoles, robando las salchichas y los chorizos del escaparate. Los infames proyectos de su cuñado eran un atentado contra ella misma, contra su felicidad. Cerró el cajón, contemplando la alcoba y diciéndose que era ella la que alojaba a aquel hombre, y que éste dormía entre sábanas de ella y que usaba sus muebles. Y singularmente se sentía exasperada por el pensamiento de que Florencio escondía toda aquella máquina infernal en aquella mesita de madera blanca, que en otro tiempo le había servido a ella, en casa del tío Gradelle, antes de su boda; una mesa inocente, toda desvencijada.

Lisa permaneció en pie, pensando en lo que había de hacer. En primer lugar, era inútil enterar a Quénu. Se le ocurrió la idea de tener una explicación con Florencio, pero temió que éste se fuera a cometer el crimen más lejos, sin dejar por ello de comprometer a su familia, por perversidad. Se calmó un poco, y prefirió vigilarle. Al primer peligro, ya vería lo que hacía. En una palabra, ya tenía con qué hacerle volver a la deportación.

Cuando volvió a entrar en la tienda, halló a

Agustina emocionadísima. La niña Paulina había desaparecido, hacía más de media hora. A las inquietas preguntas de Lisa, no pudo responder más que:

—No sé, señora... Estaba ahí, en la acera, con un chiquillo... Yo los miraba... Después he tenido que empezar un jamón para un señor, y no les he vuelto a ver.

—¡Apuesto a que es Muche!—exclamó la salchichera.—¡Ah, maldito chiquillo!

Era Muche, en efecto. Paulina, que precisamente aquel día estrenaba un vestido nuevo de rayas azules, había querido lucirlo. Se mantenía erguida delante de la tienda, muy buena muchacha, con los labios fruncidos con esa mueca grave de mujercita de seis años que teme mancharse. Sus faldas, muy cortas, muy almidonadas, se ahuecaban como faldellín de bailarina, enseñando las medias blancas bien subidas, los lustrosos zapatos de azul celeste; en tanto que su gran delantal, que le hacía escote, llevaba en los hombros un estrecho volante bordado, del cual salían, rosados y desnudos, sus bracitos, adorables de niñez. En las orejas llevaba aretes de turquesa, una crucecita al cuello, un lazo de terciopelo azul en el pelo, muy bien peinado, con el aspecto gordo y tierno de su madre, con la gracia parisiense de una muñeca nueva.

Muche, desde los Mercados, la había visto. Estaba echando en el canalillo unos pececillos muertos que el agua se llevaba y que el chico seguía a lo largo de la acera, diciendo que nadaban. Pero el ver a Paulina, tan bonita, tan limpia, le hizo atravesar el arroyo, sin gorrilla, con la blusa destrozada, caído el pantalón y enseñando la camisa, con todo el destrozo de un galopín de siete años. Su madre le había prohibido que jugara con "aquel animalote de muchacha

a quien sus padres atiborraban hasta hacerla reventar". Muche dió vueltas un instante, se acercó, quiso tocar el lindo vestido de rayas azules. Paulina, halagada al principio, hizo un mohín de mogigata y retrocedió murmurando con enojado acento:

—Déjame... Mamá no quiere.

Esto hizo reír a Muche, que era muy despierto y emprendedor.

—¡Ah! bueno—dijo.—¡Valiente tonta eres! No importa que tú mamá no quiera. ¿Vamos a jugar a darnos empujones, eh?

Debía de alimentar la mala idea de manchar a Paulina. Esta, al verle dispuesto a darle un empujón en la espalda, retrocedió más y se dispuso a entrar en la tienda. Entonces Muche se mostró muy dulce, y se subió los pantalones como un hombre de mundo.

—¡Tonta, si es de broma!... Estás muy bien así. ¿Es de tu mamá esa cruz?

Paulina se pavoneó, diciendo que era suya. El chico la llevaba suavemente hacia la calle Pirouette; le tocaba las faldas, admirándose, hallándolas demasiado tiesas, lo cual causaba infinito placer a la pequeñuela. Desde que se había puesto a lucir el garbo en la acera, estaba vejada al ver que nadie la miraba. Pero, a pesar de los cumplidos de Muche, no quiso bajar de la acera.

—¡Qué estúpida!—exclamó el chico, volviendo a su grosería.—Te voy a sentar en el cesto de los desperdicios; ¿lo oyes, señora Lindas-nalgas?

Paulina se incomodó. Muche la había cogido de la mano; y comprendiendo su falta, se mostró de nuevo zalamero, y hurgó en su bolsillo.

—Tengo un sueldo—dijo.

La vista del sueldo calmó a Paulina. Muche

mostraba la moneda cogida con dos dedos, delante de ella, de tal manera que la niña bajó al arroyo, sin dársele un ardite, para seguir el sueldo. Decididamente, Muche estaba de suerte.

—¿Qué te gusta más?—le dijo?

Paulina no respondió en seguida; no lo sabía; le gustaban muchas cosas. El nombró una colección de golosinas; regaliz, melaza, pastillas de goma, azúcar en polvo. El azúcar en polvo hizo reflexionar mucho a la pequeña; se mete un dedo en él y se chupa; es muy bueno. Paulina permanecía pensativa. Por fin, decidiéndose:

—No, me gustan más los cucuruchos.

Entonces Muche la cogió del brazo y se la llevó sin que ella se resistiese. Atravesaron la calle de Rambuteau, recorrieron la ancha acera de los Mercados, y fueron hasta casa de un droguero de la calle de la Cossonniere, que tenía la especialidad de los cucuruchos. Estos son unos pequeños cucuruchos de papel, en los que los drogueros meten todos los restos de sus escaparates, confites rotos, castañas en dulce hechas pedazos, los sospechosos fondos de los potes de bombones. Muche hizo las cosas con toda galantería; dejó que el cucurucho fuera escogido por Paulina; un cucurucho de papel azul, que dejó en manos de la niña, entregando el sueldo. Ya en la acera, Paulina vació las migajas de todas clases en los bolsillos de su delantal; y estos bolsillos eran tan estrechos, que los dos quedaron llenos. Mascaba despacito, migaja a migaja, entusiasmada, mojándose el dedo en la boca para recoger el polvo demasiado fino; de manera que esto derretía los bombones, y dos manchas oscuras señalaban ya los dos bolsillos del delantal. Muche se reía solapadamente. La tenía cogida por la cintura, le arrugaba el traje a su gusto, y le hacía doblar la esquina de la ca-

lle de Pedro Lescot, por la parte de la plaza de los Inocentes, diciéndole:

—¿Eh? ¿Quieres jugar ahora?... Es muy bueno lo que llevas en los bolsillos. ¿Ves ahora como no quería hacerte ningún daño, tontísima?

Y él también metía los dedos hasta el fondo de los bolsillos del delantal. Entraron en el jardín público. Allí era sin duda donde el arrapiezo de Muche pensaba llevar a su conquista. Le hizo los des enteras. Jamás había ido tan lejos Paulina; de no haber llevado azúcar en los bolsillos, habría sollozado como una señorita raptada. La fuente, en medio del arriate de flores, fluía con los desgarrones de sus lienzos; y las ninfas de Juan Goujeon, blanquísimas en medio del color gris de la piedra, inclinaban sus urnas, poniendo su desnuda gracia en medio del aire negro del barrio de San Dionisio. Los niños diéronle vuelta, viendo caer el agua de los seis pilones, entusiasmados con la hierba, pensando ciertamente en atravesar el arriate central, o bien en penetrar en los macizos de acebos y rododendros, en el arriate que ribeteaba la reja del jardín. Entretanto, Muche, que había conseguido arrugar el lindo vestido de la niña por la parte de atrás, dijo, riéndose interiormente:

—Vamos a jugar a tirarnos arena, ¿quieres?

Paulina estaba ya seducida. Se tiraron arena, cerrando los ojos. La arena entraba por el escotado corpiño de la niña y se deslizaba hacia abajo, hasta las medias y los botitos. Muche se divertía muchísimo al ver que el blanco delantal se tornaba amarillo de arriba abajo. Pero sin duda le debió de parecer que aun estaba demasiado limpio.

—¿Eh? ¿Y si plantásemos árboles?—le pre-

guntó.—Yo sí que sé hacer jardines bonitos.

—¿Jardines, de veras?—dijo a media voz Paulina, llena de admiración.

Entonces, como no estaba allí el guardián del jardín, Muche hizo que Paulina abriese hoyos en un arriate. La niña estaba de rodillas, en medio de la tierra blanda, tumbándose boca abajo, hundiéndose hasta los codos sus adorados bracitos desnudos. Muche buscaba pedazos de madera, rompía ramas. Eran los árboles del jardín, que plantaba en los hoyos de Paulina. Sólo que no le parecía nunca los hoyos lo bastante profundos, y la trataba como a un mal obrero, con las rudezas de patrono. Cuando se levantó la niña, estaba negra de pies a cabeza; tenía tierra hasta en el cabello; y estaba tan embadurnada, tan graciosa con sus brazos de carbonero, que Muche batió palmas, exclamando:

—Ahora vamos a regarlos, ¿sabes? Porque si no no crecerían.

Aquello fué el colmo. Salían del jardín, cogían agua en el arroyuelo con el hueco de las manos, y volvían corriendo a regar los pedazos de madera. Por el camino, Paulina, que estaba demasiado gorda y que no sabía correr, dejaba escapar por entre los dedos toda el agua, la que caía a lo largo de las faldas, hasta el punto de que, al sexto viaje, parecía haberse revolcado en el arroyuelo. Muche la halló divinamente una vez que estuvo sucia hasta más no poder. La hizo sentarse con él bajo un rododendro, al lado del jardín que habían plantado. Le contaba que aquello estaba ya creciendo. Le había cogido una mano, llamándola su mujercita.

—¿No te arrepientes de haber venido, verdad?... En vez de estar sobre la acera, en donde parece que te aburres de lo lindo... Ya verás; yo sé una infinidad de juegos en las calles. Será

menester que volvamos, ¿oyes? Pero no le digas una palabra a tu mamá. No hay que hacer el tonto... Si dices algo, sabes, te tiraré de los pelos cuando pase por delante de tu casa.

Paulina respondía a todo que sí. Muche, como última galantería, le llenaba de tierra los dos bolsillos del delantal. La abrazaba muy fuerte tratando ya de hacerle daño, por una de esas crueldades de pilluelo. Pero Paulina no tenía ya azúcar; no jugaba y empezaba a estar inquieta. Como Muche se pusiera a pellizcarla, la mocosa se echó a llorar, diciendo que quería irse. Esto alegró en gran manera a Muche, que se mostró todo un caballero; la amenazó con no volverla a llevar a casa de sus padres. La pequeñuela, aterrorizada, exhalaba ahogados suspiros, como una moza a merced de un seductor en el fondo de una posada desconocida. Muche hubiera acabado de seguro por pegarle para hacerla callar, cuando una voz agria, la de mademoiselle Saget, exclamó al lado de ellos:

—¡Dios mío! ¡Si es Paulina!... ¿Quieres dejarla en paz, mocoso del demonio?

La solterona cogió a Paulina de la mano, lanzando exclamaciones acerca del lastimoso estado de su vestido. Muche no se asustó gran cosa; las seguía, riéndose solapadamente de su obra, y repitiendo que era la niña la que había querido ir con él y que se había dejado caer al suelo. Mademoiselle Saget era una abonada al jardín de los Inocentes. Cada tarde pasaba en él una hora larga, para ponerse al corriente de los chismes de la gente baja. Allí, a ambos lados, hay una larga hilera semicircular de bancos unidos por los extremos. Los infelices que se ahogan en los tugurios de las estrechas calles vecinas se amontonan allí; las viejas, demacradas, con aire friolento, con gastadas cofias; las jóvenes en

chambra, con las faldas mal prendidas, suelto el cabello, abrumadas, marchitas ya por la miseria; también se ven algunos hombres, ancianos limpios, portadores de grasientos trajes, señores sospechosos de sombrero negro; en tanto que en la pequeña avenida, la chiquillería se revuelca, arrastra vehículos sin ruedas, llena cubos de arena, llora y se muerde; una chiquillería terrible, andrajosa, mal sonada, que pulula al sol como una gusnera. Mademoiselle Saget era tan delgada, que siempre encontraba un banco en que sentarse. Escuchaba, entablaba conversación con una vecina, la mujer de algún obrero, amarillísima, remendando ropa blanca, sacando de un cestito recompuesto con cordeles, pañuelos y medias agujereados como cribas. Por otra parte, mademoiselle Saget tenía sus conocidas. En medio de los chillidos intolerables de la chiquillería y del rodar continuo de los coches, por detrás, en la calle de San Dionisio, se oían chismes sin cuento, anécdotas sobre los abastecedores, los drogueros, los panaderos, los carniceros, una gaceta entera del barrio, amargada por las negativas de crédito o por la sorda envidia del pobre. La solterona se enteraba, sobre todo, en medio de aquellas desgraciadas, de cosas inconfesables, lo que bajaba de aquellos oscuros chamizos, lo que salía de los negros quioscos de las porterías, las suciedades de la maledicencia, con las cuales, como una dedada de pimienta, sazónaba sus apetitos de curiosidad. Además, enfrente de ella, con el rostro vuelto hacia el lado de los Mercados, tenía la plaza, los tres lienzos de casas agujereados por las ventanas, por las cuales trataba de penetrar con la mirada; parecía levantarse, andar a lo largo de los pisos, así como por los agujeros de cristal, hasta los tragaluces de las guardillas; descorría las cortinas,

reconstruía un drama tan sólo con la aparición de una cabeza entre dos persianas, y había acabado por saber la historia de todos los inquilinos de aquellas casas sólo con contemplar sus fachadas. El restaurante Baratte la interesaba de un modo muy particular, con su tienda de comerciante de vinos, su marquesina recortada y dorada, formando terraza y dejando desbordarse la verdura de algunas macetas de flores con sus cuatro pisos estrechos, adornados y pintarrajeados; complaciase examinando el fondo aquel pálido, las columnas amarillas, la estela coronada por una concha, aquel frontispicio de templo de cartón, estucado en la fachada de una casa decrepita, terminada por arriba, en el borde del techo, por una galería de zinc. Detrás de las flexibles persianas de tiras rojas, leía la solterona los delicados almuerzos, las buenas cenas, las calaveradas que tiraban la casa por la ventana. Y además, mentía. Allí era donde Florencio y Gavard iban a correrse juergas con aquellas dos grandísimas puercas de las Méhudin; después de los postres, ocurrían allí cosas abominables.

Entre tanto, Paulina lloraba más fuerte desde que la solterona la había cogido de la mano. Mademoiselle Saget se dirigía hacia la puerta del jardín, cuando de pronto pareció pensarlo mejor. Se sentó en el extremo de un banco, intentando hacer callar a la pequeñuela.

—Vamos, no llores más, que te cogerían los municipales... Yo te voy a acompañar a tu casa. Me conoces, ¿verdad? Y soy la "buena amiga", ¿sabes?... Vamos, riete.

Pero las lágrimas ahogaban a la niña, que quería irse. Entonces mademoiselle Saget, tranquilamente, la dejó que sollozara, esperando que hubiese terminado. La pobre chiquilla tiritaba;

tenía las medias y las faldas chorreando; las lágrimas que se enjugaba con los puños sucios le dejaban tierra hasta en las orejas. Cuando se hubo calmado un poco, dijo la solterona con acento dulzón:

—¿Tu mamá no es mala, verdad? ¿Te quiere mucho, eh?

—Sí, sí — respondió Paulina, con el corazón apenadísimo todavía.

—Y tu papá no es malo tampoco; ¿no te pega? ¿no se pelea con tu mamá?... ¿Qué dicen por las noches, cuando se van a acostar?

—¡Ah! Yo no lo sé; yo estoy muy caliente en mi cama.

—¿Hablan de tu primo Florencio?

—Yo no lo sé.

Mademoiselle Saget aparentó aspecto de severidad, fingiendo que se levantaba y se iba.

—Bueno, no eres más que una embustera... Ya sabes que no se debe mentir... Si mientes, te voy a dejar sola, y bien sabes que vendrá Muche y te pellizcará.

Muche, que andaba dando vueltas por delante del banco, intervino en la conversación, diciendo con su acento decidido de hombrecillo:

—¡Ande usted! Es demasiado pava para saberlo... Yo sé que mi buen amigo Florencio se puso ayer lo mismo que un tomate de colorado, cuando mamá le dijo, riéndose, que podía abrazarla si quería.

Pero Paulina, al oír la amenaza de ser abandonada, se había echado a llorar de nuevo.

—¡Cállate, cállate, mala hierba! — murmuró la vieja, dándole un empujón. — No me voy, no, y te compraré un bollo, ¿eh? ¡un bollo!... ¿De modo que no quieres a tu primo Florencio?

—No; mamá dice que no es honrado.

—¡Ah! Ya ves como tú mamá dice algo.

—Una noche, estando en la cama, tenía yo a Mouton, dormía con Mouton... Y mamá decía a papá: "Tu hermano no ha huído de presidio más que para llevarnos a todos a presidio con él".

Mademoiselle Saget exhaló un leve grito. Se había puesto en pie, temblorosa de pies a cabeza. Un rayo de luz acababa de darle en pleno rostro. Tomó de nuevo la mano de Paulina y la hizo trotar hasta la salchicheria sin decir palabra, con los labios fruncidos por una sonrisa interior, con penetrantes miradas de alegría agudísima. En la esquina de la calle de Pirouette, Muche, que las acompañaba dando zancadas y gozando al ver correr a la niña con las medias llenas de barro, desapareció prudentemente. Lisa estaba llena de mortal inquietud. Cuando vio a su hija empapada y hecha un guinapo, sintió tal estremecimiento, que le dió vueltas por todos lados, sin pensar siquiera en pegarle. La vieja solterona decía con su acento de perversidad:

—Ha sido ese mocoso de Muche... Yo se la traigo a usted... Les he descubierto juntos, debajo de un árbol del jardín... No sé lo que hacían. Yo de usted vigilaría mucho. Es capaz de todo, el hijo de esa...

Lisa no daba con una sola palabra. No sabía por dónde coger a su hija, de tanto asco como le daban las botitas llenas de barro, las medias manchadas, la falda desgarrada, las manos y la cara ennegrecidas. El terciopelo azul, los aretes, la crucecita desaparecían bajo una capa grasienta. Pero lo que acabó de exasperarla fué el ver los bolsillos del delantal llenos de tierra. Agachóse y los vació, sin respeto al enlosado blanco y rosa de la tienda. Después no pudo pronunciar más que estas paabras, tirando de Paulina:

—Venga usted saco de basura.

Mademoiselle Saget que, desde el fondo de su

negro sombrero, se regocijaba infinito con aquella escena, atravesó rápidamente la calle de Rambuteau. Sus menudos pies no tocaban apenas el empedrado, un goce indecible la impulsaba, como un soplo lleno de acariciadoras cosquillas. ¡Por fin sabía! Después de un año o cerca de él que llevaba ardiendo de curiosidad, he aquí que poseía a Florencio, enterito, y de repente. Era un contento inesperado, que la curaba de una especie de enfermedad, porque bien que comprendía que aquel hombre habría acabado por hacerla morir a fuego lento si hubiera continuado negándose mucho tiempo a los ardores de su curiosidad. Ahora, el barrio entero de los Mercados le pertenecía; no había ya laguna en su cabeza; habría podido contar la vida y milagros de cada calle, tienda por tienda. Y exhalaba débiles suspiros de pismo al entrar en el pabellón de las frutas.

—¡Eh! ¡Mademoiselle Saget! —gritó la Sarriette desde su puesto. —¿Quiere usted acaso reirse sola?... ¿Le ha tocado a usted el premio gordo de la lotería?

—¡No, no, hija mía!... ¡Ah! Si usted supiera...

La Sarriette estaba adorable en medio de sus frutas, y con su descuido de muchacha guapa. El rizado cabello le caía sobre la frente, formando como pámpanos. Sus brazos desnudos, su desnudo cuello, todo lo que dejaba ver desnudo y de color de rosa, ostentaba una frescura de melocotón y de cereza. Por coquetería infantil se había colocado unas guindas de las orejas, guindas negras que le saltaban sobre las mejillas cuando se inclinaba sonora de carcajadas. Lo que la divertía tanto era que comía grosellas, y las comía manchándose la boca, hasta la nariz y la barbilla; tenía la boca colorada, una boca pinta-

rrajeadá, fresca por el jugo de las grosellas, como pintada y perfumada por algún afeite de serrallo. De sus faldas emanaba olor de ciruelas. Su pañoleta mal atada olía a fresas.

Y, en la estrecha tiendecilla, en torno de ella, se amontonaban las frutas. Detrás, a lo largo de los estantes, había hileras de melones, de rugosa corteza. En el escaparate, los frutos delicados, colocados cuidadosamente en cestas planas, tenían redondeces de mejillas que se esconden, rostros de niñas bonitas medio entrevistas tras una cortina de hojas; sobre todo los melocotones, los enrojecidos Montreuil, de piel fina y clara como hijos de Norte, y los melocotones del mediodía, amarillos y quemados, con la tez de las hijas de Provenza. Los albaricoques adquirían sobre el musgo tonos de ámbar, esos colores de puesta de sol que caldean la nuca de las morenas en el sitio en que se rizan los pelillos. Las cerezas, colocadas una por una, parecían labios demasiado estrechos de china que sonreía; las de Montmorency, labios robustos de mujer gruesa; las inglesas, más alargadas y más graves; las guindas, carne común, negra, magullada a besos; las mollares, manchadas de blanco y rosa, de sonrisa a la vez alegre y enojada. Las manzanas, las peras se amontonaban, con regularidades de arquitectura, formando pirámides, mostrando rojeces de pechos nacientes, hombros y caderas dorados, toda una desnudez discreta en medio de hojas de helechos; eran de pieles diferentes, las manzanas rojas, las asperiegas deformadas, las camuesas de blanco traje, las Canadá sanguíneas, las castañeras de color de barro, las reinitas rubias, con motas encarnadas; además, las variedades de peras, las blanquillas, las de Inglaterra, las de agua, las sanjuaneras, las duquesas, grandes, alargadas, con cue-

llos de cisne u hombros apopléticos, con vientres amarillos o verdes con un punto de carmín. A su lado, las transparentes ciruelas mostraban dulzuras cloróticas de virgen; las claudias empalidecidas como una flor de inocencia; las mirabeles se desgranaban como las perlas de oro de un rosario, olvidado en una caja con palitos de vainilla. Y las fresas también, exhalaban un perfume fresco, un perfume de juventud, sobre todos las pequeñas, las que se cogen en el bosque, más aun que las fresas gordas de jardín, que huelen a la insipidez de las regaderas. Las frambuesas añadían cierto aroma a aquel olor puro. Las grosellas, las avellanas se reían con mohines despabilados; en tanto que las cestas de uvas, racimos pesados, cargados de embriaguez, se pasmaban en el borde de la bandeja de mimbre, dejando caer sus granos enrojecidos por las voluptuosidades demasiado cálidas del sol.

La Sarriette vivía allí como en un huerto, con marcos de aromas. Las frutas a bajo precio, las cerezas, las ciruelas, las fresas, amontonadas delante de ella en cestas planas, adornadas con papeles, se magullaban, manchaban el escaparate de un jugo fuerte que humeaba con el calor. En julio, en aquellas ardorosas tardes, cuando los melones la rodeaban de un poderoso vapor de musgo, también la Sarriette sentía que la cabeza se le iba. Entonces, embriagada, exhibiendo más carne bajo la pañoleta, apenas madura y con la frescura de la primavera, causaba tentaciones a la boca, inspiraba deseos de robo. Era ella, eran sus brazos, era su cuello lo que daba a sus frutas aquella vida amorosa, aquella tibieza satinada de mujer. Debajo del puesto de venta, al lado del de la Sarriette, una vieja vendedora, una borracha espantosa, no tenía en el

escaparate más que manzanas arrugadas, peras machuchas colgantes como pechos vacíos, albarricoques cadavéricos, de un infame color amarillo de hechicera. Pero la Sarriette convertía su escaparate en una gran voluptuosidad desnuda. Sus labios habían puesto allí una por una las cerezas, rojos besos; de su corpiño dejaba caer los melocotones sedosos; prestaba a las ciruelas su más delicada piel, la piel de sus sienes, la de su barbilla, la de las comisuras de sus labios; dejaba fluir un poco de su roja sangre en las venas de las grosellas. Sus ardores de hermosa muchacha comunicaban una especie de celo a aquellos frutos de la tierra, a todas aquellas simientes, cuyos amores se terminaban sobre un lecho de hojas, en el fondo de las alcobas adornadas de musgo de las pequeñas cestas. Detrás de su tienda, la calle de las flores tenía un olor soso, comparado con el aroma de vida que se exhalaba de sus empezadas cestas y de sus deshechos vestidos.

Aquel día, la Sarriette, estaba embriagada por entero con la llegada de una gran partida de mirabeles que atestaban el mercado. Bien comprendió que mademoiselle Saget tenía alguna noticia gorda, y quiso hacerle charlar; pero la vieja, dando golpecitos de impaciencia con los pies, le dijo:

—No, no; no tengo miedo... Corro a ver a madame Lecœur... ¡Ah! Sé cosas magníficas... Venga usted, si quiere...

Lo cierto era que no había atravesado el pabellón de las frutas más que para enganchar a la Sarriette. Esta no pudo resistir a la tentación. El señor Julio estaba allí, columpiándose en una silla, afeitado y fresco como un querubín.

—Guárdame un momento la tienda, ¿quieres?... Yo vuelvo en seguidita.

Pero él se levantó y le gritó con voz gruesa, cuando la joven daba la vuelta a la calle:

—¡Ah, no, Lisette! Yo me largo, ¿sabes? No quiero llevarme un plantón de una hora como el otro día... Además, tus ciruelas me dan dolor de cabeza.

Y se marchó tranquilamente. La tienda se quedó sola. Mademoiselle Saget hacía correr a la Sarriette. En el pabellón de la manteca, una vecina les dijo que madame Lecœur estaba en los sótanos. La Sarriette bajó en su busca, en tanto que la solterona se instalaba en medio de los quesos.

Abajo, la cueva es muy sombría; a lo largo de las callejuelas, los depósitos están provistos de una tela metálica de mallas muy finas, por temor a los incendios; los mecheros de gas, muy raros, forman manchas amarillas sin rayos, en la neblina nauseabunda, que se hace más pesada bajo el aplastamiento de la bóveda. Pero madame Lecœur trabajaba la manteca en una de las mesas colocadas a lo largo de la calle Berger. Los tragaluces dejaban caer una luz pálida. Las mesas, continuamente lavadas por el agua corriente de los grifos, tienen blancuras de mesas nuevas. Volviendo la espalda a la bomba del fondo, la vendedora petrificaba "la *maniotte*", en medio de una caja de encina. Tomaba de al lado de ella las diferentes muestras de manteca, las mezclaba, las corregía una por otra, de la misma manera que se emplea para la mezcla de vinos. Doblada en dos, puntiagudos los hombros, delgados y nudosos los brazos, como rodrigones, desnudos hasta los hombros, madame Lecœur hundía furiosamente los puños en aquella pasta grasa que tomaba un aspecto blancuzco y gredoso. Sudaba y exhalaba un suspiro a cada esfuerzo.

—Mademoiselle Saget quería hablar con usted tía—dijo la Sarriette.

Madame Lecœur se detuvo; y se echó la cofia hacia los ojos con los dedos llenos de manteca, y sin parecer cuidarse de las manchas.

—Ya acabo; que espere un instante—respondió.

—Tiene que decirle a usted algo interesantísimo.

—Un minuto tan sólo, hija mía.

Había hundido de nuevo los brazos. La manteca se le subía hasta los codos. Ablandaba previamente con agua tibia, aceitaba su carne de pergamino, haciendo resaltar las gruesas venas violeta que la costuroneaban la piel, parecidas a rosarios de varices reventadas. La Sarriette sentía asco por aquellos feos brazos, encarnizándose en medio de aquella masa que se fundía. Pero recordaba el oficio; en otro tiempo, ella también metía en la manteca sus adorables manos, por espacio de tardes enteras; y aquello mismo era su pasta de almendras, un unguento que le conservaba la piel blanca, las uñas rosas, y cuya blancura parecía haber conservado sus finos dedos. De manera que al cabo de un rato de silencio, repuso:

—Hoy, tía la *maniotte* no será muy famosa... Tiene usted ahí unas mantecas demasiado fuertes.

—Muy bien que lo sé—dijo Madame Lecœur entre dos gemidos.—Pero ¿qué quieres? Todo se ha de hacer pasar... Hay gente que quiere pagar barato, pues se le da cosa barata... ¡Bah! Siempre es demasiado buena para los parroquianos.

Pensaba la Sarriette que no comería por su gusto manteca trabajada por los brazos de su tía. Miró un tarrito lleno de una especie de tintura encarnada.

—El *raucourt* este es demasiado claro—murmuró.

El *raucourt* sirve para dar a la manteca trabajada un hermoso color amarillo. Las vendedoras creen guardar religiosamente el secreto de esa tintura, que proviene sencillamente de la semilla de la bija, árbol de América; es verdad que ellas la fabrican con zanahorias y con flores de caléndulas.

—Bueno, ¿acaba usted de una vez?—dijo la joven, que se impacientaba y que no estaba acostumbrada ya al olor infecto del sótano.—Mademoiselle Saget se habrá largado tal vez... Debe de saber cosas muy graves acerca de mi tío Gavaud.

Al oír eso, madame Lecœur dejó de trabajar de golpe. Abandonó la masa y la tintura. Ni siquiera se enjugó los brazos. Con un ligero golpe se arregló de nuevo la cofia, mientras andaba en pos de su sobrina, repitiendo con inquietud al subir la escalera:

—¿Crees que no nos habría esperado?

Pero se tranquilizó en seguida al ver a mademoiselle Saget en medio de los quesos. A la solterona no se la había ocurrido ni por pienso el irse. Las tres mujeres se sentaron en el fondo de la estrecha tienda. Estaban allí unas encima de otras, hablándose con la nariz en el rostro. Mademoiselle Saget guardó silencio por espacio de dos minutos largos; después, cuando vió a las otras dos abrasándose de curiosidad, dijo con voz puntiaguda:

—¿Saben ustedes ese Florencio?... Bueno, pues ahora ya puedo decirles de dónde viene.

Y las dejó un nuevo instante pendientes de sus labios.

—Viene de presidio—dijo por fin, apagando terriblemente la voz.

Alrededor de ellas, los quesos hedían. Sobre los dos estantes de la tienda, en el fondo, se alineaban enormes pellas de manteca; las mantecas de Bretaña, en cestas, se desbordaban; las de Normandía, envueltas en tela, parecían esbozos de vientres, sobre los cuales había echado un escultor mojados paños; otras pellas, empujadas, cortadas por los anchos cuchillos como rocas a pico, llenas de valles y de cortaduras, eran como cúspides desmoronadas, doradas por la palidez de un sol de otoño. Bajo la mesa del mostrador de mármol rojo vetado de gris, las cestas de huevos ponían una blancura de greda; y en cajas, en encellas de paja, los quesos de Bondon puestos unos sobre otros, y los de Gournay colocados planos como medallas, formaban lienzos más sombríos, manchados de tonos verduscos. Pero sobre todo, donde se amontonaban los quesos era sobre la mesa. Allí, al lado de los panes de manteca por libras, en hojas de acelga, se alargaba un cantal gigante, como hendido a hachazos; después venía un chester de color de oro, un gruyera parecido a una rueda caída de algún carro bárbaro; los de Holanda, redondos como cabezas cortadas, embadurnadas de sangre seca, con esa dureza de cráneo vacío que les hace ser llamados cabezas de muerto. Un parmesano, en medio de aquella pesadez de pasta cocida, añadía su punto de olor aromático. Tres brie, sobre planchas redondas, tenían melancolías de lunas extinguidas; dos, muy secos, estaban en la fase plena; el tercero, en el segundo cuarto, fluía, se vaciaba en una crema blanca, extendida como un lago y devastando las delgadas planchitas, con ayuda de las cuales se había intentado en vano contenerle. Los portsalut, parecidos a discos antiguos, mostraban en exergo el nombre impreso de los fabricantes. Un ros

mantour, vestido con su papel de plata, hacia pensar en una barra de turrón, de un queso azucarado, perdido entre aquellas fermentaciones acres. Los roquefort, también, bajo campanas de cristal, adquirirían mohines principescos, rostros jaspeados y grasos, veteados de azul y amarillo, como atacados de una enfermedad vergonzosa de las personas ricas que han comido demasiado trufas; en tanto que, en un plato, a su lado, los quesos de cabra, tan pequeños como el puño de un niño, duros y grisáceos, recordaban los guijarros que los machos cabríos, al conducir su rebaño, hacen rodar en los senderos pedregosos. Entonces comenzaban las hediondes; los mont-d'or, de amarillo claro, exhalando un olor dulzón; los troyes, muy espesos, magullados en los bordes, de aspereza ya más fuerte, añadiendo una fetidez de sótano húmedo; los camembert, los limburgos, los márrolles, los pont-l'èveque, cuadrados, poniendo cada cual su nota aguda y particular en aquella frase ruda hasta la náusea; los livarot, teñidos de rojo, temibles para la garganta como un vapor de azufre; después, finalmente, por encima de todos los otros, los olivet, envueltos en hojas de nogal, como las materias corrompidas que los aldeanos cubren de ramas, en el borde de un campo, humeantes al sol. La cálida tarde había ablandado los quesos; las manchas florecidas de las cortezas se fundían, se barnizaban con ricos tonos de cobre y de cardenillo, parecidas a heridas mal cerradas; bajo las hojas de encina, un soplo levantaba la piel de los olivet, que latía como un pecho, con aliento lento y grueso de hombre dormido; una ola de vida había agujereado un livarot, que por aquel agujero paría un pueblo de gusanos. Y detrás de las balanzas, en su delgada caja, un Gerardmer anisado exhalaba tal infección,

que habían caído moscas en torno de la caja, sobre el rojo mármol veteado de gris. Mademoiselle Saget tenía este último queso casi debajo de la nariz. Retrocedió, apoyó la cabeza en las grandes hojas de papel, amarillas y blancas, colgadas por una esquina en el fondo de la tienda.

—Sí—repitió haciendo una mueca de disgusto.—Viene de presidio... ¿Eh? ¿qué tal? ¿Les parece a ustedes que los Quénu-Gradelle pueden echar roncas?

Pero madame Lecœur y la Sarriette lanzaban exclamaciones de asombro. No era posible. ¿Qué había hecho para ir a presidio? ¿Quién hubiera sospechado nunca que aquella madame Quénu, aquella virtud que era la gloria del barrio, fuese a escoger un amante de presidio?

—No, no, no están ustedes en lo cierto—exclamó la vieja impacientada.—Escúchenme... Bien sabía yo que había visto en alguna parte a ese gran petardista...

Les refirió entonces la historia de Florencio. Ahora recordaba un vago rumor que había corrido hacia tiempo, acerca de un sobrino del viejo Gradelle que había sido enviado a Cayena por haber matado a seis gendarmes en una barricada; la vieja había llegado a verle una vez, en la calle Pirouette. Era el mismo, era el falso primo. Y la solterona se lamentaba, añadiendo que perdía la memoria, que estaba ya acabada, que pronto no sabría nada ya. Y lloraba esta muerte de su memoria, como un erudito que viera arrebatadas por el viento las notas reunidas con el trabajo de una existencia entera.

—¡Seis gendarmes!—murmuró la Sarriette con admiración.—¡Buenos puños debe de tener ese hombre!

—Y ha hecho otras muchas cosas—añadió

mademoiselle Saget.—No les desco a ustedes que se topen con él a media noche.

—¡Qué bandido!—balbuceó madame Lecœur, por completo asustada.

El sol oblicuo penetraba en el pabellón, y los quesos hedían con más fuerza. En aquel momento, el que dominaba sobre todo era el marolles; lanzaba poderosas emanaciones, un olor de literatura vieja en la insipidez de las pellas de manteca. Después el viento pareció girar; bruscamente llegaron a las tres mujeres olores de limburgo, agrios y amargos, como estertores de gargantas de moribundos.

—Pero—repuso madame Lecœur,—entonces es el cuñado de la gorda Lisa... No ha dormido con ella...

Se miraron las tres, sorprendidas por aquel aspecto del nuevo caso de Florencio. Les molestaba el tener que abandonar su primera versión. La vieja señorita se arriesgó a decir, encogiéndose de hombros:

—No impediría lo uno a lo otro... Aunque, a decir la verdad, me parecería una cosa muy... En fin, yo no pondría las manos en el fuego.

—Además—hizo observar la Sarriette,—tendría que ser cosa pesada; y ahora no dormiría ya con Lisa, puesto que le ha visto usted con las dos Méhudin.

—Sí, señor, sí, como la veo a usted, hermosa mía—exclamó mademoiselle Saget, picada y creyendo que se dudaba de su veracidad.—Todas las noches está entre las faldas de las Méhudin... Por otra parte, a nosotras nos es igual. Que se haya acostado con quien haya querido, ¿no? Nosotras somos mujeres honradas... ¡Valiente pillo!

—Oh, eso sí!—concluyeron las otras dos.—Es un bandido completo.

Finalmente, la historia iba a parar a lo trágico. Las tres se consolaban del dolor de perdonar a la bella Lisa, contando con que Florencio ocasionaría alguna espantosa catástrofe. Evidentemente, éste tenía malos intentos; esas gentes no se escapan más que para trastornarlo todo; además un hombre semejante no podía haber entrado en los Mercados sin “urdir alguna trama”. Entonces hicieron suposiciones prodigiosas. Las dos vendedoras declararon que iban a añadir una cadena a sus depósitos; la Sarriette llegó hasta recordar que la semana anterior le habían robado un cesto de melocotones. Pero mademoiselle Saget las aterrorizó al decirles que los “rojos no procedían de aquel modo”. ¡Valiente cosa les importaba un cesto de melocotones! Se reunían doscientos o trescientos para matar a todo el mundo, para saquear a sus anchas. Esto era política, decía con la superioridad de una persona instruida. Madame Lecœur se puso mala; veía los Mercados lanzando llamas una noche en que Florencio y sus cómplices se ocultaran en el fondo de los sótanos para lanzarse desde allí sobre París.

—¡Oh, y ahora que caigo en ello! Está también la herencia del tío Gradelle... ¡Anda, anda! ¡Los Quénu no se reirán, no!

Estaba llena de regocijo. Los comadrazgos cambiaron de bisiesto. Las tres cayeron sobre los Quénu, en cuanto la solterona hubo contado la historia del tesoro, que sabía con pelos y señales. Hasta citaba la cifra de ochenta y cinco mil francos, sin que Lisa ni su marido recordaran haberla confiado a nadie absolutamente. No importaba; los Quénu no habían entregado su parte al “larguirucho”. Iba éste demasiado mal vestido. Quizá no sabía siquiera la historia del tesoro. Todos eran ladrones, aquellos individuos.

Después, acercaron más las cabezas, bajando la voz, y diciendo que sería quizá peligroso tomarla con la bella Lisa, pero que era menester "dar su merecido al rojo", para que no siguiera comiéndose el dinero de aquel pobre señor Gavard.

Al pronunciarse el nombre de Gavard, hubo un instante de silencio. Las tres se miraron, con aire de prudencia. Y al resollar un poco, lo que sobre todo olieron fué el camembert. El camembert, con su tufillo de carne de venado, había vencido a los olores menos penetrantes del marolles y del limburgo; ensanchaba sus exhalaciones, ahogaba los otros olores bajo una abundancia sorprendente de alientos infectos. Entre tanto, en medio de aquella frase vigorosa, el parmesano lanzaba a intervalos un son débil de flauta campestre; en tanto que los brie ponían sosas dulzuras de tamboriles húmedos. Hubo una *reprise* sofocante del livarot. Y esta sinfonía se mantuvo un momento en una nota aguda del Gérardmer anisado, prolongada en calderón de órgano.

—He visto a madame Léonce—añadió mademoiselle Saget, con un guiño de ojos significativo.

Entonces las otras dos prestaron gran atención. Madame Léonce era la portera de Gavard, en la calle de la Cossonnerie. Allí habitaba una casa vieja, cuyos bajos estaban ocupados por un almacénista de limones y naranjas, que había hecho pintar la fachada de azul hasta el segundo piso. Madame Léonce le cuidaba la casa, guardaba las llaves de los armarios, le subía la tisana cuando estaba resfriado. Era una mujer severa, de cincuenta y tantos años, que hablaba lentamente, de un modo interminable; un día se había incomodado, porque Gavard le había

pellizcado el talle; lo cual no le impidió ponerle sanguijuelas, en un sitio delicado a consecuencia de una caída que se había dado. Mademoiselle Saget, que todos los miércoles por la noche, iba a tomar café a su quiosco, trabó con ella una amistad más estrecha aun cuando el comerciante de aves fué a vivir a la casa. Hablaban las dos del digno sujeto, por espacio de horas enteras; le querían mucho; deseaban su felicidad.

—Sí; he visto a madame Léonce—repitió la vieja.—Anoche tomamos café juntas... Le encontré muy apenada. Parece ser que el señor Gavard no vuelve nunca antes de la una de la noche. El domingo, la portera le subió caldo, porque le había visto el rostro en extremo desencajado.

—¡Oh! Bien sabe lo que hace, bien...—dijo madame Laccœur, a quien inquietaban los cuidados de la portera.

Mademoiselle Saget creyó que debía defender a su amiga.

—De ningún modo, se equivoca usted... Madame Léonce está muy por cima de su posición... Es una mujer muy como se debe... ¡Oh, bien! Si quisiera untarse las manos, en casa del señor Gavard, hace mucho tiempo que no habría tenido más que bajarse... Parece que Gavard lo deja todo por medio.... Precisamente de esto es de lo que quiero hablar a ustedes. Pero silencio, ¿eh? Se lo digo en secreto, secreto inviolable.

Las dos juraron por lo más sagrado, que serían mudas. Echaron la cabeza hacia adelante. Entonces la otra dijo solemnemente:

—Sepan ustedes, pues, que el señor Gavard parece otro desde hace algún tiempo... Ha comprado armas, una gran pistola que da vueltas, ¿saben ustedes? Madame Léonce dice que es un

horror, que esa pistola está siempre sobre la chimenea o sobre la mesa, y que ya no se atreve a limpiar el polvo... Y esto no es nada. Su dinero...

—Su dinero...—repitió madame Lecœur, cuyas mejillas echaban llamas.

—Pues no tiene ya acciones; las ha vendido todas, y ahora tiene en un armario un montón de oro...

—¡Un montón de oro!—dijo entusiasmada la Sarriette.

—Sí, un gran montón de oro. Está colocado sobre una tabla. Aquello deslumbra. Madame Léonce me ha contado que una mañana el señor Gavard abrió el armario delante de ella, y que le hizo daño en los ojos de lo que brillaba.

Hubo un nuevo silencio. Los párpados de las tres mujeres latían, como si hubiesen visto el montón de oro. La Sarriette fué la primera en echarse a reír, murmurando:

—¡Yo, si mi tío me diera todo eso, poco que me divertiría con Julio... No nos levantaríamos nunca, y haríamos que nos subieran cosas buenas de la fonda.

Madame Lecœur estaba como anonadada bajo el peso de aquella revelación, bajo aquel oro que ya no podía apartar de sus ojos. La envidia le oprimía los costados. Finalmente levantó los delgados brazos, las secas manos, cuyas uñas estaban cubiertas de manteca solidificada, y no pudo hacer más que balbucear, con acento lleno de angustia:

—No hay que pensar en ello; me hace demasiado daño.

—¡Oh! Eso sería la fortuna de usted, si ocurriera algún accidente—dijo mademoiselle Seget.—Yo en su lugar—añadió,—velaría por mis intereses... Comprenda usted que esa pistola no

indica nada bueno. El señor Gavard está muy mal aconsejado. Todo esto acabará muy mal.

Volvieron a hablar de Florencio, a quien des-cuartizaron con más furor todavía que antes. Luego, reposadamente, calcularon a dónde podían llevar todas aquellas historias a Florencio y a Gavard. Muy lejos, con toda seguridad, si tenían la lengua demasiado larga. Entonces, juraron las tres, por lo que las concernía, que no habían de abrir la boca; no porque aquel canalla de Florencio mereciese la menos consideración, sino porque a toda costa era preciso evitar que el digno señor Gavard se viera comprometido. Habíanse levantado; y cuando se iba mademoiselle Saget:

—Bueno, pero en caso de accidente—preguntó la vendedora de manteca,—¿cree usted que podría una fiarse de madame Léonce?... ¿Será ella, tal vez, la que tenga la llave del armario?

—Ya me pide usted demasiado—respondió la solterona.—Yo la creo una mujer honradísima; pero, al fin y a la postre, no sé... Hay circunstancias... En fin, yo las he prevenido a ustedes dos; esto es asunto de ustedes.

Estaban las tres en pie, saludándose, entre el olor final de los quesos. En aquel momento, todos lo exhalaban a la vez. Era una cacofonía de soplos infectos, desde las blanduchas pesadeces del gruyera y del holandá, hasta los puntos alcalinos del olivet. Había los ronquidos apagados del cantal, del chester, de los quesos de cabra, parecidos a un amplio canto de bajo, sobre los cuales se destacaban, en notas picadas, las pequeñas humaredas bruscas de los neufchatel, de los troyes y de los mont-d'or. Después los olores se despavorían, rodaban unos sobre otros, se espesaban con los vahos del port-salut, del limburgo, del Gerardmer, del marolles, del livarot,

de pont-l'éveque, confundidos poco a poco, mezclados en una sola explosión de hediondeces. Esta se desparramaba, se sostenía, en medio de la vibración general, con un vértigo continuo de náusea y una fuerza terrible de asfixia. Y entre tanto, parecía que eran las perversas palabras de madame Lecœur y de mademoiselle Saget las que exhalaban un mal olor tan fuerte.

—La doy a usted un millón de gracias—dijo la vendedora de manteca.—¡Ah! Si alguna vez llego a ser rica, yo la recompensaré.

Pero la vieja no se iba. Tomó un bondon, le dió vueltas, lo volvió a colocar sobre la mesa de mármol. Después, preguntó cuánto costaba.

—Para mí ¿eh?—añadió con una sonrisa.

—Para usted nada—respondió madame Lecœur.—Yo se lo regalo a usted.

Y repitió:

—¡Ah! Si yo fuera rica...

Entonces mademoiselle Saget le dijo que ya le llegaría la ocasión. El queso había desaparecido ya en el cestito. La vendedora de manteca bajó de nuevo a los sótanos, en tanto que la vieja solterona acompañaba a la Sarriette hasta su tienda. Ya en ella, hablaron un instante del señor Julio. Las frutas, en torno de ellas, exhalaban sus frescos olores de primavera.

—Aquí huele mejor que en casa de su tía de usted. Me estaba poniendo mala hace un momento. ¿Cómo se las compone para vivir allí dentro?... Al menos aquí huele bien y dulce... Esto la pone a usted de color de rosa, preciosa mía.

La Sarriette se echó a reír. Le gustaban mucho los cumplidos. Después vendió una libra de mirabeles a una señora, diciéndole que eran un puro azúcar.

—Yo también compraría mirabeles—murmuró

ró mademoiselle Saget cuando la señora se hubo marchado.—Sólo que necesito tan pocos... Una mujer sola... ¿comprende usted?

—Tome usted un puñado, pues—exclamó la linda morena.—No será eso lo que me arruine... Envieme usted a Julio, ¿oye? si me quiere usted hacer el favor. Debe de estar fumándose el cigarro en el primer banco, al salir de la gran calle, a la derecha.

Mademoiselle Saget había alargado los dedos para tomar el puñado de mirabeles, que fué a hacer compañía al queso en el fondo del cesto. Fingió que quería salir de los Mercados; pero dió un rodeo por las calles cubiertas, andando lentamente, y pensando en que los mirabeles y el bondon componían una comida en extremo frugal. De ordinario, después de su vuelta de la tarde, cuando no había logrado hacerse llenar el cesto por las vendedoras, a quienes llenaba de mimos y de historias, se veía reducida a las sobras. Solapadamente volvió al pabellón de la manteca. Allí, por el lado de la calle Berger, detrás de los puestos de los vendedores de ostras, se hallan los de las carnes cocidas. Cada mañana, pequeños coches cerrados, en forma de cajas, forrados de zinc y provistos de tragaluces, se detienen a las puertas de las grandes cocinas y se llevan mezcladas las sobras de las fondas, de las embajadas, de los ministerios. La elección se efectúa en los sótanos. Desde las nueve, se ostentan los platos, arreglados, a tres y a cinco sueldos, con pedazos de carne, de caza, cabezas o colas de pescados, legumbres, salchicheria, hasta postres, pasteles apenas empezados y bombones casi enteros. Los muertos de hambre, los empleados modestos, las mujeres tiritantes de fiebre, forman cola allí; y a veces los pilluelos abroncan a los pálidos rateros, que compran mi-

rando solapadamente, acechando si les ve alguien. Mademoiselle Saget se deslizó delante de una tienda, cuya propietaria ostentaba la pretensión de no vender más que sobras salidas de las Tullerías. Un día, la vendedora le había hecho tomar una rebanada de jigote, afirmándole que procedía del plato del Emperador. Aquel pedazo de carne, comido con cierta altanería, era como un consuelo para la vanidad de la vieja señorita. Si se escondía, era, por otra parte, para conservar la entrada en las tiendas del barrio, por las que rodaba sin comprar nada nunca. Su táctica consistía en enfadarse con los tenderos una vez que conocía su historia; entonces iba a casa de los otros, les abandonaba, hacía las paces con los primeros, daba la vuelta a los Mercados; de manera que acababa por instalarse en todas las tiendas. Hubiérase creído que hacía provisiones formidables, cuando en realidad vivía de regalos y de sobras pagadas con su dinero cuando no podía pasar por otro punto.

Aquella tarde no había más que un anciano delante de la tienda. Estaba olfateando un plato de pescado y carne mezclados. Mademoiselle Saget olió por su parte un lote de fritura fría. Era de tres sueldos. Regateó, y la obtuvo por dos sueldos. La fritura fría desapareció en el cesto. Pero llegaban otros compradores, y las narices se acercaban a los platos con movimiento uniforme. El olor del escaparate era nauseabundo; un olor de vajilla grasienta y de fregadero mal lavado.

—Venga usted mañana a verme—dijo la tendera a la vieja.—Le guardaré a usted algo bueno... Esta noche hay una gran comida en las Tullerías.

Mademoiselle Saget prometía ir cuando, al volverse, vió a Gavard que había oído y que la

miraba. Se puso coloradísima, encogió los flacos hombros y se fué sin parecer que le conocía. Pero Gavard la siguió un instante, encogiéndose de hombros y refunfuñando que no le extrañaba ya la maldad de aquella arpía, "desde el momento que se envenenaba con las porquerías que habían hecho regoldar a los de las Tullerías.

A partir del día siguiente, corrió por los Mercados un apagado rumor. Madame Lecœur y la Sarriette cumplían sus grandes juramentos de discreción. En tales circunstancias, mademoiselle Saget se mostró hábil en grado superlativo; se calló, dejando a las otras dos el cuidado de esparcir la historia de Florencio. Al principio fué un relato entrecortado, palabras sueltas que se pronunciaban en voz muy baja; después, las diversas versiones se fusionaron, se aumentaron los episodios, y se formó una leyenda, en la cual representaba Florencio el papel de coco. Había matado a diez gendarmes en la barricada de la calle Grénete; había regresado en un barco de piratas que lo degollaban todo en el mar; desde su llegada se le veía vagar por la noche, rodeado de hombres sospechosos, de quienes debía de ser el jefe. Allí la imaginación de las vendedoras se lanzaba a volar libremente y soñaba las cosas más dramáticas: una partida de contrabandistas en pleno París, o bien una extensa asociación que centralizaba los robos cometidos en los Mercados. Se compadecía mucho a los Quénu-Gradelle, sin dejar de hablar malvadamente de la herencia. Esta herencia apasionó los ánimos. La opinión general fué que Florencio había vuelto para tomar su parte en el tesoro. Sólo que, como era poco explicable que la partición no se hubiera hecho todavía, se explicó que Florencio aguardaba una ocasión favorable para embolsárselo todo. Un día se encontraría, con toda se-

guridad, a los Quénu-Gradelle asesinados. Ya se contaba que cada noche había espantosas riñas entre los dos hermanos y la bella Lisa.

Cuando estos cuentos llegaron a oídos de la bella Normanda, ésta se echó a reír encogiéndose de hombros:

—¡Vayan enhorabuena!—dijo ésta,—no le conocen ustedes... El pobre hombre es dulce como un cordero...

Acababa la Normanda de rechazar rotundamente la mano del señor Lebigre, que había intentado dar un paso oficial. Hacía dos meses que, cada domingo, daba a las Méhudin una botella de licor. Rosa era la que les llevaba la botella, con su aire de sumisión. Siempre recibía el encargo de algún cumplido para la Normanda, de una frase amable que repetía fielmente, sin parecer enojada ni por asomo con el extraño encargo. Cuando el señor Lebigre se vió despedido, para demostrar que no estaba incomodado y que conservaba la esperanza, envió a Rosa, al domingo siguiente, con dos botellas de champagne y con un gran ramo de flores. Precisamente fué a la hermosa pescadera a quien se lo entregó todo, recitando de un solo aliento, este madrigal de tabernero:

—El señor Lebigre ruega a usted que se beba esto a su salud, que está muy quebrantada por lo que usted sabe. Espera que se dignará usted curarle algún día, siendo para él tan hermosa y tan buena como esas flores.

La Normanda se regocijó en gran manera con el aire entusiasmado de la criada. La turbó al hablarle de su amo, que era muy exigente, según se decía. Preguntó a la muchacha si quería mucho al señor Lebigre, si éste llevaba firantes, si roncaba de noche. Después, le hizo llevarse otra vez el champagne y el ramo.

—Diga usted al señor Lebigre que no la envíe a usted más... Es usted demasiado buena, niña. Me irrita el verla a usted tan dulce, con las botellas debajo del brazo. ¿No puede usted arañar a su amo?

—¡Caramba! El quiere que venga—respondió Rosa yéndose.—Hace usted mal en disgustarle... Es muy buen señor...

La Normanda había sido conquistada por el carácter tierno de Florencio. Continuaba presenciando las lecciones de Muche, por la noche, bajo la lámpara, y soñaba que se casaba con aquel hombre tan bueno para los niños; ella conservaba su puesto de pescadera; él llegaba a un destino elevado en la administración de los Mercados. Pero este sueño se estrellaba contra el respeto que el profesor le demostraba; la saludaba y guardaba las distancias, cuando ella habría querido reirse con él, dejarse hacer cosquillas, amar como ella sabía amar. Aquella resistencia sorda fué la que le hizo alimentar la idea del matrimonio. Se imaginaba grandes goces de amor propio. Por otra parte, Florencio vivía más alto y más lejos. Quizá habría cedido, de no haberse sentido tan ligado al pequeñuelo Muche; además, el pensamiento de tener una querida en aquella casa, al lado de la madre y de la hermana, le repugnaba.

La Normanda supo con grandísima sorpresa la historia de su enamorado. Este no había abierto nunca la boca para hablar de ello. La joven le regañó. Aquellas aventuras extraordinarias pusieron un punto más picante en su ternura. Entonces, por espacio de varias noches, fué preciso que Florencio le contara todo lo que le había sucedido. La Normanda temblaba al pensar en que la policía pudiese llegar a descubrirle; pero él la tranquilizaba, y decía que la historia

era demasiado vieja, y que la policía ya no había de molestarle. Una noche le habló de la mujer del boulevard Montmartre, de aquella señora de capota de color de rosa, cuyo agujereado pecho le había llenado las manos de sangre. Aún pensaba en ella con frecuencia; había paseado aquel recuerdo bajo las noches claras de la Guayana; había vuelto a Francia con el ensueño loco de volver a hallarla en una acera, bajo un sol hermoso, por más que aún sintiera su pesadez de muerta sobre sus piernas. Sin embargo, quizá se habría levantado. A veces en las calles había recibido un golpe en el pecho, creyendo verla. Seguía las capotas de color de rosa, los chales que caían sobre los hombros, con escalofríos en el corazón. Cuando cerraba los ojos, la veía andar, acercarse a él; pero la dama dejaba caer el chal, y mostraba las dos manchas rojas de su pecho, apareciéndosele de blancura de cera, con ojos vacíos, con labios dolorosos. El gran sufrimiento de Florencio fué por mucho tiempo el no saber su nombre, el no tener de ella más que una sombra, que él llamaba de pesar. Cuando se le presentaba la idea de mujer, era aquella la que se alzaba, la que se ofrecía como la única buena, la única pura. Muchas veces se sorprendió a sí mismo pensando que ella le buscaba en el sitio en que había quedado, que ella le habría dado una vida entera de alegría, si la hubiese hallado unos segundos antes. Y no quería otra mujer, no existía otra para él. Su voz temblaba de tal suerte, al hablar de ella, que la Normanda comprendió, con su instinto de mujer enamorada, y se sintió celosa.

—¡Caramba!—murmuró con maldad.—Vale más que no vuelva usted a verla. No debe de estar muy hermosa a estas horas.

Florencio se puso palidísimo, con el horror de

la imagen evocada por la pescadera. Su recuerdo de amor caía en un osario. No perdonó a la Normanda aquella brutalidad atroz, que desde entonces puso, bajo la adorable capota de seda, la mandíbula saliente y los huecos ojos de un esqueleto. Cuando la Normanda le daba bromas acerca de aquella dama "que había dormido con él en la esquina de la calle Vivienne", Florencio se tornaba brutal y la hacía callar con una palabra casi grosera.

Pero lo que sobre todo sorprendió a la Normanda en aquellas revelaciones, fué el haberse equivocado al creer quitar un amante a la bella Lisa. Esto disminuía su triunfo, y por ello quiso menos a Florencio durante ocho días. Se consoló con la historia de la herencia. La bella Lisa no fué ya para ella una mojigata; fué una ladrona que guardaba los bienes de su cuñado, con aire de hipocresía para engañar al mundo. Cada noche, desde entonces, en tanto que Muche copiaba los modelos de escritura, la conversación iba a parar al tesoro del viejo Gradelle.

—¡Pero habrase visto la idea del viejo!—decía la pescadera riéndose.—Sin duda quería sacar su dinero, cuando lo había metido en un salador... Ochenta y cinco mil francos son una linda cantidad, y tanto más cuanto que los Quénu han mentido, de seguro; quizá había el doble, el triple... Yo les pediría mi parte, y en seguida, en seguida.

—Yo no necesito nada—repetía siempre Florencio.—Ni siquiera sabría qué hacer con ese dinero.

Entonces la Normanda montaba en cólera.

—Bueno, vaya, usted no es hombre. Da lástima... Pero, ¿no comprende usted que los Quénu se burlan de usted? La gorda le da a usted la ropa vieja de su marido... No digo eso por ofen-

derle a usted, sino porque todo el mundo lo nota... Lleva usted un pantalón lleno de grasa, que todo el barrio ha visto en el trasero de su hermano de usted durante tres años... Yo, en lugar de usted, les tiraría a la cara sus guñapos y arreglaría cuentas. Son cuarenta y dos mil quinientos francos, ¿verdad? Pues yo no saldría de allí sin mis cuarenta y dos mil quinientos francos.

Era inútil que Florencio le explicara que su cuñada le ofrecía su parte, que la tenía a su disposición, que era él el que no la quería. Entraba en los más pequeños detalles y procuraba convencerla de la honradez de los Quénu.

—¡Ve a ver si vienen, Juan!—canturreaba la Normanda con voz irónica.—Bien que conozco yo su honradez. La gorda la dobla todas las mañanas y la guarda en su armario de luna, para que no se manche... La verdad es, mi pobre amigo, que me da usted lástima. Se deja usted engañar como un chino; no ve usted más claro que un niño de cinco años. Un día la gorda le meterá a usted su dinero en el bolsillo, y se lo volverá a tomar... La cosa no sería difícil... ¿Quiere usted que vaya yo a reclamar lo que le deben, para ver? Sería graciosísimo, se lo aseguro a usted... O me daban el gato, o les destrozaría toda la casa, palabra de honor.

—No, no; no estaría usted en su lugar—se apresuraba a decir Florencio, asustado.—Yo veré... Quizá necesitaré dinero dentro de poco...

La Normanda dudaba, se encogía de hombros, diciendo entre dientes que Florencio era demasiado blando. De esta suerte, su continua preocupación fué el hacerle chocar con los Quénu-Gradelle, empleando todas las armas, la cólera, el sarcasmo, la ternura. Además, alimentó en su corazón otro proyecto. Cuando se hubiera casa-

do con Florencio, sería ella la que fuese a abofetear a la bella Lisa si no devolvía la herencia. Por la noche, en su cama, soñaba despierta; entraba en casa de la salchichera, se sentaba en el mismo centro de la tienda, a la hora de las ventas, y armaba un escándalo espantoso. De tal manera acarició este proyecto, hasta tal punto llegó a seducirla, que se habría casado únicamente para ir a reclamar los cuarenta y dos mil quinientos francos del viejo Gradelle.

La tía Méhudin, exasperada por los pasaportes dados al señor Lebigre, gritaba por doquiera que su hija estaba loca, que "el larguirucho" le debía de haber hecho beber alguna cochina droga. Cuando conoció la historia de Cayena, se mostró terrible; trató a Florencio de galeote, de asesino, y dijo que no era de extrañar que las pillerías le tuviesen tan flaco. En el barrio era ella quien contaba las versiones más atroces de la historia. Pero en su morada, se contentaba con rezongar, fingiendo que cerraba con llave el cajón de la plata en cuanto llegaba Florencio. Un día, a continuación de una riña con su hija mayor, exclamó la vieja:

—Esto no puede continuar. Ese canalla de hombre es el que te aparta de mí, ¿no es verdad? No me pongas en el disparador, porque iré a denunciarlo a la prefectura, tan cierto como que ahora es de día.

—¡Que irá usted a denunciarle!—repetía la Normanda temblorosa, con los puños crispados.—No hará usted eso... ¡Ah! ¡Si no fuese usted mi madre!...

Clara, testigo de la disputa, se echó a reír, con una risa nerviosa que le desgarraba la garganta. Desde hacia algún tiempo estaba más sombría, más rara, con los ojos enrojecidos, con el rostro completamente blanco.

—¿Bueno, y qué?—preguntó.—Le pegarías... ¿Y a mí me pegarías también, verdad, a mí, que soy tu hermana? Ya lo sé, así hemos de acabar. Yo seré la que vaya a la prefectura, para evitar a mamá la caminata.

Y al ver que la Normanda se ahogaba, balbuceando amenazas, añadió:

—A mí no tendrás el trabajo de pegarme... Al pasar otra vez por el puente, me arrojaré al agua.

Gruesas lágrimas se desprendían de sus ojos. Huyó a su habitación, cerrando la puerta con violencia. La tía Méhudin no volvió a hablar de denunciar a Florencio. En cambio Muche dijo a su madre varias veces que la encontraba hablando con el señor Lebigre en todos los rincones del barrio.

La rivalidad entre la bella Normanda y la bella Lisa adquirió desde entonces un carácter más mudo y más inquietante. Por la tarde, cuando el toldo de la salchichería, de dril gris con franjas de color de rosa, estaba echado, la pescadera gritaba que la gorda tenía miedo, que se escondía. El transparente de la vitrina también exasperaba a la Normanda cuando estaba echado. Representaba, en medio de un raso de bosque, un almuerzo de caza, con señores en traje negro y damas escotadas, que se comían, sobre la hierba amarilla, un pastel rojo tan grande como ellos. No tenía ciertamente miedo la bella Lisa. En cuanto se iba el sol, subía el transparente; desde su mostrador contemplaba tranquilamente, haciendo media, el cuadrado de los Mercados, plantado de plátanos, atestado de un hormiguero de pilluelos que removían la tierra bajo las verjas de los árboles; a lo largo de los bancos, los portadores fumaban sus pipas. En los dos extremos de la acera, dos columnas anunciando

ras estaban como vestidas con un traje de arlequín, por los cuadrados verdes, rojos, amarillos, azules, de los anuncios de los teatros. Lisa vigilaba perfectamente a la Normanda, a pesar de parecer que estaba distraída mirando los coches que pasaban. A veces fingía inclinarse, seguir hasta la estación de la punta de San Eustaquio el ómnibus que va desde la Bastilla a la plaza de Wagram; pero era para ver mejor a la pescadera, que se vengaba del transparente colocando a su vez grandes hojas de papel gris sobre su cabeza y sobre su mercancía, con pretexto de resguardarse del sol poniente. Pero la ventaja quedaba de parte de la bella Lisa. Esta se mostraba muy tranquila, a medida que se aproximaba el golpe decisivo, en tanto que la otra, a pesar de los esfuerzos que hacía por tener aquel gran aspecto de distinción, no podía por menos de soltar de vez en cuando alguna insolencia demasada gorda, de la que en seguida se arrepentía. La ambición de la Normanda era el parecer "como se debe". Nada la conmovía más que el oír elogiar los buenos modales de su rival. La tía Méhudin había observado este punto flaco. De manera que ya no atacaba más que por él a su hija mayor.

—He visto a madame Quénu a la puerta de su tienda—decía a veces, por la noche.—¡Es prodigioso cómo se conserva esa mujer! Y tan limpia, y con la pinta de una verdadera señora... Es el mostrador, convéncete. El mostrador la conserva a una señora, la hace distinguida.

En estas palabras había una velada alusión a las proposiciones del señor Lebigre. La bella Normanda no respondía a su madre, sino que permanecía un instante pensativa. Se veía en la otra esquina de la calle Pirouette, en el mostrador del comerciante de vinos, haciendo juego con

la bella Lisa. Esto fué el primer desquiciamiento de su ternura para Florencio.

Verdaderamente, Florencio era cada día más terriblemente difícil de defender. Todo el barrio caía sobre él. Parecía que cada cual tuviese algún interés inmediato en lograr su exterminio. En los mercados, ya había a la sazón quienes juraban que se había vendido a la policía; otros afirmaban que se le había visto en el sótano de la manteca, procurando agujerear las telas metálicas de los depósitos, para echar dentro de ellos fósforos encendidos. Era un engrosamiento de calumnias, un torrente de injurias cuya fuente había crecido, sin que se supiese a punto fijo de dónde salía. El pabellón del pescado fué el último en el cual se declaró la insurrección. Las pescaderas querían a Florencio por su dulzura. Le defendieron por espacio de algún tiempo; pero después, trabajadas por las vendedoras que venían del pabellón de las mantecas y del pabellón de las frutas, acabaron por ceder. Entonces volvió a empezar, contra aquel flaco, la lucha de los vientres enormes, de las gargantas prodigiosas. Florencio se halló de nuevo perdido entre las faldas, entre los corpiños hinchados hasta reventar que rodaban furiosamente alrededor de sus hombros puntiagudos. Pero él no veía nada, y marchaba en derechura hacia su idea fija.

Ya, a cada momento, en todos los rincones, aparecía el sombrero negro de mademoiselle Saget, en medio de aquel desencadenamiento. Su pequeño rostro pálido parecía multiplicarse. Había jurado la vieja un rencor terrible a la sociedad que se reunía en el gabinete acristalado de casa del señor Lebigre. Acusaba a aquellos caballeros de haber divulgado la historia de las sobras. La verdad era que Gavard, una noche,

contó que “aquella vieja arpía”, que iba allí a espiarles, se alimentaba con las suciedades que despreciaba la patulea bonapartista. Clemencia tuvo una náusea. Robine se bebió en seguida un dedo de cerveza, como para lavarse el gáznate. Entretanto, el vendedor de aves repetía su frase:

—Las Tullerías han regoldado encima de ellas.

Decía esto con una mueca abominable. Aquellas rodajas de carne recogidas del plato del Emperador, eran para él inmundicias sin nombre, una deyección política, un resto averiado de todas las marranerías del reino. Entonces, en casa del señor Lebigre, no se cogió ya a mademoiselle Saget más que con pinzas; la solterona se convirtió en un estercolero viviente, en un animal inmundo nutrido con las podredumbres que ni los mismos perros habrían querido. Clemencia y Gavard llevaron el cuento a los Mercados, y como consecuencia de ella la vieja señorita padeció mucho en sus buenas relaciones con las vendedoras. Cuando regateaba, charlando mucho sin comprar nada, la enviaban a las sobras. Esto agotó la fuente de sus informes. Ciertos días, ni siquiera se enteraba de lo que ocurría. Esto la hacía llorar de rabia. Entonces fué cuando dijo con toda crudeza a la Sarriete ya Madame Le-cœur:

—No tienen ustedes necesidad de azuzarme, no, niñas mías... Yo sabré ajustarles las cuentas al Gavard de ustedes.

Las otras dos se quedaron algo cortadas, pero no protestaron. Por otra parte, al siguiente día mademoiselle Saget, más calmada se enterneció nuevamente por la suerte de aquel pobre señor Gavard, que estaba tan mal aconsejado, y que decididamente corría a su perdición.

Gavard, en efecto, se comprometía mucho.

Desde que la conspiración iba madurando, llevaba a todas partes en el bolsillo el revólver que tanto asustaba a madame Léonce, su portera. Era un "gran diablo de revólver", que había comprado en casa del mejor armero de París, con ademanes misteriosísimos. Al día siguiente, lo enseñaba a todas las mujeres del pabellón de las aves, como un colegial que esconde en su pupitre una novela prohibida. Gavard dejaba asomar el cañón por la abertura del bolsillo; lo hacía ver con un guiño de ojos; además, soltaba reticencias, semi-confesiones, toda la comedia de un hombre que finge deliciosamente que tiene miedo. Aquel revólver le daba una importancia enorme; le colocaba definitivamente entre los individuos peligrosos. A veces, en el fondo de su tienda, consentía en sacarlo por completo del bolsillo, para enseñárselo a dos o tres mujeres. Quería para ello que las mujeres se colocasen delante de él, con objeto de que lo taparan con las faldas. Entonces lo montaba, lo desarmaba, y ajustaba un pato o una pava colgados en el escaparate. El susto de las mujeres le entusiasmaba; acababa por tranquilizarlas, diciéndoles que no estaba cargado. Pero también llevaba cartuchos encima, en una caja que abría con precauciones infinitas. Cuando habían sopesado los cartuchos, Gavard se decidía por fin a guardarse su arsenal. Y con los brazos cruzados, gozoso, peroraba durante horas enteras.

—Con esto, un hombre es un hombre—decía con aire de fanfarronería.—Ahora me río yo de los esbirros... El domingo fui a probarlo con un amigo, a la llanura de San Dionisio... Ya comprenderán ustedes que no se puede decir a todo el mundo que tiene uno juguetes como éste... ¡Ah! Pequeñas mías, tirábamos a un árbol y cada vez ¡paf! lo tocábamos... Ya veréis... ya vé-

réis; dentro de algún tiempo oiréis hablar de Anatolio.

Anatolio era el hombre que había puesto a su revólver. Tan bien supo componérselas Gavard, que, al cabo de ocho días, todo el pabellón conoció el revólver y los cartuchos. Por otra parte, parecía algo turbio su compadrazgo con Florencio. Era demasiado rico, estaba demasiado gordo para que se les confundiera con el mismo odio. Pero el pollero se perdió la estimación de las personas juiciosas y consiguió llegar a asustar a los miedosos. Desde entonces se sintió entusiasmado.

—Es imprudente llevar armas encima—decía mademoiselle Saget.—Eso le jugará alguna mala pasada.

En casa del señor Lebigre, Gavard triunfaba. Desde que no comía ya en casa de los Quénu, Florencio vivía allí, en el gabinete acristalado. Allí almorzaba, comía, iba a encerrarse a cada momento. Lo había convertido en una especie de habitación propia, un despacho en el que dejaba olvidados viejos redingotes, libros, papeles. El señor Lebigre toleraba esta toma de posesión; hasta había llegado a quitar una de las dos mesas para amueblar la estrecha habitación con un diván relleno de pelote, en el cual habría podido dormir Florencio en caso necesario. Cuando éste experimentaba algunos escrúpulos, el amo del café le rogaba que no se preocupase, y ponía toda la casa a su disposición. Logre le demostraba también una gran amistad. Se había hecho su lugarteniente. A cada momento le hablaba del "asunto", para darle cuenta de sus pasos y decirle los nombres de los nuevos afiliados. En el trabajo había tomado el papel de organizador; él era el que debía abordar a las personas, crear las secciones, preparar cada malla de la vasta

red en la que caería París en un momento determinado. Florencio permanecía siendo el jefe, el alma del complot. Por otra parte, el jorobado parecía sudar agua y sangre, sin llegar a resultados apreciables; aunque había jurado que conocía en cada barrio dos o tres grupos de hombres decididos, como los del grupo que se reunía en casa del señor Lebigre, no había proporcionado hasta entonces ningún dato preciso, y sólo echaba a volar nombres, refiriendo diligencias sin fin, en medio del entusiasmo del auditorio. Lo que contaba con más claridad eran los apretones de mano; fulano, a quien tuteaba, le había estrechado la mano diciéndole "que sería de ellos"; al Gros-Caillou, un demoniaco, que haría un soberbio jefe de sección, le había descoyuntado el brazo; en la calle de Popincourt, todo un grupo de obreros le había abrazado. De oírle a él, de un día a otro, en una noche, se reunirían cien mil hombres. Cuando llegaba, con aspecto de extenuación, dejándose caer sobre el diván del gabinete, y variando sus historias, Florencio tomaba notas, y confiaba en él para la realización de sus promesas. Pronto en el bolsillo del joven, vivió el complot; las notas se convirtieron en realidades, en datos indiscutibles, que formaron el andamiaje sobre el que se formó todo el plan; no había más que esperar una ocasión favorable. Logre decía, con apasionados ademanes, que todo marcharía como una seda.

En aquella época, Florencio se sintió completamente feliz. Ya no le parecía andar por la tierra, pues se creía elevado por aquella idea intensa de hacerse el justiciero de los males que había visto padecer. Era de una credulidad de niño y de una confianza de héroe. Si Logre le hubiera contado que el genio de la columna de Julio iba a bajar para ponerse al frente de ellos, Flo-

rencio lo había creído sin sorprenderse. En casa del señor Lebigre, por las noches, sentía efusiones y hablaba de la próxima batalla como de una fiesta a la cual serían invitados todos aquellos valientes. Pero si el entusiasmado Gavard jugaba entonces con su revólver, Charvet se tornaba más agrio, y reía despectivamente encogiéndose de hombros. La actitud de jefe de complot tomada por su rival le ponía fuera de sí, le disgustaba de la política. Un día en que había llegado temprano, y en que se hallaba sólo con Logre y con el señor Lebigre, Charvet se desahogó.

—Un muchacho—dijo,—que no tiene ni dos ideas en política, que habría hecho mejor entrando como profesor de escritura en un internado de señoritas... Sería una desgracia que triunfara, porque nos metería por las narices a sus malditos obreros, con sus desvaríos sociales. ¿Ven ustedes? Eso es lo que pierde al partido. Tienen que acabarse los lloricones, los poetas humanitarios, los poetas que se abrazan al menor rasguño... Pero no triunfará. Hará que lo empapelen y nada más.

Logre y el comerciante en vinos no dijeron esta boca es mía. Dejaban que Charvet se desahogara.

—Y hace ya mucho tiempo que estaría empapelado si fuera tan peligroso como quiere hacerlo creer. Ya lo ven ustedes, con su aspecto de regresar de Cayena... Da lástima. Yo les aseguro que la policía, desde el primer día, supo que estaba en París. Si le ha dejado en paz, es porque se burla de él.

Logre experimentó un leve sobresalto.

—A mí se me vigila desde hace quince años—prosiguió el hebertista con un punto de orgullo.—Y sin embargo, no voy a salir dando voces por la calle. Pero yo no seré de su pandilla. No quie-

ro dejarme coger como un imbécil... Quizá le andan royendo los zancajos media docena de esbirros, que le echarán mano al cuello el día en que la prefectura le necesite...

—¡Oh, no! ¡Qué idea!—dijo el señor Lebigre, que no hablaba nunca.

Estaba un poco pálido y miraba a Logre, cuya joroba se apoyaba suavemente en el acristalado tabique.

—Son suposiciones—murmuró el jorobado.

—Suposiciones, si quieren ustedes—respondió el profesor libre.—Ya sé yo cómo se hace esto. En todo caso, tampoco será esta vez cuando me cojan los policías. Ustedes harán lo que quieran; pero si quieren ustedes hacerme caso, usted sobre todo, señor Lebigre, no comprometerá usted su establecimiento, que le obligarán a cerrar.

Logre no pudo contener una sonrisa. Varias veces les habló Charvet en el mismo sentido; debía de alimentar el proyecto de apartar a aquellos dos hombres de Florencio, asustándoles. Pero siempre los vió con una tranquilidad y una confianza que le sorprendieron mucho. Sin embargo, aún seguía yendo al café con regularidad, por la noche, con Clemencia. La gran morena, no era ya tabillera en la pescadería. El señor Manoury la había despedido.

—Esos factores son todos unos marranos—gruñía Logre.

Clemencia, retrepada contra el tabique, liando un cigarrillo con los dedos largos y delgados, respondía con su limpia voz.

—¡Oh! Ha sido en buena lid... No teníamos las mismas opiniones políticas, ¿están ustedes? Ese Manoury, que gana dinero a espuestas, sería capaz de lamer las botas del emperador... Yo, si tuviese un despacho, no le tendría ni veinticuatro horas como empleado.

La verdad era que Clemencia tenía las bromas muy pesadas, y que un día se había entretenido poniendo, sobre las tablillas de venta y al lado de las platijas, de las rayas, de las caballas adjudicadas, los nombres de las damas y de los caballeros más conocidos en la corte. Aquellos apodos de pescados dados a altos dignatarios, aquellas adjudicaciones de baronesas y condesas vendidas a treinta sueldos pieza, habían asustado en gran manera al señor Manoury. Gward se estaba aún riendo.

—¡No importa!—decía dando golpecitos en el brazo de Clemencia.—¡Es usted un hombre!

Clemencia había descubierto una manera nueva de hacer el "grog". Empezaba por llenar el vaso de agua caliente; luego, una vez puesto el azúcar, derramaba el ron sobre la rueda de limón que nadaba, gota a gota, de manera que no se mezclara con el agua; lo encendía y lo contemplaba arder, muy seria, fumando lentamente, y con el rostro verdecido por la alta llama del alcohol. Pero aquella era una consumación cara que no pudo continuar tomando cuando hubo perdido su plaza. Con penetrante risa le hacía notar Charvet que ya no era rica. La morena vivía de una lección de francés que daba, en lo alto de la calle de Miromesnil, muy tempranito, a una persona joven que perfeccionaba su instrucción, recatándose hasta de su misma doncella. Entonces Clemencia no pedía ya más que un "chop", por la noche. Por otra parte, bebiáselo con toda filosofía.

Las veladas del gabinete acristalado no eran ya tan bulliciosas como antes. Charvet se callaba bruscamente, lívido por una fría rabia, cuando le olvidaban para escuchar a su rival. El pensamiento de que había reinado allí, de que antes de la llegada del otro, había dominado el grupo

como un déspota, le ponía en el corazón el cáncer de un rey desposeído. Si seguía yendo aún, era porque sentía la nostalgia de aquel rincón estrecho, en donde recordaba tantas dulces horas de tiranía sobre Gavard y sobre Robine; entonces le pertenecía hasta la misma joroba de Logre, así como los gruesos brazos de Alejandro y el sombrío rostro de Lacaille; en una palabra, él les doblaba, les metía su opinión en la garganta, les rompía su cetro sobre la espalda. Pero hoy sufría demasiado, y acababa por no hablar más, redondeando la espalda, silbando con aire desdeñoso, sin dignarse combatir las tonterías que se decían delante de él. Lo que sobre todo le desesperaba, era el haber sido suplantado poco a poco, sin haberse percatado de ello. No se explicaba la superioridad de Florencio. A menudo decía, después de haberle oído hablar con su voz dulce, algo triste, por espacio de horas:

—¡Pero si es un cura, ese muchacho! ¡No le falta más que el solideo!

Los otros parecían beber las palabras de Florencio. Charvet, que encontraba ropa sucia en todas las perchas, fingía que no sabía dónde colgar el sombrero, por miedo de mancharlo. Rechazaba los papeles que estaban por medio, y decía que ya no estaban en su casa, desde que "aquel señor" lo hacía todo en el gabinete. Llegó a quejarse al comerciante de vinos, preguntándole si el gabinete pertenecía a un solo parroquiano o a la sociedad. Esta invasión de sus Estados fué el golpe de gracia. Los hombres eran animales. Charvet despreciaba profundamente a la humanidad, cuando veía a Logre y al señor Lebigre con los ojos clavados en Florencio. Gavard le exasperaba con su revólver. Robine, que permanecía en silencio detrás de su "chop", le pareció decididamente el hombre más intelligen-

te del cenáculo; Robine debía de juzgar a las personas por su valor, sin dejarse deslumbrar por las palabras. En cuanto a Lacaille y a Alejandro, ambos le confirmaban en su idea de que el pueblo es demasiado tonto, y necesita una dictadura revolucionaria de diez años para aprender a conducirse.

Entre tanto, Logre afirmaba que pronto estarían las secciones completamente organizadas. Florencio comenzó a distribuir los papeles. Entonces, una noche, después de una postrera discusión en que llevó la peor parte, Charvet se levantó y cogió su sombrero, diciendo:

—Muy buenas noches, y hagan ustedes que les rompan la cabeza, si gustan... Yo me lavo las manos, ¿saben ustedes? No he trabajado nunca por la ambición de nadie.

Clemencia, poniéndose el chal, añadió friamente:

—El plan es inepto.

Como Robine les contemplara salir con ojos dulcísimos, Charvet le preguntó si salía con ellos. Robine, que tenía aún tres dedos de cerveza en su chop, se contentó con dar un apretón de manos, alargando el brazo. La pareja no volvió más. Lacaille dijo un día a los demás que Charvet y Clemencia frecuentaban entonces una cervecería de la calle Serpente; les había visto, por una de las ventanas, gesticulando mucho, y en medio de un atento grupo de personas muy jóvenes.

Florencio no pudo nunca convencer a Claudio. Por un instante acarició el pensamiento de comunicarle sus ideas en política, de hacer de él un discípulo que le ayudara en su labor revolucionaria. Para iniciarle, le llevó una noche a casa del señor Lebigre. Pero Claudio pasó la sesión haciendo un croquis de Robine, con el sombrero

y el gabán marrón, y la barba apoyada en el pomo del bastón. Después, cuando salió con Florencio:

—No, mire usted—le dijo.—Todo lo que cuentan ustedes ahí dentro me tiene sin cuidado. Podrá ser muy bueno, pero yo no lo entiendo... ¡Ah! Pero tienen ustedes ahí un individuo soberbio; ese señor Robine. Es profundo como un pozo, ese hombre... Volveré, pero no por la política. Iré a sacar un croquis de Logre y otro de Gavard para ponerlos con Robine en un cuadro espléndido, que estaba meditando mientras ustedes discutían la cuestión... ¿cómo le llaman ustedes?... ¿la cuestión de las dos Cámaras, verdad? ¡Oh! ¿Se imagina usted a Gavard, a Logre y a Robine hablando de política y embosecados detrás de sus "chops"?... Sería el gran éxito del Salón, querido, un triunfo formidable, un verdadero cuadro moderno.

Florencio se sintió apenado por su escepticismo político. Hizo subir a Claudio a su casa, y le retuvo hasta las dos de la mañana en la estrecha terraza, enfrente de la gran mancha azulada de los Mercados. Le catequizaba, le decía que no era hombre si se mostraba tan indiferente a la felicidad de su patria. El pintor movía la cabeza, respondiéndole:

—Tal vez tenga usted razón. Yo soy un egoísta. Ni siquiera puedo decir que me dedico a la pintura para mi país, primero porque mis bocetos asustan a todo el mundo, y segundo porque, cuando pinto, pienso tan sólo en mi placer personal. Es como si me hiciera cosquillas a mí mismo, cuando pinto; me da risa por todo el cuerpo... ¿Qué quiere usted? Cada uno es como es, y no va uno a tirarse al agua por ello... Además, como dice mi tía Lisa, Francia no necesita de mí... Y, ¿me permite usted que le sea franco?

Bueno; pues, si yo le quiero a usted, es porque me parece que usted hace política de la misma manera que yo pinto. Usted se hace cosquillas, querido.

Y como él otro protestara:

—¡Calle usted! Usted es un artista en su género; sueña usted política; apuesto a que se pasa usted aquí noches enteras, mirando las estrellas y creyéndolas papeletas de voto de lo infinito... Vamos, que se hace usted cosquillas con sus ideas de justicia y de verdad... Y esto es tan cierto, que las ideas de usted, lo mismo que mis bocetos, dan un miedo atroz a los burgueses... Por otra parte, si fuera usted Robine, crea usted que yo me divertiría siendo su amigo... ¡Ah, gran poeta!

Después empezó a bromear, diciendo que la política no le molestaba, que había acabado por acostumbrarse a ella, en las cervecerías y en los talleres. A propósito de esto, habló de un café de la calle de Vanvilliers, el café que estaba en los bajos de la casa en que vivía la Sarriette. Aquella sala humosa, con asientos de raído terciopelo, con mesas de mármol amarilleadas por el chorrear de los licores, era el sitio de la reunión habitual de la juventud hermosa de los Mercados. Allí reinaba el señor Julio sobre una partida de portadores, de mancebos de tienda, de señores de blusas blancas y gorras de terciopelo. El señor Julio llevaba, en el nacimiento de las patillas, dos mechones de pelo pegados a las mejillas como unos ganchos. Cada sábado se hacía ahuecar los cabellos por detrás, para tener el cuello limpio, en casa de un peluquero de la calle de los Dos-Escudos, en donde estaba abonado por meses. De modo que "daba el tono" a aquellos señores, cuando jugaba al billar, con gracias estudiadas, enseñando las caderas, re-

dondeando brazos y piernas, acostándose a medias sobre el paño, con acritud que daba todo su valor a sus riñones. Terminada la partida, hablaban. Los contertulios eran muy reaccionarios, muy mundanos. El señor Julio leía los periódicos galantes. Conocía al personal de los teatros pequeños, tuteaba a las celebridades del día, sabía el fracaso o el éxito de la pieza estrenada el día antes. Pero tenía el flaco de la política. Su ideal era Morny, como él le llamaba, a secas. Leía las sesiones del cuerpo legislativo riéndose a carcajadas de las menores frases de Morny. ¡No se burlaba poco Morny de aquellos desarraigados de republicanos! Y de esto partía para decir que sólo la crápula detestaba al emperador, porque el emperador quería el placer de todas las personas decentes.

—He ido algunas veces a ese café—dijo Claudio a Florencio.—También ellos son preciosos, con sus pipas, cuando hablan de los bailes de la corte, como si fueran invitados... El ciudadano que vive con la Sarriette, se burló de lo lindo de Gavard, el otro día... Le llama "tío mío"... Cuando la Sarriette bajó por él, tuvo que pagar; le costó seis francos la fiesta, porque Julio había perdido al billar las consumaciones... ¡Qué hermosa muchacha es la Sarriette! ¿verdad?

—Lleva usted una vida hermosísima—dijo Florencio sonriendo.—Cadina, la Sarriette y las otras, ¿verdad?

El pintor se encogió de hombros.

—No, se equivoca usted—respondió.—Yo no quiero mujeres; me estorbarían mucho. Ni siquiera sé para qué sirve una mujer; siempre me ha dado miedo el probarlo... Buenas noches y dormir bien. Si llega usted a ser ministro, yo le daré a usted algunas ideas para el embellecimiento de París.

Florencio tuvo que renunciar a hacer de Claudio un discípulo dócil. Esto le dió pena, porque, a pesar de su hermosa ceguera de fanático, acababa por sentir en torno suyo la hostilidad que iba creciendo por momentos. Aun en casa de las Méhudin encontraba una acogida más fría; la vieja se reía por debajo de la nariz; Muche no le obedecía ya, y la bella Normanda le miraba con brusca impaciencia cuando acercaba su silla a la de Florencio, sin poder sacarle de su frialdad. Una vez le dijo que parecía estar disgustado con ella, y Florencio no dió más que con una sonrisa de turbación, en tanto que ella iba a sentarse con rudeza al otro lado de la mesa. Del mismo modo había perdido la amistad de Augusto. El mancebo de la salchichería, no entraba ya en su cuarto, cuando subía a acostarse. Estaba muy asustado por los rumores que corrían acerca de aquel hombre, con el cual se atrevía antes a encerrarse hasta media noche. Agustina le hacía jurar que no cometería nunca más semejante imprudencia. Pero Lisa les acabó de enojar con rogarles que retrasaran su casamiento, hasta tanto que el primo hubiera dejado libre la habitación de arriba; la salchichería no quería dar a la criada de la tienda el gabinete del primer piso. Desde entonces, Augusto deseó que se llevaran "al galeote". Había encontrado la salchichería soñada, no en Plaisance, sino un poco más lejos, en Montrouge; los géneros estaban en condiciones ventajosas, y Agustina decía que estaba provista, riéndose con su risa de muchachona pueril. De manera que cada noche al menor ruido que le despertara, experimentaba Augusto una falsa alegría, creyendo que la policía se apoderaba de Florencio.

En casa de los Quénu-Gradella no se hablaba de aquellas cosas. Una inteligencia tácita del per-

sonal de la salchichería había hecho el silencio en torno de Quénu. Este, un poco triste por la pelea entre su hermano y su mujer, se consolaba atando sus salchichones y salando sus tiras de tocino. Iba a veces al dintel de la tienda a exhibir su roja tez, que se reía en la blancura del delantal distendido por el vientre, sin sospechar el exacerbamiento de los comadrazgos que hacía nacer su aparición en el fondo de los Mercados. Se le compadecía, se le hallaba menos gordo, a pesar de estar reventando; otros, por el contrario, le acusaban de que no le hiciera adelgazar la vergüenza de tener un hermano como el suyo. Quénu, semejante a los maridos engañados, que son los últimos en conocer su desgracia, tenía una hermosa ignorancia, una alegría enternecida, cuando detenía sobre la acera a alguna vecina, para preguntarle por su queso de Italia o por su cabeza de cerdo con gelatina. La vecina ponía un semblante compasivo, y parecía darle el pésame, como si todos los cerdos de la salchichería hubiesen tenido ictericia.

—¿Qué diantres les pasa a todas, que parece que me miran con aire de entierro?—preguntó un día a Lisa.—¿Acaso tú me encuentras con mala cara?

Ella le tranquilizó, le dijo que estaba fresco como una rosa; porque Quénu tenía un miedo atroz a las enfermedades, y gemía y lo ponía todo patas arriba cuando sufría la menor indisposición. Pero la verdad era que la gran salchichería de los Quénu-Gradelle se tornaba sombría; palidecían los espejos, los mármoles adquirían he-ladas blancuras, las carnes cocidas del mostrador dormían en grasas amarilleadas, en lagos de gelatina turbia. Un día, entró Claudio para decir a su tía que el escaparate de la tienda tenía aspecto "completamente atontado". Era verdad.

Sobre el lecho de finos recortes azules, las lenguas de Estrasburgo tomaban melancolías blancuzcas de lenguas enfermas, en tanto que los amarillos rostros bonachones de los jamoncillos, todos enclenques, eran coronados por desolados pompones verdes. Por otra parte, en la tienda, las parroquianas no pedían ya un pedazo de morcilla, diez sueldos de tocino, media libra de manteca, sin bajar la voz consternada, como en la estancia de un moribundo. Siempre había dos o tres faldas lloriconas plantadas delante del calentador enfriado. La hermosa Lisa sostenía con muda dignidad el duelo de la salchichera. Hacía que sus blancos delantales cayesen con mayor corrección sobre su traje negro. Sus limpias manos, apretadas en las muñecas por las grandes mangas, su rostro, más embellecido aún por una tristeza de conveniencia decían claramente a todo el barrio, a todas las curiosas que desde la mañana a la noche desfilaban, que estaban sufriendo una desgracia inmerecida, pero que ella conocía sus causas y sabría triunfar de ellas. Y a veces se bajaba, y prometía con la mirada días mejores a los dos peces rojos, inquietos también ellos, que nadaban lánguidamente en el acuario del escaparate.

La bella Lisa no se permitía ya más que un placer. Sin temor daba golpecitos en la satinada barbilla de Marjolin. Este acababa de salir del hospital, con el cráneo recompuesto, tan gordo, tan regocijado como antes, pero tonto, más tonto todavía, completamente idiota. La herida debía de haber llegado hasta los sesos. Era un bruto. Tenía una puerilidad de niño de cinco años en un cuerpo de coloso. Se reía, ceceaba, no podía ya pronunciar algunas palabras, obedecía con humildad de cordero. Cadina le volvió a coger por entero, asombrada al principio, y después

contentísima por aquel animal soberbio, del que hacía lo que se le antojaba. Acostábase en los cestos de plumas, le llevaba a pindonguear, se servía de él a su placer, le trataba como a un perro, como a una muñeca, como a un amante. El muchacho era para ella como una golosina, un engrasado rincón de los Mercados, una carne rubia de la que usaba con refinamientos de mujer corrida. Pero aunque la chica lo obtenía todo de él y le llevaba en pos sí como sumiso gigante, no podía impedirle que volviera a casa de madame Quénu. Le había pegado con sus nerviosos puños, sin que él pareciese ni siquiera sentirlos. En cuanto Cadina se echaba al cuello su bandeja, paseando sus violetas por la calle del Puente Nuevo o por la calle de Turbigo, Marjolin, se iba a vagar por delante de la salchichera.

—¡Entra!—le decía Lisa.

Con gran frecuencia le daba pepinillos. Marjolin se moría por ellos, se los comía con su risa de inocente, delante del mostrador. El ver a la hermosa salchichera le entusiasmaba, le hacía batir palmas de contento. Luego, saltaba, lanzaba pequeños gritos como un pilluelo puesto delante de una cosa buena. Ella, en los primeros días, había tenido miedo de que Marjolin recordara.

—¿Te sigue doliendo la cabeza?—le preguntó.

El respondió que no, con un balanceo de todo el cuerpo, y prorrumpiendo en más viva alegría. Lisa agregó con dulzura:

—¿De modo que te caíste?

—Sí; me caí, me caí, me caí—comenzó a cantar Marjolin con tono de perfecta satisfacción, y dándose palmadas en el cráneo.

Después, seriamente, como en éxtasis, repetía, mirando a Lisa, la palabra "bella, bella, bella", con aire más lento. Esto conmovía mucho a Lisa.

Había ésta exigido a Gavard que le conservara a su lado. Cuando Marjolin le había cantado su humilde aire de ternura, era cuando Lisa le acariciaba la barbilla, diciéndole que era un buen muchacho. Su mano se entretenía allí, tibia con alegría discreta; la caricia había vuelto a ser un placer permitido, una muestra de amistad que el coloso recibía muy añiadamente. Hinchaba un poco el cuello, cerraba los ojos de gusto, como un animal a quien se acaricia. La hermosa salchichera, para excusarse a sus propios ojos del honesto placer que con Marjolin se permitía, se decía que así compensaba el puñetazo con que le había derribado, en el sótano de las aves.

Entretanto, la salchichera seguía apenada. Florencio se atrevía a entrar en ella algunas veces todavía, estrechando las manos de su hermano, ante el silencio glacial de Lisa. Hasta, de tarde en tarde, iba a comer los domingos. Entonces Quénu hacía grandes esfuerzos de alegría, sin poder animar la comida. Comía mal y acababa por incomodarse. Una noche, al salir de una de aquellas frías reuniones de familia, dijo a su mujer, llorando casi:

—¿Pero qué es lo que yo tengo? ¿De veras no estoy enfermo? ¿No me encuentras cambiado?... Parece como si tuviera algún peso en alguna parte. Y estoy triste, además, sin saber por qué, te lo aseguro... ¿Lo sabes tú?

—Eso no es nada—respondió Lisa.

—No, no, que ya hace demasiado tiempo que me dura y me ahoga... Sin embargo, los negocios no van mal; no tengo disgustos grandes, sigo mi vida de siempre... Y tú tampoco estás bien, parece que estás triste... Si esto sigue, llamaré al médico.

La hermosa salchichera le miraba gravemente.

—No hay necesidad de médicos—le contestó.—Esto pasará... Ves, es que ahora sopla un mal viento. Todo el mundo está enfermo en el barrio...

Después, como cediendo a una ternura maternal, agregó:

—No te preocupes, hijo mio... No quiero que caigas malo. Eso sería ya el colmo.

De ordinario le enviaba a la cocina, pues sabía que el ruido de los picadores, la canción de las grasas, el estrépito de las marmitas le alegraban. Además, por este medio evitaba las indiscreciones de mademoiselle Saget, que, por entonces, pasaba mañanas enteras en la salchichería. La vieja se había propuesto asustar a Lisa, impulsarla a cualquier resolución extrema. Primero, empezó por obtener su confianza.

—¡Ah! ¡Qué gentes tan malas hay en el mundo!—dijo.—Gentes que más valdría que se preocuparan por sus propios asuntos... Si usted supiera, mi querida madame Quénu... No; no me atreveré nunca a decírselo...

Como la salchichera le afirmase que nada podía hacerle mella, que estaba muy por cima de las malas lenguas, la vieja le murmuró al oído, por encima de las carnes del mostrador:

—Pues bien; dicen que el señor Florencio no es primo de usted...

Y, poco a poco, le demostró que lo sabía todo. No era sino un modo de tener a Lisa en su poder. Cuando la salchichera le confesó la verdad, por táctica igualmente, para tener relación con una persona que la tuviese al corriente de los chismorreos del barrio, la vieja señorita juró que permanecería más muda que un pescado, y que negaría la cosa aun con el cuello en la guillotina. Entonces, gozó profundamente con aquel

drama. Cada día aumentaba las noticias inquietantes.

—Debería usted tomar sus precauciones—murmuraba.—He oído hoy en la tripería que dos mujeres estaban hablando de lo que usted sabe. Yo no puedo decir a las personas que han mentido, ya lo comprende usted. Parecería muy singular... Eso corre, corre... Ya no habrá quien lo detenga. Será preciso que estalle.

Algunos días más tarde, dió por fin el verdadero asalto. Llegó asustadísima, esperó con gestos de impaciencia que no hubiese nadie en la tienda, y con sibilante voz dijo:

—¿Sabe usted lo que se cuenta?... Esos hombres que se reúnen en casa del señor Lebigre... bueno, pues todos tienen fusiles, y están esperando volver a empezar como en el 48. ¿No es triste ver al señor Gavard, un digno sujeto, rico, meterse con esos desarrapados?... He querido avisárselo a usted, por causa de su cuñado.

—Eso son tonterías; no es cosa seria—dijo Lisa para aguijonearla.

—¡No es serio! Gracias. Por la noche, al pasar por la calle Pirouette, se les oye lanzar gritos espantosos... Y que nada les importa un pito. Recuerde usted que intentaron comprometer a su marido. ¿Y los cartuchos que les veo fabricar desde mi ventana, son tontería también?... Después de todo, yo le digo a usted todo esto por su interés.

—Claro, muchas gracias. Sólo que, se inventan tantas cosas...

—Ah, no; desgraciadamente, esto no es invención... Todo el barrio, además, habla de ello. Dicen que, si la policía les descubre, habrá muchas personas comprometidas. También el señor Gavard...

Pero la salchichera se encogió de hombros, co-

mo para decir que el señor Gavard era un viejo loco, y que le estaría bien empleado.

—Hablo del señor Gavard, como podía hablar de los otros, de su cuñado de usted, por ejemplo—repuso solapadamente la vieja.—Según parece, su cuñado de usted es el jefe... Es muy triste esto para ustedes. Yo la compadezco a usted mucho; porque, vaya, si la policía entrase aquí, muy bien podría prender también al señor Quénu. Dos hermanos son como dos dedos de la misma mano...

La bella Lisa protestó. Pero se había puesto completamente blanca. Mademoiselle Saget acababa de tocarle en lo vivo de sus inquietudes. A partir de aquel día, la vieja no le habló más que de inocentes que habían sido encarcelados por haber dado albergue a criminales. Por la noche, cuando iba a casa del comerciante de vinos, componía una pequeña colección de informes para la mañana siguiente. Sin embargo, Rosa no era muy amiga de charlar. La vieja contaba con sus ojos y sus oídos. Había observado perfectamente la estimación que Florencio profesaba el señor Lebigre, el cuidado de éste por retenerle en su casa, sus complacencias tan poco pagadas por el gasto que Florencio hacía en el establecimiento. Esto la sorprendía tanto más cuanto que no ignoraba la situación de los dos hombres con respecto a la bella Normanda.

—Diríase—pensaba la solterona—que lo está cebando. ¿A quién querrá vendérselo?

Una noche, cuando estaba en la tienda, vió a Logre arrojar sobre el diván del gabinete acristalado, hablando de sus correrías por los arrabales y diciendo que estaba muerto de cansancio. La vieja le miró en seguida los pies. Los zapatos de Logre no tenían un sólo átomo de polvo.

Entonces sonrió discretamente y se llevó su licor, con los labios fruncidos.

En seguida completó sus informes desde su ventana, como solía. La ventana, muy elevada, dominaba las casas vecinas, y le procuraba goces sin fin. Instalábase en ella a cada momento, como en un observatorio desde el cual expiaba a todo el barrio. En primer término, todas las habitaciones de enfrente, a derecha e izquierda, le eran familiares, incluso los muebles más pequeños; hubiera podido contar, sin olvidar un detalle, las costumbres de los inquilinos; si vivían bien o mal en la casa; cómo se lavaban, qué tenían para comer; hasta conocía a las personas que iban a verles. Además, tenía también vistas a los Mercados, de modo que ninguna mujer del barrio podía atravesar la calle de Rambuteau sin que la viese la solterona; decía ésta, sin equivocarse, de dónde venía la mujer, a dónde iba, lo que llevaba en el cesto, y su historia, y su marido, y sus trajes, y sus hijos y su fortuna. Aquélla era madame Loret, que educaba muy bien a su hijo; aquella otra era madame Hutin, una pobre mujercita abandonada por su marido; la de más allá era señorita Cecilia, la hija del carnicero, una niña imposible de casar porque tenía tumores fríos. Y hubiera continuado así durante días enteras, hinchando las frases vacías, divirtiéndose extraordinariamente con los pormenores sueltos, sin ningún interés. Pero desde las ocho no tenía ya más ojos que para la ventana de deslustrados vidrios en que se dibujaban las negras sombras de los concurrentes al gabinete. Desde allí pudo comprobar la excisión de Charvet y de Clemencia, al no ver ya en el lechoso transparente sus secas siluetas. Ni un solo acontecimiento ocurría allí sin que la vieja acabara por adivinarlo, por ciertas revelaciones

bruseas de aquellas cabezas y aquellos brazos que surgían silenciosamente. Llegó a adquirir gran práctica en la interpretación de las narices alargadas, de los separados dedos, de las hendidas bocas, de los hombros desdeñosos; y de esta suerte siguió la conspiración paso a paso, hasta el punto de que en cualquier momento habría podido decir cómo estaban las cosas. Una noche se le apareció el desenlace brutal. Vió la sombra del revólver de Gavard, un perfil enorme de revólver, negrísimo en la palidez de los vidrios, con el gatillo levantado. El revólver iba, venía, se multiplicaba. Estas eran las armas de que había hablado a madame Quénu. Después, otra noche, no pudo comprender, y al ver interminables cintas de tela, se imaginó que fabricaban cartuchos. Al día siguiente, bajó a las once, so pretexto de preguntar a Rosa si le podía dejar una vela; y, con el rabillo del ojo, entrevió, sobre la mesa del gabinete, un montón de trapos rojos que le pareció aterrador en extremo. Sus informes del día siguiente tuvieron una gravedad decisiva.

—No quisiera asustarle a usted, madame Quénu—le dijo,—pero el caso se va poniendo muy terrible. Tengo miedo, se lo aseguro. Por nada del mundo repita usted lo que voy a confiarle... Me cortarían el cuello si lo supieran.

Y cuando la salchichera le hubo jurado que no la comprometería, la solterona le habló de los trapos rojos.

—No sé qué puede ser eso. Había un montón muy grande. Parecían guñapos empapados en sangre... Logre, ya sabe usted, el jorobado, se había puesto uno sobre los hombros. Parecía enteramente un verdugo... De seguro que no es nada bueno.

Lisa no respondía; parecía reflexionar, con los

ojos bajos, jugando con el mango de un tenedor y arreglando los pedazos de carne salada en su fuente. Mademoiselle Saget continuó despacito:

—Yo, si fuera usted, no estaría tranquila, querría saber... ¿Por qué no sube usted a escudriñar en la alcoba de su cuñado?...

Entonces Lisa sintió un ligero estremecimiento. Dejó el tenedor y examinó a la vieja con inquietud, creyendo que aquella penetraba sus intenciones. Pero la solterona continuó:

—Después de todo, sería muy justo... Su cuñado la llevaría a usted demasiado lejos, si le dejara usted obrar. Ayer se hablaba de usted en casa de madame Taboureau. Ahí tiene usted una amiga de verdad. Madame Taboureau decía que es usted demasiado buena, y que en su lugar de usted, ella hubiera puesto orden en todo desde hace mucho tiempo.

—¿Eso ha dicho madame Taboureau?—preguntó la salchichera, pensativa.

—Como se lo digo a usted; y madame Taboureau es persona a quien se puede hacer caso... Procure usted, por lo tanto, saber qué es eso de los trapos rojos. Y me lo dirá usted después, ¿verdad?

Pero Lisa ya no la escuchaba. Contemplaba vagamente las cacerolas, al través de las guirnaldas de salsichas del escaparate. Parecía absorta en una lucha interior, que surcaba con dos pequeñas arrugas su mudo semblante. Entre tanto, la vieja señorita había acercado la nariz a las fuentes que había en el mostrador. Y decía entre dientes, como si hablara consigo misma:

—¡Hombre! Hay salchichón cortado... Debe de secarse el salchichón cortado así, con tanto tiempo... Y esta morcilla se ha reventado. Habrá recibido un pinchazo del tenedor, con toda seguridad. Sería menester quitarla de aquí porque

mancha la fuente.

Lisa, distraídísima aun, le dió la morcilla y las rodajas de salchichón, diciéndole:

—Son para usted, si es que le agradan.

Todo desapareció en el cesto. Mademoiselle Saget estaba tan bien acostumbrada a los regalos, que ni siquiera daba ya las gracias. Cada mañana se llevaba los desperdicios de la salchichera. Y se marchó, con la idea de encontrar su postre en la tienda de la Sarriette y en la de madame Lecœur, hablándoles de Gavard.

Cuando se vió sola, la salchichera se sentó en la banqueta del mostrador, como para tomar una decisión mejor, poniéndose con toda comodidad. Hacía ya ocho días que estaba muy inquieta. Una noche, Florencio había pedido quinientos francos a Quénu, con toda naturalidad, como hombre que tiene cuenta abierta. Quénu le envió a su mujer. Esto embarazó a Florencio, que temblaba un poco al dirigirse a la bella Lisa. Pero ésta, sin pronunciar una sola palabra, sin tratar de enterarse del destino de la cantidad, subió a su cuarto y entregó a Florencio los quinientos francos. Sólo le dijo que los había apuntado en la cuenta de la herencia. Tres días más tarde, el joven tomó mil francos.

—No valía la pena el echárselas de hombre desinteresado—dijo Luisa a Quénu por la noche, al acostarse.—Ya ves que hice muy bien en conservar la cuenta... Espera, que no he apuntado los mil francos de hoy.

—Sentóse delante del secreter, releyó la página de los cálculos y después añadió:

—Bien hice dejando sitio en blanco. Apuntaré al margen las entregas a cuenta. Ahora lo va a derrochar todo poco a poco... Hace mucho tiempo que lo estaba esperando.

Quénu no dijo nada, y se acostó con muy mal

humor. Cada vez que su mujer abría el secreter, el tablero de éste exhalaba un grito de tristeza que le desgarraba el alma.

Hasta se prometió reñir a su hermano, impedirle que se arruinara con las Méhudin, pero no se atrevió a hacerlo. Florencio, a los dos días, pidió quinientos francos más. Logre había dicho una noche que si encontraban dinero, las cosas irían mucho más de prisa. Al día siguiente, se sintió entusiasmado al ver que aquellas palabras lanzadas al aire caían otra vez en sus manos en forma de un cartuchito de oro, que se embolsó sonriendo, con la joroba saltándole de alegría. Entonces habló de continuas necesidades; tal sección pedía alquilar un local; tal otra tenía que sostener a unos patriotas desgraciados, y había también que hacer compras de armas y de municiones, confidencias, gastos de policía. Florencio lo habría dado todo. Se había acordado de la herencia, de los consejos de la Normanda. Y metía mano en el secreter de Lisa, retenido tan sólo por el sordo temor que tenía al rostro grave de su cuñada. Nunca, según él, podría gastar el dinero por una causa más santa. Logre, entusiasmado, llevaba asombrosas corbatas de color de rosa y betunadas botas, cuya vista ponía sombrío a Lacaille.

—Ya van tres mil francos en siete días—dijo Lisa a su marido.—¿Qué dices de esto? ¿Es bonito, verdad?... Si sigue de ese modo, los cincuenta mil francos no le durarán más de cuatro meses... ¡Y el viejo Gradelle que había tardado cuarenta años en reunir el gato!

—¡Tanto peor para ti!—exclamó Quénu.—No tenías ninguna necesidad de hablarle de la herencia.

Pero la salchichera le miró severamente, diciéndole:

—Son bienes suyos, y puede llevárselos todos... Lo que me contraría no es el darle ese dinero; es el figurarme el mal empleo que debe de hacer de él... Hace ya demasiado tiempo que te lo vengo diciendo; será preciso que esto se acabe.

—Haz lo que te parezca, que no seré yo quien te lo impida—acabó por decir el marido, a quien torturaba la avaricia.

No obstante, Quénu quería a su hermano; pero la idea de ver los cincuenta mil francos desaparecidos en cuatro meses, era para él insostenible. Lisa, en vista de los chismorreos de mademoiselle Saget, adivinaba a dónde iba a parar el dinero. Habiéndose permitido la solterona una alusión a la herencia, Lisa decidió aprovechar la ocasión para hacer saber a todo el barrio que Florencio tomaba su parte y se la comía como se le antojaba. Al día siguiente fué cuando la decidió la historia de los trapos rojos. Permaneció algunos instantes, luchando todavía, y mirando a su alrededor el aspecto pesaroso de la tienda; los cerdos colgaban con aire huraño. Mouton, echado junto a un pote de grasa, tenía el pelo erizado, el ojo triste de un gato que no digiere ya con tranquilidad. Entonces, Lisa llamó a Agustina para que estuviese al cuidado del mostrador, y subió al cuarto de Florencio.

Ya arriba, sintió un estremecimiento al penetrar en la habitación. La dulzura infantil del lecho estaba manchada por un montón de banditas rojas que colgaban hasta el suelo. En la chimenea, entre las doradas cajas y los viejos botes de pomada, yacían brazaletes rojos, con paquetes de escarapelas que parecían enormes gotas de sangre extendidas. Además, de todos los clavos, sobre el desteñido gris del papel de las paredes, se veían pedazos de tela que las empavesaban, banderas cuadradas amarillas, azules, verdes, ne-

gras, en las cuales reconoció la salchichera las guías de las veinte secciones. La puerilidad de la estancia parecía asustadísima por aquella decoración revolucionaria. La gran tontería ingenua que la criada de la tienda había dejado allí, aquel aspecto de blancura de las cortinas y de los muebles, adquiría reflejos de incendio, al paso que la fotografía de Augusto y de Agustina parecía livida de espanto. Lisa dió la vuelta a la habitación, examinando las banderas, los brazaletes, las banditas, sin tocar nada, como si creyera que aquellos horribles pingajos pudieran quemarla. Pensaba que no se había engañado, que el dinero se convertía en todas aquellas cosas. Era aquello, para Lisa, una abominación, un hecho apenas creíble que sublevaba todo su ser. ¡Su dinero, aquel dinero ganado tan honradamente, servir para organizar y para pagar el motín! Permanecía en pie, viendo las abiertas flores de la planta del tejadillo, que parecían, rojas también, otras tantas escarapelas ensangrentadas, y escuchando el canto del pinzón como si fuese un eco lejano de la fusilería. Entonces se le ocurrió la idea de que la insurrección debía estallar al día siguiente, aquella misma noche tal vez. Las banderolas flotaban, desfilaban las banditas, y en sus oídos resonaba un redoblar brusco de tambores. Y bajó vivamente, sin detenerse siquiera para leer los papeles que había sobre la mesa. Se detuvo en el primer piso y se vistió.

En aquella hora tan grave, la bella Lisa se peinó cuidadosamente, con tranquila mano. Estaba muy resuelta, sin un estremecimiento, con una severidad mayor en los ojos. Mientras se abrochaba su traje de seda negra, estirándolo con toda la fuerza de sus gruesos puños, se acordaba de las palabras del padre Roustan. Se inte-

rrogaba, y su conciencia le respondía que iba a cumplir con un deber. Cuando se echó sobre los anchos hombros su chal de alfombra, comprendió que hacía un acto de gran honestidad. Calzóse unos guantes de color lila obscuro, y prendióse en el sombrero un espeso velo. Antes de salir, cerró el secreter echando doble vuelta a la llave, con aspecto de esperanza, como para decirle que por fin podría dormir tranquilo.

Quénu ostentaba su blanco vientre en el dintel de la saichichería. Se quedó muy sorprendido al ver salir a su mujer a las diez de la mañana, de veinticinco alfileres.

—¡Hola! ¿Dónde vas?—le preguntó.

Lisa inventó una diligencia que tenía que hacer con madame Taboureau. Añadió que pasaría por el teatro de la Gaité, para tomar localidades. Quénu corrió, la llamó, y le encargó que tomara butacas de enfrente. Después, al volver Quénu a la tienda, se dirigió a la parada de coches, a lo largo de San Eustaquio; tomó un fiacre, cuyas cortinillas echó, diciéndole al cochero que la llevase al teatro de la Gaité. Temía que la siguieran. Cuando tuvo las localidades, se hizo llevar al Palacio de Justicia. Una vez en él, delante de la verja, pagó y despidió el coche. Y despacito, al través de las salas y de los corredores, llegó a la prefectura de policía.

Como se perdió en medio de aquella confusión de agentes y de señores de grandes levitas, Lisa dió diez sueldos a un hombre, que la guió hasta el gabinete del prefecto. Pero para llegar hasta la presencia de éste era necesaria una carta de audiencia. La introdujeron en una habitación estrecha, de un lujo de hotel amueblado, en la que un personaje gordo y calvo, todo de negro, la recibió con huraña frialdad. Lisa podía hablar. Entonces, levantándose el velo, dijo su

nombre y lo refirió todo, redondamente, de un tirón. El personaje calvo la escuchaba sin interrumpirla, con aspecto de cansancio. Cuando la saichichera hubo terminado, preguntó sencillamente el sujeto:

—Usted es la cuñada de ese hombre, ¿verdad?

—Sí—respondió claramente Lisa.—Nosotros somos personas honradas... Yo no quiero que mi marido pueda verse comprometido.

El calvo se encogió de hombros, como para decir que aquello era muy enojoso. Después, con aire de impaciencia:

—Mire usted, es que hace más de un año que me están fastidiando con ese asunto. Me hacen una denuncia tras otra, me instan, me ponen entre la espada y la pared... Ya comprenderá usted que, si no obro, es porque prefiero esperar... Tenemos nuestras razones... Mire usted; esta es la carpeta. Puedo enseñársela.

Y puso delante de ella un paquete enorme de papeles, con una cubierta azul. Lisa hojeó los documentos. Eran como capítulos sueltos de la narración que ella acababa de hacer. Los comisarios de policía del Havre, de Rouen, de Vernon, anunciaban la llegada de Florencio. En seguida seguía un uniforme que atestiguaba su instalación en casa de los Quénu-Gradelle. Después su entrada en los Mercados, su vida, sus noches en casa del señor Lebigre; ni un detalle quedaba olvidado. Lisa, aturdida, observó que los informes eran dobles y que debían de haber tenido dos orígenes diferentes. Por fin encontró un montón de cartas, de cartas anónimas de todos tamaños y de todas letras. Aquello fué el colmo. Reconoció una letra de gato, la letra de mademoiselle Saget, que denunciaba la sociedad del gabinete acristalado. Vió también una gran hoja de papel grasiento, manchada con los gruesos

palotes de madame Lecœur, y una página, adornada con un pensamiento amarillo, cubierta con los garabatos de la Sarriette y del señor Julio; las dos cartas avisaban al gobierno que tuviera cuidado con Gavard. También conoció el estilo inmundado de la gran Méhudin, que repetía, en cuatro páginas, casi indescifrables, los cuentos estúpidos que corrían por los Mercados referentes a Florencio. Pero lo que más la estremeció fué una factura de su casa, que llevaba el membrete "Salchichería Quénu-Gradelle", en cuyo dorso Augusto había vendido al hombre a quien consideraba como un obstáculo para su matrimonio.

El agente había obedecido a un pensamiento secreto al colocar aquellos documentos ante los ojos de Lisa.

—¿No conoce usted ninguna de esas letras?— le preguntó.

Lisa balbuceó que no. Se había levantado. Estaba sofocadísima por lo que acababa de descubrir, y se había bajado el velo, para ocultar la vaga confusión que sentía subirle a las mejillas. Crujía su traje de seda, sus guantes desaparecían bajo el gran chal. El personaje de la calva sonrió débilmente, diciéndole:

—Ya ve usted, señora, que sus informes vienen un poco tarde. Pero se tendrá en cuenta el paso de usted, se lo prometo. Sobre todo, recomiendo used a su marido que no se meta en líos. Pueden sobrevenir algunas circunstancias que...

No acabó la frase, y saludó ligeramente, levantándose a medias de su sillón. Era un despedido. Lisa se fué. En la antecámara vió a Logré y al señor Lebigre, que se volvieron vivamente. Pero ella estaba más turbada que los dos. Atravesaba salas, recorría pasillos, estaba como cogida por aquel mundo de la policía, en el que se persuadía ya de que lo veían y sabían todo. Fi-

nalmente, salió a la calle por la plaza Dauphine. En el muelle del Reloj anduvo lentamente, refrescada por las brisas del Sena.

Lo que veía con más claridad era la inutilidad del paso que había dado. Su marido no corría ningún peligro. Esto la consolaba, al mismo tiempo que la producía un remordimiento. Estaba irritada contra Augusto y contra todas aquellas mujeres que la habían puesto en una situación ridícula. Acortó más aún el paso, mirando fluir el Sena; unas chalanas, negras por el polvo del carbón, bajaban por el agua verde, en tanto que, a lo largo de la orilla, había pescadores tendiendo sus cañas. En fin, no era ella la que había vendido a Florencio.

Este pensamiento, que se la ocurrió bruscamente, la asombró. ¿Habría acaso cometido una mala acción si le hubiese entregado? Permaneció perpleja, sorprendida de haber podido ser engañada por su conciencia. Las cartas anónimas le parecían desde luego una cosa villana. Ella, por el contrario, iba en derechura, se nombraba, salvaba a todo el mundo. Como pensara de repente en la herencia del viejo Gradelle, se interrogó a sí misma, y se encontró dispuesta a tirar aquel dinero al río, si era preciso, para curar a la tienda de su malestar. No; ella no era avara, el dinero no la había impulsado. Al atravesar el puente, en el Change, se tranquilizó por completo, y recobró su hermoso equilibrio. Valía más que las otras se le hubiesen adelantado en la prefectura; ella no tendría que engañar a Quénu, y dormiría mejor.

—¿Tienes ya las localidades?— la preguntó Quénu cuando volvió a la tienda.

Quiso verlas, e hizo que su mujer le explicase en qué punto se encontraban. Lisa había creído que la policía acudiría al punto, en cuando ella

le hubiera avisado, y su proyecto de ir al teatro no era más que una manera habilidosa de alejar a su marido mientras detuviesen a Florencio. Contaba, por la tarde, con llevarle a dar un paseo, uno de aquellos asuetos que a veces se permiten; iban al bosque de Bolonia, en fiacre, comían en el restaurante y se quedaban en cualquier café concierto. Pero creyó inútil salir. Como de costumbre, pasó el día detrás del mostrador, con la tez rosada, más alegre y más amable, como al salir de una convalecencia.

—Cuando te digo que te hace bien el aire!— le repitió Quénu.—¿Mira, ves? El paseo de esta mañana te ha reverdecido de arriba abajo.

—No, no!—acabó por responder Lisa, recordando su aspecto severo.—Las calles de París no son tan buenas para la salud.

Por la noche, en la Gaité, vieron representar la "Gracia de Dios". Quénu, de levita, enguantado de gris, peinado con esmero, no se ocupaba más que en buscar en el programa los nombres de los actores. Lisa estaba soberbia con el cuerpo escotado, apoyando en el terciopelo rojo de la baranda sus puños oprimidos por guantes demasiado estrechos. Los dos se conmovieron muchísimo por los infortunios de María; el comendador era verdaderamente un villano, y Pierrot les hacía reír desde que entraba en escena. La salchichera lloró. La partida del niño, la plegaria en la alcoba virginal, el regreso de la pobre loca, humedecieron sus hermosos ojos lágrimas discretas, que se enjugaba dándose un golpecito con el pañuelo. Pero aquella noche fué un verdadero triunfo para ella cuando, al levantar la cabeza, vió a la Normanda y a su madre en el segundo piso. Entonces se engalló más, envió a Quénu a comprarle una caja de caramelos y empezó a jugar con su abanico de nácar con mu-

chos dorados. La pescadera estaba vencida; bajaba la cabeza, escuchando a su madre que le hablaba en voz baja. Cuando salieron, la bella Lisa y la bella Normanda se encontraron en el vestíbulo, con una sonrisa vaga.

Aquel día Florencio había comido temprano en casa del señor Lebigre. Esperaba a Logre, que debía presentarle un antiguo sargento, hombre de capacidad, con el cual se hablaría del plan de ataque contra el palacio de Borbón y el Ayuntamiento. Llegaba la noche, y una lluvia menuda, que había empezado a caer al medio día, anegaba en gris a los Grandes Mercados. Estos se destacaban negros sobre los rojizos vapores del cielo, en tanto que corrían grandes girones de nubes sucias, casi al ras de las techumbres, como enganchadas y desgarradas por las puntas de los pararrayos. Florencio estaba entristecido por la suciedad del empedrado, por aquel chorro de agua amarilla que parecía apagar el crepúsculo en el lodo. Miraba a la gente refugiada en las aceras de las calles cubiertas, los paraguas que pasaban bajo el chubasco, los fiacres que cruzaban más rápidos y sonoros por medio del arroyo vacío. Hubo una clara. Un resplandor rojo se vió por poniente. Entonces, todo un ejército de barrenderos, se presentó en la calle de Montmartre, empujando a escobazos un lago de fango líquido.

Logre no llevó al sargento. Gavard había ido a comer a casa de unos amigos de Batignolles. Florencio se vió reducido a pasar la noche frente a frente de Robine. Estuvo hablando él solo, y acabó por ponerse tristísimo; el otro movía suavemente la barba, y sólo alargaba el brazo, cada cuarto de hora, para beber un sorbo de cerveza. Florencio, aburrido, subió a acostarse. Pero Robine, al quedarse sólo, no se fué, sino que per-

maneció con la frente pensativa bajo su sombrero, contemplando la cerveza. Rosa y el mancebo, que contaban con cerrar más temprano, puesto que no estaba allí la reunión del gabinete, esperaron cerca de una hora a que a Robine se le ocurriera marcharse.

Florencio, en su cuarto, tuvo miedo de meterse en la cama. Estaba sobrecogido por uno de aquellos malestares nerviosos que a veces le tenían durante noches enteras en medio de pesadillas sin fin. El día antes, en Clamart, había enterrado al señor Verlaque, que había muerto con una agonía horrible. Aún se sentía entristecido por aquel estrecho ataúd bajado a la fosa. Sobre todo, no se podía quitar de la imaginación a madame Verlaque, con la voz lacrimosa, sin una lágrima en los ojos; seguía a Florencio, hablaba del féretro que no estaba pagado, del coche, que no sabía cómo encargar, pues no tenía un céntimo en casa, porque el día anterior el farmacéutico, al enterarse de la muerte del enfermo, había exigido el importe de su cuenta. Florencio tuvo que adelantar el dinero del ataúd y del coche; hasta la propina al enterrador tuvo que dar. Cuando iba a marcharse, madame Verlaque le miró con tan desolado aspecto, que el joven le dejó veinte francos.

En aquellos momentos, la muerte del señor Verlaque le contrariaba. Se volvería a hablar de su plaza de inspector. Se le molestaría, se pensaría en nombrarle propietario. Esto produciría complicaciones enojosas que podrían dar el quién vive a la policía. Florencio hubiera querido que el movimiento insurreccional estallase al día siguiente, para tirar a la calle su gorra galoneada. Con la cabeza llena de estas inquietudes, salió al tejadillo, con la frente ardiendo, y pidiendo un soplo de aire a la cálida noche. El

chaparrón había hecho cesar el viento, un calor de tempestad llenaba aún el cielo, de sombrío azul, sin una nube. Los Mercados, secos, extendían ante él su masa enorme, del color del cielo, y punteada como él de amarillas estrellas por las vivas llamas del gas.

De codos sobre la baranda de hierro, Florencio pensaba que tarde o temprano sería castigado por haber accedido a aceptar aquella plaza de inspector. Era como una mancha en su vida. Había comido del presupuesto de la prefectura, perjurando, sirviendo al imperio, a pesar de los juramentos tantas veces hechos en el destierro. El deseo de contentar a Lisa, el caritativo empleo del sueldo cobrado, el modo honrado con que se había esforzado en cumplir sus funciones, no le parecían ya argumentos bastante fuertes para excusar su cobardía. Si padecía por aquel ambiente grasiento y demasiado nutrido, era merecedor de tal sufrimiento. Y volvió a ver el mal año que acababa de pasar, la persecución de las pescaderas, las náuseas de los días húmedos, la indigestión continua de su estómago de flaco, la sorda hostilidad que sentía crecer en torno suyo. Todas estas cosas aceptaba como castigo. Aquel sordo gruñido de rencor cuyo origen no comprendía, anunciaba alguna catástrofe vaga, bajo la cual plegaba por anticipado los hombros, con la vergüenza del que espía una culpa. Después, montó en cólera contra sí mismo, al pensar en el movimiento popular que preparaba; se dijo que no era ya lo bastante puro para conseguir el triunfo.

¡Cuántos ensueños había tenido, en aquella altura, con la vista perdida en las alargadas techumbres de los pabellones! Generalmente, los veía como mares grises, que le hablaban de comarcas lejanas. En las noches sin luna, se en-

sombrecían, tornándose lagos muertos, aguas negras, pestilentes y estancadas. Las noches límpidas los trocaban en fuentes de luz; los rayos se deslizaban sobre los dos planos de techumbres, bañando las grandes planchas de zinc, desbordándose y cayendo de nuevo. Los tiempos fríos los enfriaban, los helaban, como bahías de Noruega en las que se deslizan los patinadores, en tanto que los calores de junio los adormecían con pesado sueño. Una noche de diciembre, al abrir su ventana, los había encontrado blancos por la nieve, de una blancura virgen que alumbraba el cielo de color de moho; ofrecíanse sin la huella de un solo paso, semejantes a las llanuras del Norte, a las soledades respetadas por los trineos; tenían un silencio hermosísimo, una dulzura de coloso inocente. Y él, a cada aspecto de aquel cambiante horizonte, se entregaba a ensueños tiernos o crueles; la nieve le calmaba, el inmenso lienzo blanco le parecía un velo de pureza echado sobre las inmundicias de los Mercados; las noches límpidas, los fulgores de la luna, le llevaban a los países de los cuentos de hadas. No sufría más que en las noches negras, las ardorosas noches de junio, que mostraban el charco nauseabundo, el agua durmiente de un mar maldito. Y siempre le asaltaba la misma pesadilla.

Sin cesar estaban allí. No podía abrir su ventana, apoyarse en el alféizar, sin tenerles delante, llenando el horizonte. Por la noche dejaba los pabellones para volver a hallar al acostarse las techumbres sin fin. Cerrábanle la vista de París, le imponían su enormidad, entraban en su vida a cada instante. Aquella noche, se le volvió a presentar la pesadilla, aumentada por las sordas inquietudes que le agitaban. La lluvia de la tarde había llenado los Mercados de una hume-

dad infecta. Echábanle al rostro todas sus malas emanaciones, que se revolcaban en el centro de la ciudad como un borracho bajo la mesa, después de la última botella. Parecía que de cada pabellón subía un vapor espeso. A lo lejos, eran la carnicería y la tripería las que humeaban, con desabrido vapor de sangre. Después, los mercados de las legumbres, y de las frutas exhalaban olores de coles agrias, de manzanas podridas, de verduras tiradas a la basura. Las mantecas apestaban, la pescadería exhalaba una frescura con un punto de pimienta. Y Florencio veía, sobre todo, a sus pies, el pabellón de las aves que lanzaba, por la torrecilla de su ventilador, un aire cálido, una hediondez que giraba como sebo de máquina. La nube de todas aquellas emanaciones se amasaba encima de las techumbres, invadía las casas vecinas, se ensanchaba en pesada niebla sobre París entero. Eran los Mercados que reventaban en su cinturón de hierro demasiado estrecho, caldeando con el hartazgo de su indigestión de la noche el sueño de la ciudad cebada.

Abajo, sobre la acera, oyó Florencio un ruido de voces, una risa de personas felices. La puerta de la calle se cerró ruidosamente. Quénu y Lisa volvían del teatro. Entonces Florencio, aturdido, como embriagado por el aire que respiraba, abandonó el tejadillo, con la angustia nerviosa de aquella tempestad que sobre su cabeza sentía. Su desgracia estaba allí, en aquellos Mercados caldeados por el día. Cerró con violencia la ventana, y los dejó perdidos en el fondo de la sombra, desnudos por completo, sudando aún, despechugados, exhibiendo su abombado vientre y descansando bajo las estrellas.

VII

Ocho días más tarde, creyó Florencio que por fin iba a poder pasar a la acción. Se presentaba una ocasión de descontento suficiente para lanzar sobre París las partidas insurreccionales. El Cuerpo legislativo, a quien había dividido una ley de dotación, discutía por entonces un proyecto de impuesto muy impopular, que hacía retumbar los arrabales. El ministerio, temiendo un fracaso, luchaba con todo su poder. Quizá en mucho tiempo no volvería a ofrecerse un pretexto mejor.

Una mañana, al romper el día, fué a vagar Florencio por los alrededores del palacio de Borbón. Allí olvidó su trabajo de inspector, y estuvo examinando los lugares hasta las ocho, sin pensar siquiera en que su ausencia había de revolucionar el pabellón del pescado. Visitó todas las calles adyacentes, la de Lille, la de la Universidad, la de Borgoña, la de Santo Domingo; llegó hasta la explanada de los Inválidos, deteniéndose en algunas encrucijadas y midiendo las distancias a grandes pasos. Luego, de regreso en el muelle de Orsay, sentado sobre el parapeto, decidió que el ataque se diera por todas partes a la vez; las bandas del Gros-Caillou llegarían por el campo de Marte; las secciones del Norte de París bajarían por la Magdalena; las del Oeste y Sur seguirían los muelles, o se meterían en pequeños grupos, en las calles del arrabal de San

Germán. Pero, en la otra margen, los Campos Eliseos le inquietaban, con sus descubiertas avenidas; preveía que pondrían allí cañones para barrer los muelles. Entonces modificó varios detalles del plan, marcando el puesto de combate de las secciones en un cuaderno que en la mano tenía. El verdadero ataque sería decididamente por la calle de Borgoña y por la calle de la Universidad, en tanto que se hiciera un simulacro por el lado del Sena. El sol de las ocho que le caldeaba la nuca, adquiriría rubias alegrías sobre las amplias aceras y doraba las columnas del gran monumento que tenía enfrente. Y Florencio veía ya la batalla, racimos de hombres colgados de aquellas columnas, las rejas destrozadas, invadido el peristilo, y después, arriba de todo, y bruscamente, unos brazos delgados que plantaban una bandera.

Regresó lentamente, con la cabeza baja. Una especie de arrullo se la hizo levantar. Entonces se percató de que atravesaba el jardín de las Tullerías. En uno de los arriates se veía una bandada de palomas torcaces, que andaban balanceando el cuello. Florencio se apoyó un momento en la caja que protegía el tronco de un naranjo, mirando la hierba y las palomas, bañadas por el sol. En frente, la sombra de los castaños era negrísima. Caía un silencio cálido, cortado por continuo rumor de ruedas allá a lo lejos, detrás de la verja de la calle de Rivoli. El olor de las verduras enterneció mucho a Florencio, haciéndole pensar en madame François. Una niña que pasó corriendo detrás de un aro, asusto a las palomas. Estas emprendieron el vuelo y fueron a posarse en hilera sobre el brazo de mármol de un luchador antiguo, en medio del arriate, arrullándose e hinchando el cuello de un modo más dulce.

Cuando entraba Florencio en los Mercados por la calle de Vanvilliers, oyó la voz de Claudio Lantier que le llamaba. El pintor bajaba al sótano del pabellón de la Vallée.

—¡Eh! ¡Venga usted conmigo!—gritó Claudio.—Estoy buscando a ese bestia de Marjolin.

Florencio le siguió, para distraerse un instante más, para retrasarse unos minutos antes de volver a la pescadería. Claudio decía que ya su amigo Marjolin no tenía nada que desear; era un animal. Alimentaba Claudio el proyecto de hacerle servir de modelo andando en cuatro pies, con su risa de inocente. Cuando había destrozado un boceto de rabia, pasaba horas y horas en compañía del idiota, sin hablar y tratando de tener su misma risa.

—Debe de estar cebando las aves—dijo entre dientes.—Sólo que yo no sé dónde tiene el depósito el señor Gavard.

Recorrieron todo el sótano. En el centro, en la sombra pálida, manan dos fuentes. Los depósitos están reservados exclusivamente a los pichones. A lo largo de los enrejados, se oye un eterno piar quejumbroso, un canto discreto de pájaros sobre las hojas cuando cae el día. Claudio se echó a reír al oír aquella música. Y dijo a su compañero:

—¿No juraría uno que todos los amantes de París se están besando ahí dentro?

Sin embargo, como no veían abierto ningún depósito, comenzaban a creer que Marjolin no estaba en el sótano, cuando un ruido de besos, pero de besos sonoros, les detuvo de pronto delante de una puerta entornada. Abrióla Claudio, y vió a aquel animal de Marjolin, a quien Cadina había hecho arrodillar en el suelo, sobre la paja, de manera que el rostro del muchacho llegara precisamente a la altura de sus labios. Y

le estaba besando tiernamente, en todas partes. Separaba sus largos cabellos rubios, y le besaba detrás de las orejas, debajo de la barba, en el cogote; volvía a los ojos y a la boca, sin apresurarse, comiéndose aquella cara a pequeñas caricias, lo mismo que si fuese una cosa buena suya, de la cual dispusiera a todo su placer. El muchacho, complaciente permanecía tal como Cadina le había puesto. No sabía más. Ofrecía la carne, sin temer siquiera a las cosquillas.

—¡Bueno, hombre, bueno! ¡Eso es!—dijo Claudio.—¡No os incomodéis!... ¿No te da vergüenza, grandísima zarrapastrosa, el atormentarle ahí en esa suciedad? Tiene las rodillas llenas de basura.

—¡Toma!—repuso Cadina con todo descaro.—Esto no le atormenta. Le gusta mucho que le den besos, porque tiene miedo, ahora, en los sitios en que no hay claridad. ¿No es verdad que tienes miedo?

Le había levantado; Marjolin se pasaba las manos por la cara, como si pareciera buscar los besos que la pequeña acababa de depositar en ella. Balbuceó que tenía miedo, en tanto que Cadina repetía:

—Además, he venido a ayudarle; estábamos dando de comer a los palomos.

Florencio miraba a los pobres animalillos. En unas tablas, en torno del depósito, había colocados unos cajones a modo de huéles sin tapadera, en los cuales los palomos, apretados unos contra otros, con las patas envaradas, ponían la mezcla blanca y negra de su plumaje. A intervalos, corría un estremecimiento sobre aquel lienzo movable; después, los cuerpos se amontonaban, y no se oía más que un arrullo confuso. Cadina tenía cerca de sí una cacerola, llena de agua y de granos; se llenaba la boca, tomaba los

pichones uno por uno y les soplabá una porción en el pico. Y ellos luchaban por desasirse, ahogándose, volviendo a caer en el fondo de los cajones, con el ojo blanco, embriagados con aquel alimento tragado por fuerza.

—¡Pobres inocentes!—dijo entre dientes Claudio.

—¡Peor para ellos!—dijo Cadina, que había terminado. — Cuando se les ha cebado así son mejores... Mire usted, a esos de ahí, les harán tragar dentro de dos horas agua salada. Esto les pone la carne blanca y delicada... Dos horas después se les sangra... Pero si quieren ustedes verlos sangrar, los hay ya preparados, y Marjolin va a tomarla con ellos.

Marjolin se llevaba medio centenar de palomos en uno de aquellos cajones. Claudio y Florencio le siguieron. El idiota se sentó cerca de una de las fuentes, en el suelo, poniendo el cajón a su lado y colocando sobre una especie de caja de zinc un cuadrado de madera atravesado por pequeños agujeros. Después, comenzó a sangrar. Rápidamente, jugando el cuchillo entre los dedos, cogía los pichones por las alas, les daba en la cabeza, con el mango, un golpe que los aturdió, y les metía la punta en la garganta. Los pichones tenían un corto estremecimiento, con las plumas arrugadas, en tanto que Marjolin los colocaba en hilera, con la cabeza entre los agujeros del cuadrado de madera, encima de la caja de zinc, en la cual caía la sangre gota a gota. Y esto con movimientos regulares, con el tic-tac del mango sobre los cráneos que se rompían, y con el ademán balanceado de la mano que tomaba por un lado los animales vivos y por otro los acostaba muertos. Poco a poco, no obstante, Marjolin iba más de prisa, alegrándose de aquella matanza, con los ojos relucientes, agachado

como un enorme dogo. Acabó por romper en carcajadas, por cantar: "Tic-tac, tic-tac, tic-tac", acompañando la cadencia del cuchillo, con un chasquido de lengua, y haciendo un ruido de molino que aplasta cabezas. Los pichones colgaban como lienzos de seda.

—¡Eh! ¿Eso te divierte, animalucho?—dijo Cadina, que se reía también.—Están graciosos los palomos cuando se meten la cabeza entre los hombros, así, para que no les encuentren el cuello... Oh, no son buenos esos animales; si pudieran picarían.

Y riéndose más fuerte de la prisa cada vez más febril de Marjolin, añadió:

—He probado a hacerlo, pero no voy tan de prisa como él... Un día sangró cien en diez minutos.

El cuadrado de madera se llenaba; oíanse las gotas de sangre al caer en la caja. Entonces Claudio, volviéndose, vió a Florencio tan pálido, que se apresuró a llevárselo. En lo alto, le hizo sentar en un peldaño de la escalera.

—Bueno, ¿qué le pasa?—le dijo dándole golpecitos en la mano.—Se desmaya usted lo mismo que una señorita.

—Es el olor del sótano—dijo Florencio un tanto avergonzado.

Aquellos pichones, a los que se hacía tragar granos de agua salada, a quienes se degollaba, le habían recordado las palomas torcaces de las Tullerías, andando con sus trajes de tornasolado raso sobre la hierba amarilla por el sol. Veíalas arrullándose sobre el brazo de mármol del luchador antiguo; en medio del gran silencio del jardín, bajo la negra sombra de los castaños, las niñas juegan al aro. Y al recordarlo fué cuando aquel idiota rubio que hacía la matanza, pegando con el mango y agujereando por la punta, en

el fondo de aquel sótano nauseabundo, le había dado frío en los huesos; se había sentido caer, con las piernas débiles, latiéndole los párpados.

—¡Demonios!— dijo Claudio cuando le vió repuesto.— No haría usted un buen soldado... ¡Ah! Los que le enviaron a usted a Cayena eran unos majaderos, por haberle tenido miedo a usted. Amigo mío, si alguna vez se mete usted en una tremolina, no se atreverá usted a disparar un solo tiro. Tendrá usted miedo de matar a alguien.

Florencio se levantó sin responder. Se había puesto muy sombrío, con arrugas de desesperación que le cruzaban el rostro. Se fué, dejando a Claudio que volviera a bajar a los sótanos; y al dirigirse a la pescadería, pensaba de nuevo en el plan de ataque, en las partidas armadas que invadirían el Palacio de Borbón. En los Campos Eliseos el cañón retumbaría; las verjas quedarían destrozadas; habría sangre en los escalones, fragmentos de cerebros estrellados contra las columnas. Fué una rápida visión de batalla. Florencio, en medio, muy pálido, no podía mirar y se tapaba el rostro con las manos.

Cuando atravesaba la calle del Puente Nuevo, creyó divisar, en la esquina del pabellón de las frutas, el livido rostro de Augusto que estiraba el cuello. Debía de estar acechando a alguien, con los ojos desorbitados por una emoción extraordinaria de imbécil. De pronto, desapareció bruscamente, y volvió corriendo a la salchichería.

—¿Qué le pasará?— pensó Florencio.— ¿Le daré miedo?

En aquella mañana, habían ocurrido graves acontecimientos en casa de los Quénu-Gradelle. Al romper el día, Augusto corrió asustadísimo a despertar a la dueña, diciéndole que la policía iba a prender al señor Florencio. Después, bal-

buceando más, le contó confusamente que el joven había salido, que debía de haber huido. La bella Lisa, en chambre, sin corsé, riéndose del mundo, subió rápidamente a la habitación de su cuñado, en donde cogió la fotografía de la Normanda, después de haber mirado si algo les comprometía. Bajaba de nuevo, cuando encontró a los agentes de policía en el segundo piso. El comisario la rogó que les acompañara. Habló con ella un instante en voz baja, instalándose con sus hombres en la estancia, y recomendándole que abriese la tienda como de costumbre, de manera que no se alarmase nadie. Estaba preparada una ratonera.

El único cuidado de la bella Lisa, en aquella aventura, era el golpe que iba a recibir el pobre Quénu. Temía, además, que todo lo estropeará con sus lágrimas, si se enteraba de que la policía estaba allí. De manera que exigió a Augusto el juramento más absoluto de silencio. Volvió a su cuarto a ponerse el corsé, y contó una excusa al dormido Quénu. Media hora más tarde, estaba en el dintel de la salchichería, peinada, compuesta, con el semblante rosado. Augusto arreglaba tranquilamente el escaparate. Quénu se presentó un instante en la acera, hostezando ligeramente y acabando de despertarse con el aire fresco de la mañana. Nada indicaba el drama cuyo nudo se estaba representando arriba.

Pero el mismo comisario fué el que dió la voz de alarma en el barrio, al ir a hacer una visita domiciliaria a casa de las Méhudin, en la calle Pirouette. Tenía las notas más exactas posibles. En las cartas anónimas recibidas en la prefectura, se afirmaba que Florencio dormía muy frecuentemente con la bella Normanda. Tal vez se había refugiado allí. El comisario, acompañado de dos hombres fué a aporrear la puerta, en

nombre de la ley. Las Méhudin acababan de levantarse. La vieja abrió, furiosa, pero se calmó súbitamente, riéndose, en cuanto supo de que se trataba. Se había sentado, ajustándose los vestidos y diciendo a aquellos señores:

—Nosotras somos personas honradas; no tenemos nada que temer; pueden ustedes buscar.

Como la Normanda no abría bastante de prisa la puerta de su alcoba, el comisario la hizo echar abajo. Se estaba vistiendo, con el seno al aire, mostrando sus soberbios hombros. Aquella entrada brutal, que no se esperaba, la exasperó; soltó una falda que tenía sujeta con los dientes, y quiso lanzarse sobre los hombres, en camisa, más colorada de cólera que de vergüenza. El comisario, frente a aquella gran mujer desnuda, se adelantó, protegiendo a sus hombres y repitiendo con su voz fría:

—¡En nombre de la ley! ¡En nombre de la ley!

Entonces la Normanda cayó en un sillón, sollozando, asaltada por un ataque, por sentirse demasiado débil, por no comprender lo que querían de ella. Sus cabellos se habían soltado, la camisa no le llegaba a las rodillas, y los agentes miraban de soslayo para verla. El comisario de policía le echó encima un chal que encontró colgado de la pared. La Normanda no se envolvió siquiera con él; lloraba más fuerte, al ver que los hombres removían brutalmente su cama, palpaban las almohadas, levantaban las sábanas.

—Pero, ¿qué he hecho yo?—acabó por tartamudear.—¿Qué buscan ustedes en mi cama?

El comisario pronunció el nombre de Florencio; y como la vieja Méhudin se había quedado en pie en el dintel de la puerta:

—¡Ah, maldita! ¡Es ella!—exclamó la joven queriendo arrojarle sobre su madre.

Le hubiera pegado. La contuvieron, y la envolvieron en el chal a viva fuerza. Luchaba por desasirse, y decía con ahogada voz:

—Pero, ¿por quién me toman?... Ese Florencio no ha entrado nunca aquí, ¿oyen ustedes? No ha habido nada entre nosotros. Se procura hacerme daño en el barrio, pero que vengan a decirme algo cara a cara y verán ustedes... Después me prenderán, pero no me importa... ¡Ah, bueno! ¡Florencio!... Tengo algo mejor que él. Puedo casarme con quien quiera; y haré reventar de rabia a las que envían a ustedes.

Este flujo de palabras la calmaba. Su furor se volvía contra Florencio, que era la causa de todo. Se dirigió después al comisario, justificándose:

—Yo no lo sabía, señor. Parecía muy bueno, y nos ha engañado. Yo no quise escuchar lo que me decían, porque como la gente es tan mala... El venía a dar lecciones al niño, y después se iba. Yo le alimentaba y a veces le regalaba un pescado bueno... Eso ha sido todo... ¡Ah, no! No volveré a ser tan buena, se lo aseguro a ustedes.

—Pero—dijo el comisario,—él ha debido de dar a usted papeles para que se los guardase.

—No; le juro a usted que no... A mí no me importaría, le entregaría a usted todos los papeles... Ya basta, sí. No me divierte el verles a ustedes revolviéndolo todo... ¡Oh! Es inútil por completo.

Los agentes, que habían examinado cada uno de los muebles, quisieron entonces penetrar en el cuartito en que dormía Muche. Desde hacía un instante, se oía al niño, que, despierto por el ruido, lloraba amargamente, creyendo sin duda que iban a entrar a degollarle.

—Es la alcoba de mi hijo—dijo la Normanda abriendo la puerta.

Muche, completamente desnudo, corrió a colgarse del cuello de su madre. Esta le consoló, le acostó en su propia cama. Los agentes salieron casi en seguida del cuartito, y el comisario ya se decidía a retirarse, cuando el niño, aún desconsolado, murmuró al oído de su madre:

—Van a coger mis cuadernos... No les des mis cuadernos...

—¡Ah! ¡Es verdad!— exclamó Normanda.— Están los cuadernos... Esperen ustedes, señores, que voy a entregarles eso... Quiero hacerles ver que me tienen sin cuidado... Miren, en ellos verán ustedes letra suya. Por mí, ya pueden ahorcarle, que no será yo la que le vaya a descolgar.

Entregó los cuadernos de Muche y los modelos de escritura. Pero el pequeño furioso, se levantó de nuevo, mordiendo y arañando a su madre, que le hizo volver a acostarse de un pescozón.

Entonces, el chiquillo se puso a chillar. En el dintel de la habitación, en medio del estrépito, mademoiselle Saget alargaba el cuello; había entrado al encontrar todas las puertas abiertas, y ofrecía sus servicios a la tía Méhudin. Miraba, oía, compadeciendo mucho a aquellas pobres señoras, que no tenían a nadie que las defendiese. Entretanto, el comisario leía los modelos de escritura con aspecto serio. Los "tiránicamente", los "liberticida", los "anticonstitucional", los "revolucionarios", le hacían enarcar el entrecejo. Cuando leyó la frase "Cuando suene la hora, caera el culpable", dió unos golpecitos sobre los papeles, diciendo:

—Es muy grave, muy grave.

Entregó el paquete a uno de sus agentes, y se fué. Clara, que no se había presentado aún, abrió la puerta, viendo bajar a aquellos hombres. Después fué a la habitación de su hermana, en la

que no había entrado desde hacía un año. Mademoiselle Saget parecía muy amiga de la Normanda; se enternecía a su lado, cogía los extremos del chal para tajarla mejor, y recibía con muecas compasivas las primeras confesiones de su cólera.

—Eres muy cobarde—dijo Clara plantándose delante de su hermana.

Esta se levantó, terrible, dejando caer el chal.

—¡Estabas espionando!—gritó.—¡Repite lo que acabas de decir!

—Eres muy cobarde—repitió la joven con voz más insultante.

Entonces la Normanda, con toda su alma, dió un bofetón a Clara, que palideció horriblemente y saltó sobre ella, hundiéndole las uñas en el cuello. Lucharon un instante, arrancándose el cabello, tratando de extrangularse. La menor, con fuerza sobrehumana, a pesar de lo débil que parecía, empujó tan violentamente a la mayor, que ambas fueron a caer sobre el armario, cuya luna quedó rajada. Muche sollozaba, y la vieja Méhudin gritaba a mademoiselle Saget que la ayudase a separarlas. Pero Clara se desasíó, diciendo:

—¡Cobarde, cobarde!... Voy a ir a avisarle a ese desgraciado, a quien tú has vendido.

Su madre se puso delante de la puerta. La Normanda se arrojó sobre ella por la espalda. Y, con ayuda de mademoiselle Saget, entre las tres la llevaron a su cuarto, en donde la encerraron con doble llave, a pesar de su enloquecida resistencia Clara daba puntapiés a la puerta, rompía todo lo que tenía en su habitación. Después, no se oyó más que un rascar furioso, un ruido de hierro que arañaba la cal de la pared. Clara estaba desprendiendo los goznes con la punta de las tijeras

—Me habría matado, de tener un cuchillo a mano—dijo la Normanda buscando sus ropas para vestirse.—Ya verán ustedes cómo los celos la llevarán a dar algún golpe... Sobre todo, que no le abran la puerta. Sería capaz de amotinar a todo el barrio contra nosotras.

Mademoiselle Saget se había apresurado a bajar. Llegó a la esquina de la calle Pirouette precisamente en el momento en que el comisario entraba de nuevo en el portal de los Quénu-Grabelle. Comprendió la vieja, y entró en la salchichería con ojos tan brillantes, que Lisa la recomendó silencio con un gesto, señalándole a Quénu, que estaba colgando unas tiras de tocino salado. Cuando el marido hubo vuelto a la cocina, contó la vieja a media voz el drama que acababa de ocurrir en casa de las Méhudin. La salchichera, inclinada por encima del mostrador, con la mano en la fuente de ternera picada, escuchaba con el rostro de una mujer que triunfa. Después, al pedirle una parroquiana dos pies de cerdo, Lisa los envolvió con aire pensativo.

—En cuanto a mí, no odio a la Normanda—dijo por fin a mademoiselle Saget cuando estuvieron de nuevo solas.—Yo la quería mucho, y he sentido que nos hayan hecho pelearnos... Mire usted, la prueba de que yo no soy mala, es que he salvado esto de las manos de la policía, y que estoy dispuesta a devolvérselo, si viene ella misma a pedírmelo.

Y sacó del bolsillo el retrato de la pescadera. Mademoiselle Saget lo olió, y se rió perversamente al leer: "Luisa a su buen amigo Florencio". Después, con su voz aguda:

—Quizá hace usted mal. Tendría usted que guardarlo y conservarlo.

—No, no—interrumpió Lisa.—Quiero que acaben todos estos belenes. Hoy es el día de la

reconciliación. Ya basta, el barrio debe recobrar su tranquilidad.

—Bueno, pues; ¿quiere usted que vaya yo a decir a la Normanda que usted la espera?—preguntó la vieja.

—Sí; se lo agradeceré a usted.

Mademoiselle Saget volvió a la calle Pirouette, y asustó muchísimo a la pescadera diciéndole que acababa de ver su retrato en el bolsillo de Lisa. Pero no pudo decidirla al punto a dar el paso que su rival exigía. La Normanda puso sus condiciones; iría, pero la salchichera tendría que adelantarse para recibirla hasta el dintel de la tienda. La vieja tuvo que hacer dos viajes más, de la una a la otra, para establecer debidamente los detalles de la entrevista. Finalmente, tuvo la satisfacción de negociar aquella reconciliación que iba a armar tanto ruido. Al pasar por última vez por delante de la puerta de Clara, oyó una vez más el ruido de las tijeras arañando la cal.

Después, una vez que hubo dado a la salchichera una respuesta definitiva, la solterona se apresuró a ir en busca de madame Lecœur y de la Sarriette. Las tres se plantaron en la esquina del pabellón del pescado, sobre la acera, en frente de la salchichería. Desde allí no podían perder nada de la entrevista. Se impacientaban, fingiendo hablar entre ellas, y mirando hacia la calle Pirouette, por donde había de salir la Normanda. Por los Mercados corría ya el rumor de reconciliación; las vendedoras, en pie en sus puestos, se empinaban, procuraban ver; otras más curiosas, dejaron sus puestos y fueron hasta plantarse bajo la calle cubierta. Todos los ojos de los Mercados se convertían hacia la salchichería. El barrio estaba lleno de expectación.

Fué un momento solemne. Cuando la

manda desembocó por la calle Pirouette, todas las respiraciones quedaron entrecortadas.

—Lleva sus brillantes—dijo a media voz la Sarriette.

—Vean ustedes cómo anda—añadió madame Lecœur.—Es demasiado descarada.

La verdad era que la Normanda andaba como una reina que se digna aceptar la paz. Se había vestido cuidadosamente, peinándose con el pelo rizado, y levantando una punta de su delantal para exhibir su vestido de cachemira; estrenaba además una corbata de encajes de gran riqueza. Como comprendiera que todos los Mercados la contemplaban, se engalló más aún al acercarse a la salchichería. Detúvose delante de la puerta.

—Ahora le toca a la bella Lisa—dijo mademoiselle Saget.—Miren ustedes bien.

La bella Lisa abandonó su mostrador sonriente. Atravesó la tienda sin apresurarse, y fué a tender la mano a la Normanda. También ella estaba muy aderezada, con su deslumbrador delantal, su gran aspecto de limpieza. Corrió un murmullo por la pescadería; sobre la acera, todas las cabezas se acercaron, hablando vivamente. Las dos mujeres estaban en la tienda, y los redaños del escaparate impedía que se las viese bien. Parecían hablar afectuosamente, dirigiéndose pequeños saludos, y sin duda prodigándose cumplidos.

—¡Toma!—dijo mademoiselle Saget.—La bella Normanda compra alguna cosa. ¿Qué es lo que compra? Un chorizo, me parece... Ah, bueno. ¿No han visto ustedes? La bella Lisa acaba de ponerle en las manos la fotografía al darle el chorizo.

Después, hubo nuevos saludos. La bella Lisa, yendo más allá de las amabilidades establecidas por anticipado, quiso acompañar a la Normanda

hasta la acera. Allí se pusieron juntas, y se exhibieron al barrio como buenas amigas. Fué una verdadera alegría para los Mercados; las vendedoras volvieron a sus puestos, declarando que todo había ido divinamente.

Pero mademoiselle Saget retuvo a madame Lecœur y a la Sarriette. El drama no había hecho más que empezar a desarrollarse. Las tres se comían con los ojos la casa de enfrente, con una esperanza de curiosidad que intentaba ver al través de las piedras. Para esperar con paciencia, volvieron a hablar de la bella Normanda.

—Ya la tenemos sin hombre—dijo madame Lecœur.

—Tiene al señor Lebigre—dijo la Sarriette, que se echó a reír.

—¡Oh! El señor Lebigre ya no la querrá.

Mademoiselle Saget se encogió de hombros, diciendo a media voz:

—No le conocen ustedes bien. ¡No se burla poco de todo esto! Es un hombre que sabe dónde le aprieta el zapato, y la Normanda es rica. Dentro de dos meses vivirán juntos. Ya lo verán ustedes... Hace mucho tiempo que la tía Méhudin viene trabajando ese matrimonio.

—No importa—contestó la vendedora de quesos.—El comisario no ha dejado de encontrarla acostada con ese Florencio.

—No, no; yo no he dicho eso... El larguirucho acababa de marcharse. Yo estaba allí cuando miraron la cama. El comisario la palpó. Había dos sitios aún calientes.

La vieja se detuvo para tomar aliento, y después, con acento de indignación:

—¡Ah! Miren ustedes, lo que más daño me ha hecho es el oír todos los horrores que ese bandido enseñaba al niño Muche... No, no podrían ustedes imaginárselos... Había un paquete enorme,

—¿Qué horrores?—preguntó la Sarriette en-
golosinada.

—¡Qué se yo! Suciedades, porquerías.. Ha di-
cho el comisario que ellas bastaban para llevar-
le a la horca... ¡Es un monstruo ese hombre!
¡Tomarla con un niño! Muche no vale gran cosa,
pero esa no es razón para meterle entre los ro-
jos, ¿verdad?

—Claro que no—respondieron las otras dos.

—En resumen, que parece que por fin van a
poner orden en ese galimatías. Ya se lo decía yo
a ustedes, recuérdelo: “En casa de los Quénu
hay un lío que no huele nada bien”. Ya ven us-
tedes si tengo yo buen olfato... A Dios gracias,
el barrio va a poder respirar un poco. Era pre-
ciso un buen escobazo; porque les aseguro a us-
tedes que acababa una por temer que la asesina-
ran en pleno día... No se podía vivir. Continua-
mente chismes, riñas... Y todo por un hombre
solo, por ese Florencio... Ya tenemos reconcilia-
das a la bella Lisa y a la bella Normanda; eso
está muy bien; se lo debían a la tranquilidad de
todos. Ahora, todo lo demás saldrá bien, ya lo
verán ustedes... ¡Toma! Allá tienen ustedes rién-
dose a ese pobre señor Quénu...

Quénu, en efecto, estaba de nuevo sobre la
acera, reventando en su delantal y bromeando
con la criadita de madame Taboureau. Aquella
mañana estaba hecho un picarón. Apretaba las
manos de la criadita, le destrozaba los puños
hasta hacerla chillar, con su buen humor de sal-
chichero. A Lisa le costaba un trabajo indecible
el mandar de nuevo a la cocina. Paseaba impa-
ciente por la tienda, temiendo que Florencio
llegase, y llamando a su marido para evitar un
encuentro.

—Se está requemando la sangre—dijo made-
moiselle Saget.— Ese pobre señor Quénu nada

sabe. Se rie como un inocentón... ¿Saben ustedes
que madame Taboureau decía que reñiría con
los Quénu, si seguían teniendo a Florencio en
su casa?

—Pero entretanto, se guardan la herencia—
hizo observar madame Lecœur.

—¡Oh, no, amiga mía! El otro se ha llevado
su parte.

—¿De veras? ¿Cómo lo sabe usted?

—¡Caramba! Bien se ve—repuso la vieja, des-
pués de corta vacilación, y sin dar otra prueba.
—Ha tomado más que su parte. Los Quénu pier-
den miles de francos... Hay que ver que con los
vicios, se gasta pronto... ¡Ah! Quizá lo ignoran
ustedes; tenía otra mujer...

—No me admira eso—interrumpió la Sarriet-
te.— Esos flacuchos son hombres terribles.

—Sí, y ya no es nada joven la otra mujer. ¿Sa-
ben ustedes? Cuando un hombre quiere, quiere;
sería capaz de recogerlas del suelo... Madame
Verlaque, la mujer del antiguo inspector... Ya
la conocen ustedes; aquella señora tan amari-
lla...

Pero las otras dos protestaron. No era posi-
ble. Madame Verlaque era abominable. Entonces
mademoiselle Saget se encolerizó.

—¡Cuando yo se lo digo a ustedes!... ¿Conque
yo miento, verdad?... Hay pruebas; se han en-
contrado cartas de esa mujer; todo un paquete
de cartas, en las cuales le pedía dinero; diez y
veinte francos cada vez. Está clarísimo... Entre
los dos habrán hecho morir al marido...

La Sarriette y madame Lecœur quedaron con-
vencidas. Pero perdían la paciencia. Hacía más
de un cuarto de hora que esperaban en la acera.
Decían que quizá entretanto les estaban robando
en las tiendas. Entonces, mademoiselle Saget las
entretenía con un nuevo chisme. Florencio no

podía haberse escapado; iba a volver, y sería muy interesante ver cómo le prendían. Y daba detalles minuciosos sobre la ratonera preparada, en tanto que la vendedora de manteca y la vendedora de frutas continuaban examinando la casa de arriba abajo, espionando cada hueco, y esperando ver en todos ellos los sombreros de los gendarmes. La casa, tranquila y muda, se bañaba con beatitud en el sol de la mañana.

—¡Cualquiera diría que está todo lleno de policía!—murmuró madame Lecœur.

—Están en la guardilla, allá arriba—dijo la vieja.—Veán ustedes, han dejado la ventana tal como la han encontrado... ¡Ah! Miren ustedes, allí hay uno escondido en el tejadillo, me parece.

Estiraron el cuello las otras dos, y no vieron nada.

—No, es la sombra—explicó la Sarriette.—Ni las cortinillas siquiera se mueven. Han debido de sentarse todos en la habitación sin moverse.

En aquel momento vieron a Gavard que salía del pabellón del pescado, con aire de preocupación. Las tres se miraron con ojos relucientes, sin hablar. Se habían acercado más erguidas en sus colgantes faldas. El comerciante de aves se acercó a ellas.

—¿Han visto ustedes pasar a Florencio?—preguntó.

Ellas no respondieron.

—Necesito hablarle en seguida—continuó Gavard.—No está en la pescadería... Debe de haber subido a su casa... Pero ustedes le habrían visto...

Las tres mujeres estaban un poco pálidas. Seguían mirándose, con ligeros temblores en las comisuras de los labios. Al ver vacilar a su cuñado;

—No hace cinco minutos que estamos aquí—dijo redondamente madame Lecœur.—Habrá pasado antes.

—Entonces subo al quinto piso—repuso Gavard riendo.

La Sarriette hizo un movimiento como para detenerle; pero su tía la cogió el brazo y la atrajo hacia sí, diciéndole al oído:

—¡Déjale so tonta! Le está bien empleado. Eso le enseñará a no pisotearnos.

—No dirá más que yo como carne averiada—murmuró más bajo aún mademoiselle Saget.

Luego quedaron sin hablar palabra. La Sarriette estaba coloradísima; las otras dos tenían una palidez cada vez mayor. Ahora volvían la cabeza, molestas por sus miradas, embarazadas por su manos, que ocultaban bajo sus delantales. Sus ojos acabaron por levantarse instintivamente hacia la casa, siguiendo a Gavard al través de las piedras, y viéndole subir los cinco pisos. Cuando le creyeron en la habitación, se examinaron de nuevo mirándose de reojo. La Sarriette soltó una risita nerviosa. Por un instante las pareció que las cortinillas de la ventana se movían, lo cual les hizo pensar en una lucha. Pero la fachada de la casa conservaba su tranquilidad tibia; pasó un cuarto de hora de calma absoluta, durante el cual les dió en la garganta una emoción creciente. Desfallecían, cuando un hombre, saliendo del portal, corrió en busca de un fiacre. Cinco minutos más tarde, bajaba Gavard, seguido de dos agentes. Lisa, que había salido a la acera, al ver el fiacre, se apresuró a entrar de nuevo en la salchichería.

Gavard estaba lívido. Arriba le habían registrado y le habían encontrado encima el revólver y la caja de los cartuchos. Por la rudeza del comisario, por el movimiento que acababa de ha-

cer al pronunciar su nombre, el pollero se creía perdido. Era un desenlace terrible, en el que nunca había pensado con claridad. Las Tullerías no le perdonaban. Le flaqueaban las piernas, como si le esperase ya el piquete de ejecución. Sin embargo, cuando vió la calle, halló en su fanfarronería bastante fuerza para andar erguido. Hasta dió con una postrera sonrisa, al pensar que los Mercados le veían y que sabría morir como un valiente.

Entretanto, la Sarriette y madame Lecœur habían acudido. Cuando hubieron pedido una explicación, la vendedora de manteca se puso a sollozar, en tanto que la sobrina, conmovidísima, se abrazaba a su tío. Este la tuvo estrechada en sus brazos, entregándole una llave y diciéndole al oído:

—Tómalo todo, y quema los papeles.

Subió al fiacre con el mismo talante con que hubiera subido al patíbulo. Cuando el coche hubo desaparecido en la esquina de la calle de Pedro Lescot, madame Lecœur vió a la Sarriette que trataba de ocultar la llave en el bolsillo.

—Es inútil, niña mía—le dijo apretando los dientes.—He visto que te la ponía en la mano... Como hay Dios que iré a decírselo todo a la cárcel si no eres complaciente conmigo.

—¡Si soy complaciente, tía!—respondió la Sarriette con embarazada sonrisa.

—Entonces vamos en seguida a su casa. Vale la pena de que no dejemos tiempo a los esbirros para que metan mano en sus armarios.

Mademoiselle Saget, que había escuchado, con miradas que echaban llamas, las siguió, corrió detrás de ellas, con toda la longitud de sus pierrecillas. Ahora le tenía ya muy sin cuidado el esperar a Florencio. Desde la calle de Rambuteau, hasta la calle de la Cossonnerie, se mostró

muy humilde, estaba llena de complacencia, y se ofrecía a ser la primera que hablase a la portera madame Léonce.

—Ya veremos, ya veremos—repetía brevemente la vendedora de manteca.

En efecto, fué preciso parlamentar. Madame Léonce no quería dejar subir a aquellas señoras a la habitación de su inquilino. Tenía el semblante muy austero, como si la chocara el mal anudado pañuelo de la Sarriette. Pero cuando la vieja señorita le hubo dicho algunas palabras en voz baja, y se le hubo enseñado la llave, se decidió. Una vez arriba, no les entregó las habitaciones sino una por una, exasperada, con el corazón destilando sangre, como si hubiera tenido que indicar ella misma a unos ladrones el sitio en que estaba su dinero.

—Bueno, tómenlo todo—exclamó dejándose caer en un sillón.

La Sarriette estaba ya probando la llave en todos los armarios. Madame Lecœur, con aspecto suspicaz, la seguía tan de cerca, se le echaba tan encima, que la joven le dijo:

—Tía, me molesta usted. Déjeme siquiera los brazos libres.

Por fin, se abrió un armario en frente de la ventana, entre la cama y la chimenea. Las cuatro mujeres exhalaban un suspiro. En la tabla del centro había una decena de miles de francos en monedas de oro, metódicamente arregladas en montoncitos. Gavard, cuya fortuna estaba prudentemente depositada en casa de un notario, tenía en reserva aquella suma para "el golpe de mano". Como decía él solemnemente, tenía pronto su óbolo para la revolución. Había vendido algunos títulos, experimentando un goce particular al contemplar cada noche los diez mil francos, acariciándolos con los ojos, y hallándo-

les aspecto gallardo e insurreccional. Por la noche, soñaba que se batían dentro de su armario; oía tiros de fusil, adoquines arrancados y rodando, voces de estrépito y de triunfo; era su dinero el que hacía la oposición.

La Sarriette había extendido las manos, lanzando un grito de alegría.

—¡Abajo las garras, niña mía!—dijo madame Lecœur con voz ronca.

Estaba más amarilla aún con el reflejo del oro, el rostro jaspeado por la bilis, los ojos quemados por la enfermedad del hígado que la minaba en silencio. Detrás de ella, mademoiselle Saget se empinaba sobre la punta de los pies, en éxtasis, mirando hasta el fondo del armario. Madame Léonce también se había levantado, mascullando sordas palabras.

—Mi tío me ha dicho que lo tomara todo—repuso claramente la joven.

—Y yo que le he cuidado, me quedaré sin nada entonces—exclamó la portera.

Madame Lecœur se ahogaba; las rechazó a las dos, y se aferró al armario tartamudeando:

—Es mío, yo soy su más próximo pariente, y vosotras sois ladronas, ¿oís?... Preferiría tirarlo todo por la ventana.

Hubo una pausa, durante la cual se miraron las cuatro con torvas miradas. La pañoleta de la Sarriette se había desatado del todo; la joven enseñaba el seno, adorable de vida, con la boca húmeda, la nariz rosada. Madame Lecœur se ensombreció más aún al verla tan hermoso de deseo.

—Escucha—la dijo con voz más apagada.—No nos peguemos; tú eres su sobrina, y consiento en repartirnoslo. Vamos a tomar un montón cada una.

Entonces, separaron a las otras dos. Empezó

la vendedora de manteca. El montoncillo desapareció entre sus faldas. Después, la Sarriette tomó a su vez otro montón. Se vigilaban mutuamente, prontas a darse golpes en las manos. Sus dedos se alargaban con regularidad; primero unos dedos horribles y nudosos; después unos dedos blancos y de flexibilidad de seda. Llenáronse los bolsillos. Cuando no quedó más que un montón, la joven no quiso que lo cogiese su tía, puesto que había sido la primera en tomar su montón. Lo repartió bruscamente entre mademoiselle Saget y madame Léonce, que las habían visto embolsarse el oro con escalofríos de fiebre.

—Gracias—refunfuñó la portera.—Cincuenta francos por haberle dormido a fuerza de tisanas y de caldo... ¡Y decía ese viejo embaucador que no tenía familia!

Madame Lecœur, antes de cerrar el armario, quiso visitarlo de arriba abajo. Contenía todos los libros políticos de introducción prohibida, los folletos de Bruselas, las historias escandalosas de los Bonaparte, las caricaturas extranjeras que ridiculizaban al emperador. Uno de los grandes deleites de Gavard, era el encerrarse a veces con un amigo para enseñarle todas aquellas cosas comprometedoras.

—Me han encargado que quemé los papeles—observó la Sarriette.

—¡Bah! No tenemos fuego, y sería cosa demasiado larga... Huele a la policía... Hemos de largarnos.

Y se fueron las cuatro. No estaban aún abajo de la escalera, cuando se presentó la policía. Madame Léonce tuvo que subir de nuevo para acompañar a aquellos señores. Las otras tres, encogiendo los hombros, se apresuraron a salir a la calle. Andaban de prisa, en hilera; la tía y

la sobrina molestas por el peso de sus bolsillos llenos. La Sarriette, que iba delante, se volvió, al subir a la acera de la calle Rambuteau, y dijo con su tierna risa:

—Esto me da golpes en los muslos.

Y madame Lecœur soltó una obscenidad que las hizo reír. Experimentaban un gran goce al sentir aquel peso que les estiraba las faldas, que se colgaba a ellas como unas manos cálidas de caricias. Mademoiselle Saget había conservado los cincuenta francos en su puño cerrado. Estaba seria, ideando un plan para sacar aún algo más de aquellos repletos bolsillos que seguía. Cuando llegaron a la esquina del pabellón del pescado:

—¡Toma!—dijo la vieja.—Llegamos en momento oportuno... Ahí está Florencio, que se va a dejar coger.

Florencio, en efecto, regresaba de su larga caminata. Fué a cambiar de gabán a su despacho, y se entregó a su trabajo cotidiano, vigilando el lavado de las piedras y paseándose lentamente por los andenes. Parecióle que le miraban singularmente; las pescaderas cuchicheaban al verle pasar y bajaban la nariz, con ojos solapados. El joven creyó que le esperaba algún nuevo vejamen. Desde hacía algún tiempo, aquellas mujeres gordas y terribles no le dejaban una mañana de reposo. Pero al pasar por delante del puesto de las Méhudin, se quedó en extremo sorprendido al oír que la vieja le decía con voz dulce:

—Señor Florencio, un hombre ha venido a preguntarle por usted hace un momento. Es un señor de alguna edad. Ha subido a su casa de usted a esperarle.

La vieja pescadera, caída como un fardo sobre una silla, experimentaba, al decir esto, un refi-

namiento de venganza que agitaba con un temblor su masa enorme. Florencio, dudando aún, miró a la bella Normanda. Esta, reconciliada por completo con su madre, abría el grifo, arreglaba los pescados y parecía no oír.

—¿Está usted segura?—preguntó.

—Oh, completamente segura. ¿No es verdad, Luisa?—repuso la vieja con voz más aguda.

Florencio pensó sin duda que sería para el gran asunto, y se decidió a subir. Iba a salir del pabellón cuando, al volverse maquinalmente, vió a la bella Normanda que le seguía con los ojos, con el rostro muy grave. El joven pasó al lado de las tres comadres.

—¿Ha observado usted, mademoiselle Saget? La salchichería está vacía. La bella Lisa no es mujer que se comprometa.

Era la verdad. La salchichería estaba desierta. La casa conservaba su fachada bañada de sol, su aspecto dichoso de casa buena calentándose honestamente el vientre a los primeros rayos. En lo alto, en el tejadillo, la planta estaba llena de flores. Cuando Florencio atravesaba el arroyo, hizo un signo amistoso con la cabeza a Logre y al señor Lebigre, que parecían tomar el aire a la puerta del establecimiento del último. Aquellos señores le sonrieron. Iba Florencio a hundirse en el portal, cuando creyó distinguir, en el fondo del pasillo estrecho y sombrío, el rostro pálido de Augusto que se desvaneció bruscamente. Entonces, volvió hacia atrás y echó una mirada a la salchichería, para asegurarse de que aquel señor de mediana edad no se había detenido allí. Pero no vió más que a Mouton, sentado encima de un tajo, y contemplándole con sus grandes ojos amarillos; el animal tenía los bigotes erizados de gato que desconfía. Cuando Florencio se hubo decidido a entrar en el portal,

el rostro de la bella Lisa se dejó ver en el fondo, detrás del visillo de una puerta de cristales.

Hubo como un silencio en la pescadería. Los vientres y los pechos enormes contenían el aliento, esperando que Florencio hubiese desaparecido. Después, todo se desbordó; los pechos se ostentaron, los vientres reventaron de perversa alegría. La farsa había triunfado. No había nada más gracioso. La tía Méhudin se reía con sacudidas sordas, como un odre lleno que se vacía. Su historia del señor de mediana edad, daba la vuelta al Mercado, y parecía graciosísima a no poder más a aquellas damas. Por fin el "larguirucho" era empapelado, y no tendrían más allí su maldito aspecto, sus ojos de presidiario. Y todas le deseaban buen viaje, esperando que les mandasen un inspector buen mozo. Corrían de un puesto a otro, y por poco se ponen a bailar alrededor de las piedras como niñas escapadas. La bella Normanda contemplaba aquella alegría, no atreviéndose a moverse por miedo a llorar, y con las manos sobre una raya grande para calmar su fiebre.

—Ahí tiene usted a esas Méhudin, que le abandonan cuando ya no tiene un céntimo—dijo madame Lecœur.

—¡Toma! Hacen bien—respondió mademoiselle Saget.—Además, amiga mía, que esto se ha de acabar... No vale ya comerse unas a otras... Usted está contenta ya. Pues deje usted que las demás se arreglen como quieran.

—No se ríen más que las viejas—hizo observar la Sarriette.—La Normanda no parece muy alegre.

Entretanto, en su cuarto, Florencio se dejaba prender como un cordero. Los agentes se echaron sobre él con gran rudeza, esperando sin duda una resistencia desesperada. Florencio les ro-

gó dulcemente que le soltaran. Después se sentó, en tanto que los agentes empaquetaban los paños, las bandas rojas, los brazales y las banderolas. Este desenlace no parecía sorprender a Florencio; era un consuelo para él, aunque no quisiera confesárselo abiertamente a sí mismo. Pero padecía al pensar en el odio que acababa de hacerle entrar en aquella habitación. Volvía a ver el rostro lívido de Augusto, las narices bajas de las pescaderas; recordaba las palabras de la tía Méhudin, el silencio de la Normanda, la salchichera vacía; y se decía que los Mercados eran cómplices, que el barrio entero era el que le entregaba. A su alrededor subía el fango de aquellas calles grasientas.

Cuando, en medio de aquellos rostros que pasaban como relámpagos, evocó el joven de pronto la imagen de Quénu, se sintió sobrecogido por mortal angustia.

—Vamos, baje usted—le dijo con brutalidad uno de los agentes.

Levantóse Florencio y bajó. En el tercer piso, pidió volver a subir; pretextó haber olvidado una cosa. Los hombres no quisieron, y le empujaron hacia adelante. Florencio suplicó. Les ofreció algún dinero que llevaba encima. Dos de ellos consintieron por fin en acompañarle de nuevo a la habitación, amenazándole con romperle la cabeza si tentaba jugarles alguna mala partida. Y sacaron los revólveres del bolsillo. En la alcoba, Florencio se dirigió a la jaula del pinzón, cogió el pájaro, lo besó entre las dos alas y le dió libertad. Y le contempló, bajo el sol, posarse sobre el tejado de la pescadería, como aturdido, y después, de otra volada, desaparecer por cima de los Mercados, por el lado del jardín de los Inocentes. Florencio permaneció un instante más mirando al cielo, al cielo libre; pensaba en

las arrulladoras palomas torcaces de las Tullerías, en los palomos de los depósitos, con las gargantas atravesadas por Marjolin. Entonces, todo se destrozó en su interior, y siguió a los agentes, que volvían a guardarse en el bolsillo los revólveres, encogiéndose de hombros.

Al pie de la escalera, Florencio se detuvo ante la puerta que daba a la cocina de la salchichería. El comisario, que esperaba allí, casi conmovido por su obediente dulzura, le preguntó:

—¿Quiere usted decir adiós a su hermano?

Florencio vaciló un instante. Miraba la puerta. En la cocina se oía un ruido terrible de picadores y de marmitas. Lisa, para tener ocupado su marido, había imaginado hacerle hacer por la mañana la moreilla, que ordinariamente fabricaba por la noche. La cebolla cantaba sobre el fuego. Florencio oyó la alegre voz de Quénu, que dominaba aquel estrépito, diciendo:

—¡Ah, canastos! La morcilla será buena... Augusto, deme usted la carne.

Y Florencio dió las gracias al comisario, con el miedo de entrar en aquella cocina cálida, llena del fuerte olor de la cebolla cocida. Pasó por delante de la puerta, dichoso con creer que su hermano no sabía nada, apresurando el paso para evitar la última pena a la salchichería. Pero al recibir en el rostro el pleno sol de la calle, se avergonzó y subió al fiacre con la espalda encorvada y el rostro terroso. Sentía en frente de él la pescadería triunfante, y le parecía que todo el barrio estaba allí gozando.

—¿Eh? ¡Vaya un tipo! — dijo mademoiselle Saget.

—Un verdadero tipo de presidiario cogido con las manos en la masa—añadió madame Lecœur.

—Yo — repuso la Sarriette exhibiendo sus

blancos dientes,—he visto guillotinar a un hombre que tenía esa misma figura.

Se habían acercado y alargaban el cuello para verle otra vez dentro del fiacre. En el momento en que el coche se alejaba, la vieja solterona tiró vivamente de las faldas a las otras dos, señalándoles a Clara, que desembocaba por la calle Pirouette, enloquecida, suelto el cabello, con las uñas sangrientas. Había desenchajado la puerta. Cuando comprendió que llegaba demasiado tarde, que se llevaban a Florencio, se lanzó detrás del fiacre, y se detuvo casi en seguida con un gesto de rabia impotente, mostrando los puños a las ruedas que huían. Después, coloradísima bajo el fino polvillo de cal que la cubría, volvió corriendo a la calle de Pirouette.

—¿Es que él le había dado palabra de casamiento? — exclamó riéndose la Sarriette.—Está chiflada, esa tonta.

El barrio se calmó. Varios grupos, hasta que se cerraron los pabellones, estuvieron hablando de los acontecimientos de la mañana. Se miraba con gran curiosidad hacia la salchichería. Lisa evitó el presentarse, dejando a Agustina en el mostrador. Por la tarde, creyó que debía por fin decirselo todo a Quénu, por temor a que cualquier comadre le diera el golpe con demasiada rudeza. Esperó a estar sola con él en la cocina, pues sabía que le gustaba estar allí, y que allí lloraría menos. Además, echó mano de circunloquios maternales. Pero cuando Quénu supo la verdad, cayó sobre la tabla de picar y prorrumpió en llanto como un ternero.

—Vamos, pobrecito mío, no te desesperes así, que te vas a poner malo—le dijo Lisa estrechándole en sus brazos.

Los ojos de Quénu manaban lágrimas que corrian por blanco delantal, y su inerte mole tenía

estremecimiento de dolor. Se hacía una masa, se fundía. Cuando pudo hablar:

—No—balbuceó.—No sabes lo bueno que era para mí, cuando vivíamos en la calle de Royer-Collard. El era el que barría, el que guisaba... Me quería como a un hijo; volvía a casa lleno de barro, cansado, sin poder menearse; y yo, yo comía bien, estaba calentito en casa... Ahora lo van a fusilar...

Lisa protestó, dijo que no le fusilarían. Pero Quénu movía la cabeza. Y continuaba:

—No importa, no le he querido bastante... Ahora puedo decirlo... He tenido mal corazón; titubeaba al darle su parte de la herencia...

—No; yo se la ofrecía más de diez veces—exclamó Lisa.—No tenemos nada que echarnos en cara.

—¡Oh, tú! Ya lo sé; tú eres buena, tú se lo hubieras dado todo... Yo... yo sentía alguna pena, ¿qué quieres? Esto será el remordimiento de toda mi vida. Siempre pensaré que, si la hubiese comprometido con él, no hubiera ido él por mal camino por segunda vez... Es culpa mía. Soy yo quien le ha vendido.

Lisa se mostró más dulce, y le dijo que no debía torturarse el alma. Llegaba a compadecer a Florencio; por lo demás, éste era muy culpable. Si hubiera tenido más dinero, quizá hubiera hecho mayores tonterías. Poco a poco, llegaba la joven a dar a entender que no podía ocurrir otra cosa, y que todo el mundo estaría mejor en adelante. Quénu seguía llorando, se enjugaba los ojos con el delantal, ahogando sus sollozos para escucharla, y después prorrumpiendo de nuevo en más abundantes lágrimas. Maquinalmente había puesto los dedos en un montón de carne para salchichas que estaba sobre la tabla de picar; y hacía agujeros en ella.

—¿Te acuerdas?—continuaba Lisa.—Tú no te sentías bien. Y es que no teníamos ya nuestras costumbres. Yo estaba muy inquieta, aunque no te lo decía; bien veía que ibas perdiendo.

—¿De veras?—murmuró Quénu, cesando de sollozar un instante.

—Ni la casa ha marchado tampoco este año. Era como un mal de ojo... Vaya, no llores, que ya verás cómo todo vuelve al buen camino. Es preciso que te conserves para mí y para tu hija... También tienes deberes que cumplir con nosotras.

Quénu sobaba con más suavidad la carne de las salchichas. La emoción le asaltaba de nuevo, pero era una emoción enternecida que ponía una sonrisa vaga en su desconsolado rostro. Lisa le vió convencido. En seguida llamó a Paulina que jugaba en las rodillas de su padre, diciéndole:

—Paulina, ¿no es verdad que tu padre tiene que ser bueno? Pídele tú con cariño que no nos dé más pena.

La niña lo pidió con cariño. Se miraron, estrechados los tres en el mismo abrazo, enormes, desbordantes, convalecientes ya de aquel mal-estar de un año de que acababan de salir; y se sonrieron con sus anchos rostros redondos, mientras la salchichera repetía:

—Al fin y al cabo, en el mundo no hay nadie más que nosotros tres, gordó mío, nosotros tres.

*
* *

Dos meses más tarde, Florencio era condenado de nuevo a la deportación. El asunto armó un ruido enorme. Los periódicos se apoderaron de los menores detalles, publicaron los retratos de los acusados, los dibujos de las banderolas y de las bandas, los planos de los lugares en que se reunía la partida. Por espacio de quince días no se habló en París más que del complot de los Mercados. La policía lanzaba notas cada vez más inquietantes; se acababa por decir que todo el barrio de Montmartre estaba minado. En el Cuerpo legislativo la emoción fué tan grande, que el centro y la derecha olvidaron aquella malhadada ley de dotación que les había dividido por un instante, y se reconciliaron, votando por aplastante mayoría el proyecto de impuesto popular, del que ni siquiera los arrabales se atrevían a quejarse, por el pánico que reinaba en la ciudad. El proceso duró una semana entera. Florencio se vió sorprendido en extremo por el considerable número de cómplices que se le atribuyó. Conocía a lo más a seis o siete de los veintitantos sentados en el banquillo de los acusados. Después de la lectura de la sentencia, creyó ver el sombrero y la inocente espalda de Robine alejándose despacito entre medio de la muchedumbre. Logré quedaba libre, como también Lacaille. Alejandro era castigado con dos años de prisión, por haberse comprometido como un niño

grande. En cuanto a Gavard, era, como Florencio, condenado a la deportación. Esto fué un golpe de maza que le aplastó en sus últimos goces, al fin de aquellos largos debates que había conseguido llenar con su persona. Cara pagaba su verbosidad de oposición de tendero parisiense. Dos gruesas lágrimas corrieron por su asustado rostro de niño de cabello blanco.

Y, una mañana del mes de agosto, en medio del despertar de los Mercados, Claudio Lantier, que paseaba su holgazanería viendo la llegada de las legumbres, con el vientre oprimido por su cinturón rojo, fué a estrechar la mano de madame François, a la punta de San Eustaquio. La verdulera estaba allí, con el rostro triste, sentada sobre sus nabos y sus zanahorias. El pintor estaba sombrío, a pesar del claro sol que enternecía ya el terciopelo verde obscuro de las montañas de coles.

—Bueno, ya está hecho—dijo Claudio.—Los vuelven a enviar allá... Creo que ya los han llevado a Brest.

La verdulera hizo un gesto de dolor mudo. Paseó lentamente la mano en torno de ella, y murmuró con apagada voz:

—¡Es París; es ese maldito París!

—No; yo sé lo que es; son los miserables—repuso Claudio cuyos puños se crispaban.—Imagínese usted, madame François, que no hay burradas que no hayan dicho en el tribunal... ¡Pues no se han metido a revolver hasta los cartapacios de escritura de un niño! El imbécil del fiscal armó el gran cisco acerca de ellos, con el respeto a la infancia por aquí, la educación demagógica por allá... Crea usted que me pone malo el recordarlo.

Le asaltó un escalofrío nervioso; después con-

tinuó, hundiendo más los hombros en el verdoso gabán:

—Un hombre más dulce que una niña, a quien vi desmayarse al ver matar unos pichones... Cuando le vi entrar entre dos gendarmes, me hizo reír de lástima... No le veremos más; esta vez se quedará por allí.

—El hubiera debido hacerme caso — dijo la verdulera al cabo de una pausa. — Venirse a Nanterre, vivir allí, con mis pollos y mis conejos... Yo le quería, ¿sabe usted?... porque había comprendido que era bueno. Hubiera podido ser feliz... Es una pena muy grande... Consuélese usted, ¿sabe, señor Claudio? Le espero uno de estos días, para que nos comamos una tortilla...

Tenía los ojos llenos de lágrimas. Se levantó, como una mujer valiente que soporta rudamente la pena.

—¡Toma! — dijo. — Aquí viene la tía Chantemesse a comprarme nabos... Siempre gallarda, esa gordota tía Chantemesse...

Claudio se fué y siguió vagando. El día había subido por el fondo de la calle Rambuteau. El sol, al ras de las techumbres, ponía rayos rosados, lienzos colgantes que tocaban ya al empedrado. Y Claudio sentía un despertar de alegría en los grandes Mercados sonoros, en el barrio lleno de alimentos amontonados. Era como una alegría de curación, un estrépito más fuerte de gentes aliviadas por fin de un peso que les estorbaba en el estómago. Vió la Sarriette, con reloj de oro, cantando en medio de sus ciruelas y sus fresas, y tirando del bigotillo del señor Julio, vestido con americana de terciopelo. Vió a madame Lecœur y a mademoiselle Saget que pasaban bajo una calle cubierta, menos amarillas, con las mejillas casi rosadas, como buenas amigas complacidas por algún chisme. En la pesca-

dería, la tía Méhudin, que había vuelto a encargarse de su puesto, colocaba sus pescados, injuriaba a la gente y se burlaba del nuevo inspector, un hombre joven a quien había jurado hacer saltar; en tanto que Clara, más muelle, más perezosa, arreglaba con sus manos azuladas por el agua de los viveros, un montón enorme de caracoles que la barba jaspeaba con hilillos de plata. En la tripería, Augusto y Agustina compraban pies de cerdo, con su tierno aspecto de recién casados, y volvían a marcharse en carromato hacia la salchichería de Montrouge. Después, cuando eran ya las ocho y ya hacía calor, encontró Claudio, al volver a la calle de Rambuteau, a Muche y a Paulina que jugaban a los caballos; Muche andaba a gatas y Paulina, sentada a su espalda, se le agarraba a los cabellos para no caer. Y, sobre los techos de los Mercados, en el borde de los canalones, una sombra que pasó, le hizo volver la cabeza; eran Cadina y Marjolin, riéndose y besándose, ardiendo al sol y dominando el barrio con sus amores de animales dichosos.

Entonces Claudio les enseñó los puños. Estaba exasperado por aquella fiesta del suelo y del cielo. Injuriaba a los Gordos, diciéndose que los Gordos habían vencido. En torno suyo no veía más que Gordos, redondeándose, reventando de salud, saludando un nuevo día de hermosa digestión. Al detenerse en la calle Pirouette, el espectáculo que vió a derecha y a izquierda le dió el último golpe.

A su derecha, la bella Normanda, la bella madame Lebigre, como ya la llamaban, estaba en pie en el dintel de su tienda. Su marido había logrado juntar a su comercio de vinos, un estanco, sueño que hacía mucho tiempo acariciaba, y que se había realizado por fin, gracias a los gran-

des servicios prestados. La bella madame Lebigre pareció soberbia al pintor, con su traje de seda, su cabello rizado, pronta a sentarse tras su mostrador, en donde todos los señores del barrio le compraban puros y cajetillas. La Normanda se había convertido en mujer distinguida, en verdadera dama. Detrás de ella la sala, repintada, tenía frescos pámpanos sobre un fondo claro. El zinc del mostrador relucía, y las botellas de licor encendían en el espejo fuegos más vivos. La Normanda se reía a la luz de la clara mañana.

A su izquierda, la bella Lisa, en el dintel de la salchichería, ocupaba toda la anchura de la puerta. Nunca su ropa blanca había ostentado semejante blancura; nunca su carne reposada, su rosado rostro se habían encuadrado en bandos mejor alisados. Ostentaba un gran sosiego, satisfecho, una tranquilidad enorme que nada turbaba, ni siquiera una sonrisa. Era la paz absoluta, una felicidad completa, sin estremecimientos, sin vida, bañada por el cálido aire. Su oprimido cuerpo digería aún la felicidad de la vispera; sus manos gruesas, perdidas en el delantal, no se extendían ni aun para coger la dicha del día, persuadidas de que ésta llegaría por sí sola. Y, a su lado, el escaparate tenía una felicidad parecida; estaba ya curado; las lenguas se alzaban más rojas y más sanas; los jamones recobraban sus buenos rostros amarillos; las guirnaldas de salchichas no tenían ya aquel aspecto de desesperación que desconsolaba a Quénu. En el fondo sonaba una risa gorda, en la cocina, acompañada de un regocijante estrépito de cacerolas. La salchichería sudaba de nueva salud, una salud grasienta. Las tiras de tocino entrevistadas, los medios cerdos colgados contra los mármoles, po-

nian allí redondeces de vientre, todo un triunfo de vientre; en tanto que Lisa, inmóvil, con su aire de dignidad, daba a los Mercados los buenos días matutinos, con sus grandes ojos de buena comedora.

Después, las dos se inclinaron. La bella madame Lebigre y la bella madame Quénu cambiaron un saludo de amistad.

Y Claudio, que seguramente se había olvidado de cenar la vispera, asaltado de cólera al verlas tan saludables, tan compuestas, con sus gordos pechos, se apretó el cinturón, refunfuñando con incomodada voz:

—¡Qué marranas son las personas decentes!

FIN

UNIVERSIDAD
 BIBLIOTECA DE NUEVO LEÓN
 DE BIBLIOTECAS

